

Record d'En Jaune Murre
of 21 de Janvier de 1937

CRONSTADT



E. YARCHUCK

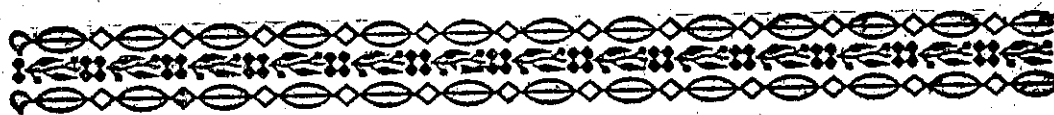
C R O N S T A D T

**Su significación en la
Revolución Rusa**



Traducción de M. Petrowsky
Prólogo de Dionisios

Biblioteca VERTICE
Llobet, 13 - Barcelona



Prólogo

Llega este libro al lector español un poco tarde, pero no inoportunamente. Al contrario: quizá más oportunamente que en cualquier otro momento, puesto que no se deja de hablar de la posibilidad de una dictadura socialista.

Y de lo que éstos harían, en caso de apoderarse del Poder, apenas cabe dudar. Uno de sus escritorillos, en un libro ilegible que acaba de publicar, dice, refiriéndose precisamente a los sucesos que se narran en las páginas que siguen, que Lenin y Trotski, una vez triunfante la revolución, tuvieron que deshacerse de los anarquistas, los cuales hablaban un lenguaje absurdo. Hasta qué punto es veraz la información de ese escritorillo, pronto lo verá el lector. Retenga por ahora el dato de que la dictadu-

ra socialista, más si cabe que la bolchevista, no tardaría en deshacerse de los anarquistas.

Llega tarde este libro, como hemos dicho, porque leyendas como esa del lenguaje absurdo de los anarquistas rusos están muy extendidas. No será fácil desarraigarlas. Hay muchas gentes que han tomado en serio el calificativo de contrarrevolucionarios que se lanzó contra ellos por los dictadores rusos y que repitieron los comunistas y casi todos los socialistas del mundo, lo que es el colmo, pues éstos no han sido en todas partes más que abortadores de todo movimiento revolucionario. El calificativo ha tenido fortuna, y hasta en España se ha hecho ya uso de él para los sucesos interiores, como si aquí hubiéramos pasado por una revolución y pudiera darse el caso de la existencia de contrarrevolucionarios.

La única posibilidad de remediar la tardanza de este libro es que sea muy leído. También ganará con ello su oportunidad, que, repetimos es excepcional en cuanto a lo que se refiere al momento que aquí estamos viviendo.

No tienen las páginas que siguen grandes méritos literarios. Posiblemente su mayor mérito consiste en no tenerlos, puesto que el autor no es un profesional. Su relato, por tanto, es atropellado, sin artificio: vivido, sencillamente. No hay que dudar, pues, de su sinceridad. Imposible dudar, por otra parte. Lo que dice tiene los acentos que no engañan nunca. Cuando el que no está con él obra rectamente, no regatea el aplauso. Todos son buenas personas, pertenezcan al partido que pertenezcan, mientras no

realizan una mala acción. Para un historiador parcial, serían malas personas todas las que no fueran de su partido. Piénsese en lo que han dicho de los anarquistas rusos los dictadores que aquí se nos presentan y todos los repetidores de sus palabras esparcidos por Europa, América y Asia.

No hablaban, no, los anarquistas rusos un lenguaje absurdo. Eran los únicos que tenían antes de la revolución de octubre una idea clara de lo que se debía hacer; antes que Lenin y Trotski soñaran siquiera con la posibilidad de la revolución, los anarquistas la estaban haciendo ya; lo bueno que los comunistas han llevado a cabo desde el Poder, no es más que remedo de lo que los anarquistas iniciaron; no se lanzaron a la destrucción por la destrucción, sino que desde un principio tuvieron en cuenta que era necesario ante todo construir; la organización de la nueva vida económica fué su mayor cuidado; y se entregaron a ella por encima de todos los obstáculos, prontos sin embargo a acudir allí donde su ayuda era necesaria para salvar la revolución; cuando el partido acaudillado por Lenin y Trotski apenas daba señales de vida para oponerse a la contrarrevolución, los anarquistas se multiplicaban para que no volviera lo que se había hundido; gracias a ellos principalmente pudieron Lenin y Trotski afirmarse en el Poder: ésa es la verdad.

Claro está que pronto se dieron cuenta de que esto no significaba otra cosa que un alto en la revolución; por eso se alzaron ante ellos: habían empezado la revolución y querían continuarla. Todas las

fuerzas inertes estaban ya de parte de sus adversarios; todo lo que se acomoda en seguida a un nuevo régimen, sea el que sea, apoyaba ya a los dictadores. Estos, pues, se deshicieron de los anarquistas, no porque hablaban un lenguaje absurdo, sino porque eran una acusación viva y constante contra la dictadura, porque eran los únicos que querían continuar la revolución tal como la habían comenzado por sí solos, con una idea de la libertad que ningún hombre limitado—y en este sentido Lenin era limitadísimo, como, por lo general, casi todos los marxistas—comprende, con un método organizador que no se ha superado después, aunque imitándolo, con una amplitud de iniciativa que no cabe, ciertamente, dentro del estrechísimo marco del Estado. Y también tal vez por resentimiento: los que no hicieron la revolución y supieron apoderarse de ella y encauzarla después según su particular punto de vista (apoyándose en aquellas fuerzas ya mencionadas, es decir, en los que están siempre con el que aparece vencedor, que son los que menos valen en todas partes), gran mérito sin duda, pero no superior ni parecido al de los que la hicieron, se habrían sentido siempre avergonzados ante éstos. ¿No es éste un motivo de resentimiento? ¿Y hay algo que pueda impulsar a más feas acciones que el resentimiento?

Así se deshizo la dictadura rusa de los anarquistas, los únicos revolucionarios que tenían noción de los momentos que vivían. Véalo el lector en el relato que sigue. Piense después en la acusación que se les lanzó de contrarrevolucionarios, en esa estu-

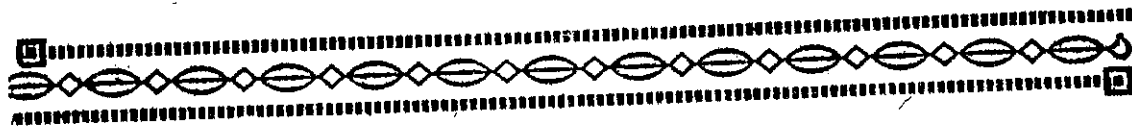
pidez que repite a los catorce años un escritorillo socialista de que hablaban un lenguaje absurdo, y tendrá una idea de cuánto se han empequeñecido los dictadores calumniando a un adversario vencido, superior a ellos en todos conceptos.

1

2

3

4



Dedicatoria

A los marinos de Cronstadt

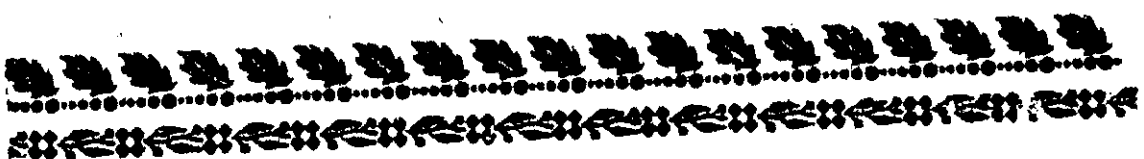
A los que durante la revolución de 1905 derramaron su sangre por la total emancipación del proletariado del yugo del Capitalismo y del Estado;
a los que fueron fusilados en masa en los días de la reacción;
a los que en febrero y en julio de 1917 se lanzaron contra los poderosos del Mundo;
a los que—todos, hasta el último hombre—salieron en defensa de la Revolución durante los días de Kornílov;
a los que en octubre se levantaron audazmente por el triunfo de la Revolución Social;

a los que, después de dejarse adormecer un momento por el señuelo del "Estado proletario", pronto dirigieron sus armas contra los nuevos gobernantes, los bolcheviques, en favor de la tercera revolución, **LA VERDADERA REVOLUCION PROLETARIA**, dedico esta obra.

Aunque el ideal por el cual vosotros luchabais ha sido pisoteado y encenagado por el nuevo bárbaro Gobierno; aunque los abnegados luchadores perecen en las cárceles, en las mazmorras de la Checa y en el destierro, vendrá el día—ya se acerca, ya se vislumbra el brillante resplandor de la victoria—en que los creadores de la vida sacudirán el yugo del autoritarismo y en que sonará vigorosa la palabra libre, en memoria de los caídos en el camino hacia el Gran Mundo, de la Anarquía.

EL AUTOR

I - Desde el comienzo de la
Revolución hasta los días
de Julio



I.—DESDE EL COMIENZO DE LA REVOLUCION HASTA LOS DIAS DE JULIO

Los días de febrero en Cronstadt se sucedían muy tumultuosamente.

Los cronstadtianos se vengaban de los horribles castigos que les habían infligido sus verdugos después de las fracasadas jornadas revolucionarias de 1905. Liquidaban cuentas con los que les habían fusilado por centenares y los habían hundido en pontones en la fortaleza de Totleben, únicamente por tentativa de sublevación, en 1910...

El régimen que se estableció después de la matanza de dicho año 1910, cada día se hacía más feroz. En la fortaleza imponía su despotismo el almirante Viren. Cientos de marinos y de soldados fue-

ron arrestados en compañías de castigo, encerrados en pontones flotantes, donde eran cruelmente tratados y fustigados. En el despacho del almirante Viren se reconcentraban todos los hilos de un espionaje monstruoso. Los "verdugos de Viren", como entonces se les llamaba, estaban distribuidos por todos los regimientos, por todos los batallones, por todas las compañías, y en cada batería, en cada buque y hasta en cada taller de los arsenales.

Cronstadt gemía bajo el yugo de Viren.

Pobre del marinero sobre el cual se fijasen sus ojos cuando paseaba en su magnífico coche por la ciudad. Le miraba de pies a cabeza. Lo llamaba y lo cacheaba. Si azoradamente el marinero se embrollaba en algo o no le hacía reglamentariamente el saludo; si algún botón no estaba en orden o no llevaba la gorra puesta según prescribía el reglamento; si, desciñéndole allí mismo los pantalones veía que no llevaba las propias marcas del marinero en el interior, cualquiera de estos simples detalles era suficiente para que le enviase arrestado unos días al cuerpo de guardia y aun, muchas veces, para que lo abofetease en el acto, ordenándole que se presentase inmediatamente a sus superiores.

Recordaré aquí un caso muy significativo.

La ciudad estaba cercada, dicen que desde los tiempos de Pedro el Grande, por una muralla de tierra que antiguamente servía para la defensa y que iba desde el norte hasta la parte occidental. En el norte, a lo largo de toda la ciudad, se extienden unos gigantescos cuarteles de rojas fachadas de ladrillo.

Por la curva que se extiende hacia Occidente desaparecían los cuarteles y se alzaba una especie de morada del pavor: el Estado Mayor de la fortaleza, la Dirección de Ingenieros, el palacio del comandante, con su espléndido parque, los pabellones de los oficiales y sus clubs. Después de 1905, esta "Ciudadela del Comandante" fué cercada con una empalizada cuyas puertas de acceso eran de hierro forjado, de una altura como de un piso. Esta empalizada estaba vigilada por una fuerte guardia, de modo que la poética muralla y la orilla del mar estaban cerradas a los grados inferiores (1). Un día apareció sobre la muralla una figura negra en cuya gorra ondeaba la cinta del marinero. Se trataba de uno que iba a visitar a un paisano suyo que servía de asistente a los oficiales de la Dirección de Ingenieros. Caprichosamente, por fanfarronería de cuerpo, y sin reparar en la falta en que incurría, se arriesgó a trepar a la muralla. No había concluído de hacerlo cuando corrió tras él un oficial muy conocido como esbirro y espía de Viren. El marinero no tenía donde esconderse y exclamó: "¡No me entregaré vivo!", arrojándose de la muralla. Tal era el terror que inspiraban los verdugos de Viren.

Este almirante se complacía hasta tal punto en espiar la conducta de sus marineros, que incluso en las ventanas de su despacho colocó espejos reflectores, de los cuales se servía para seguir todos los movimientos de aquéllos. Tenía también su domi-

(1) Es decir, a los marineros y clases.

cilio en un barrio muy frecuentado por los marineros. En todo lo que sucedía veía Viren una revuelta y su desconfianza era tan extremada que un día expulsó de la Escuela Naval a un estudiante de quince años al que llegó a considerar como inductor a la rebelión porque no le había hecho el saludo, sin duda por no haberlo visto, pues este muchacho estaba conceptuado como corto de vista por todo el mundo.

Todos los marineros recuerdan con extraordinaria ironía el aviso que figuraba a la entrada del parquecito que se extiende a lo largo de la calle de los Soviets (antes llamada de Catalina). Rezaba así:

- I. No introducir perros.
- II. Prohibida la entrada a los grados inferiores.

Después de la Revolución, el Soviet ordenó quitar este cartelito, pero los marineros se opusieron, declarando que debía quedar allí como un monumento a la crueldad. Quizá todavía se muestre ufano a la curiosidad de las gentes.

En septiembre de 1916, el Almirante Viren denunciaba a sus superiores, en la orden de la plaza, que el ánimo de la flota a él confiada, a pesar de las grandes represiones, no era nada tranquilizador. Realmente, la flota parecía un volcán pronto a estallar y a desbordarse en torrentes de lava hirviendo.

Al fin, estalló la tempestad en la noche del 28 de febrero. Todo el rencor concentrado se exteriorizó rápidamente. Nada menos que 180 oficiales pagaron con su vida las crueldades cometidas durante el san-

guinario régimen pasado. Marineros y soldados franqueábanse las dependencias de sus oficiales, y los arrastraban de allí hasta el borde de un barranco donde los ejecutaban sin que sirviese a salvarlos ningún género de súplicas. Luego comentaban con desdén los vengadores la flaqueza de sus verdugos en el trance de la muerte. La mayoría de ellos imploraban el perdón llorando y de rodillas. Por el contrario, del más importante y cruel de sus enemigos, el almirante Viren, todos hablaban con respeto y hasta con cierta veneración, conquistada por la valentía con que supo morir.

A Viren lo cogieron en su casa y lo llevaron a la Plaza del Ancla—según me dijeron algunos circunstantes—. Le manifestaron que iba a pagar con su vida todas las crueldades que había cometido y él les contestó: “Viví y actué con fe y sin reservas y honradamente servía al Zar y a la patria. Estoy dispuesto a todo. Ahora, que seáis capaces vosotros de ordenar vuestra vida.” Le ordenaron que volviese la cara hacia el monumento del almirante Makarov, a lo que se opuso, declarando que quería recibir la muerte de frente. Y así la recibió.

Entre el tumulto y la sangre, la masa demostró muchísimo humanitarismo, no sólo con los oficiales a quienes estimaba, sino también con aquellos que no se habían significado excesivamente por sus crueles sentimientos. Durante horas enteras investigaban los marineros el paradero de sus oficiales detenidos en otras agrupaciones del ejército, y pedían su libertad a la compañía que los había detenido, ha-

ciéndose responsables de ellos. Luego los llevaban a refugios seguros en sus buques y en sus cuarteles.

También habían quedado vivos los dos hijos de Viren, jóvenes oficiales, a los que los marineros, permitiéndoles continuar en su domicilio, les manifestaron que eran cachorros de la misma raza que su padre, pero que como aún eran muy jóvenes, esperaban a ver qué daban de sí.

Y habían hecho más: habían vestido con sus propios uniformes de marineros a los oficiales y los habían conducido a visitar a sus familiares y amigos, protegiéndolos de posibles contingencias.

Pero aun había otra categoría de oficiales: los que, sin haber formado parte de las hordas de Viren, tenían también en su pasado un largo haber de crueldad y de escarnio que les hacía no merecer ningún respeto o consideración. Todos fueron detenidos.

Después de la trágica noche del 28 de febrero, proclamóse un Comité para la Seguridad de la Sociedad, el cual se encargó del ejercicio del Poder. Nadie lo había elegido y por eso lo constituían conjuntamente miembros de los partidos socialista, demócrata, constitucionalistas, etc.

Algunos días después se reunió el primer Soviet. Constituían la mayoría los socialistas revolucionarios; los socialdemócratas también tenían en él una fuerza muy señalada; los bolcheviques eran una minúscula fracción. De este Soviet no formaban parte ni los anarcosindicalistas ni los maximalistas.

El Soviet era bastante moderado, pero, por la influencia de la masa revolucionaria, en seguida tuvo

que chocar con el Gobierno provisional, al negarse a aceptar en Cronstadt el comisario designado por aquél, alegando que allí era superfluo. El Gobierno amenazó a la población con negarle víveres y dinero. Para arreglar el conflicto, desde Petrogrado, el presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de aquella ciudad, Chjeidze y Skobelev, inclinaron al Comité Ejecutivo de Cronstadt a aceptar un compromiso, decidiendo que el Gobierno designaría un comisario previamente aceptado por el Comité local.

La falta de entereza en la conducta del Soviet motivó un movimiento de desconfianza general, y la masa empezó una campaña por la elección de otro Soviet.

Mientras tanto, fué gestándose otro choque. Cronstadt negóse a entregar al Gobierno los oficiales detenidos en los días de febrero. El Gobierno los exigía para someterlos a un juicio en Petrogrado y el Soviet prometió entregárselos, pero los marineros, al saber esta decisión, formando destacamentos, se dirigieron a las prisiones y amenazaron con pasar a todos los prisioneros por las armas en el caso de que se intentase sacarlos de allí. Conocían muy bien los marineros la importancia de aquellos selectos representantes del antiguo régimen, la mayoría de los cuales aún tenían sus brazos teñidos en la sangre derramada en los fusilamientos de soldados y marineros en 1905. También sabían que, en Petrogrado, todos ellos serían puestos en libertad, después de lo cual serían los organizadores de las fuerzas contrarrevolu-

lucionarias. Por todo ello consideraban inadmisibile su entrega a la capital.

Para poner en evidencia toda la falsedad de las leyendas de la burguesía sobre los "horrores de las prisiones de Cronstadt", los cronstadtianos pidieron al Gobierno que enviase una Comisión de información. Así se hizo, y dicha Comisión visitó todas las cárceles, conoció las causas de detención, examinó la cantidad y la calidad del rancho y se vió obligada, en consecuencia, a desmentir las falsas informaciones de la prensa burguesa, desvirtuando sus inmotivados ataques e insultos.

En los mítines de Cronstadt, empezó a discutirse la necesidad y pertinencia de dar la libertad a todos los detenidos en los límites de la ciudad, mas aun así y todo no se terminaban las leyendas y las mentiras. Los periódicos burgueses, cada día, con los títulos más estrepitosos, publicaban fantásticas "correspondencias" de Cronstadt.

"¡Cronstadt se separa de Rusia, declarándose república independiente!" "¡Cronstadt emite billetes de banco. Aquí tenéis su ejemplo!" "¡Cronstadt negocia con los enemigos de la patria para firmar separadamente la paz con ellos!" "¡Cronstadt está en vísperas de firmar un tratado separatista con los alemanes!"

Como un torrente enorme corrían monstruosas noticias de todo género, guisadas en la cocina burguesa. También empezaron a adiestrarse en semejantes maniobras los socialdemócratas mencheviques y los socialistas revolucionarios. El Gobierno, cumpliendo los deseos de la "democracia", adoptó una posición

de desafío frente a Cronstadt. A la moción de los marineros contestó con un ultimátum muy severo: "En el término de veinticuatro horas deben ser trasladados a Petrogrado los oficiales detenidos o, en el caso de no ser cumplida la exigencia del Gobierno, se proclamará en Cronstadt la ley marcial y comenzarán contra la población las acciones militares pertinentes."

Todo esto enojó a los cronstadtianos hasta tal punto que, en contestación al ultimátum, algunos buques comenzaron a prepararse para el combate.

Inmediatamente se celebró un mitin al que concurren inmensa muchedumbre. El Picadero Naval se llenó por completo, rebosando una multitud emocionada por ventanas y salidizos. A través de la puerta abierta, de par en par, entraba el ruido de la calle, invadida, a pesar del mal tiempo reinante, por innumerables trabajadores que no habían podido penetrar en las dependencias del local y que iban comunicándose el curso de los debates allí dentro mantenidos. Desde las siete de la tarde hasta las cuatro de la madrugada fué desarrollándose el mitin en una atmósfera cargada de pasión, resolviendo el problema de las relaciones con el Gobierno.

Finalmente, el mitin adoptó la siguiente conclusión: "En las presentes circunstancias, cuando la mayoría de la masa trabajadora de Rusia desconoce las causas de la posición de los cronstadtianos frente al Gobierno y tampoco sabe las orientaciones que, según su parecer, los cronstadtianos quieren que se

den a los problemas de la revolución, hay que evitar un choque armado.”

En su última resolución, el mitin dió su conformidad a entregar a los oficiales, pero al mismo tiempo declaró su punto de vista sobre el momento y sobre su decisiva posición respecto al Gobierno provisional.

La resolución fué elevada al Poder, según acuerdo, y publicada en la Prensa.

Se celebraron nuevas elecciones para el Soviet local.

En este segundo Soviet disminuyeron las fuerzas de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. En cambio, aumentaron las de los bolcheviques, anarcosindicalistas comunistas (1) y maximalistas. Cada una de estas fuerzas constituía una minoría. También hubo una minoría significativa: la de los sin partido. La mayor parte de los representantes que componían dicha minoría, como aquellos a quienes representaban, tenían sus particulares opiniones políticas; aunque oficialmente no se unían a ninguna fracción, parte de ellos creía conveniente el frente único de todos los revolucionarios, y otra parte no se daba prisa a—como entonces se decía—“pegarse la etiqueta de un partido”, el cual “siempre coarta la libertad”.

La lucha de las minorías del Soviet, reflejando el

(1) Entonces, en Crónstadt, había una organización llamada Organización Anarcosindicalista Comunista.

estado de ánimo y señalando la altura de la conciencia política de los cronstadtianos, casi no significaba nada por sí misma en comparación con la obra gigantesca que se hacía en la densidad de la masa, en los buques, en los cuarteles, en los arsenales y en la Plaza del Ancla. Era éste un paraje del centro de la ciudad en el que podían reunirse unas 30.000 personas y que en tiempos anteriores había servido para la instrucción y ejercicios de marineros y soldados. Ahora servía para celebrar mítines. Allí, los representantes de las diversas tendencias sostenían una lucha desesperada para convencer a los demás de la rectitud de sus ideas. La masa vivía intensamente.

El problema más interesante entonces era el de la guerra.

Muy conscientemente lo discutían los marineros, cosa bastante comprensible, pues todos ellos sabían leer y escribir, porque en la Armada la enseñanza primaria era obligatoria y la literatura que entonces aparecía era leída con mucho interés. El mar, con todos sus peligros, y la vida impetuosa de aquellos momentos, obligaba a los marineros a mirar cara a cara a la muerte y a fomentar entre sí un fuerte sentido de solidaridad. Por esto, a pesar de ser bastante tumultuosas, las discusiones que mantenían los partidarios de los distintos grupos políticos tenían un carácter muy amistoso; los adversarios, respetándose y estimándose, escuchaban con profunda atención sus argumentos y así iban formándose una amplia concepción sobre el asunto objeto de controversia.

En los mítines, la mayoría de la masa se manifes-

taba partidaria de que, antes que nada, los campesinos se incautasen de las tierras y los trabajadores de las fábricas y talleres: si aun entonces la fuerza de la revolución no había prendido con sus llamas en el proletariado de Occidente, llevándole a la sublevación; si los acobardados trabajadores del Oeste continuaban haciendo la guerra y atacándoles, entonces ellos, todos, como un solo hombre, irían al frente de guerra a defender la Revolución. También se escuchaban voces favorables al abandono inmediato del frente, pero todas las opiniones se confundían bajo esta consigna: "¡Abajo la guerra!"

Se terminó el primer Congreso de los Soviets, que también sembró gran descontento entre la masa.

Los bolcheviques aprovecharon la oportunidad para convocar una manifestación armada el día 10 de junio, mas luego la difirieron. Las masas estaban muy exaltadas y no podían calmarse.

El Comité Ejecutivo de los Soviets, para dar salida a este estado general de descontento, señaló, por su parte, el día 18 de junio para la demostración, que había de realizarse con la consigna de la unión de todas las fuerzas revolucionarias bajo la bandera del Comité Central Ejecutivo de los Soviets. De Cronstadt se dirigieron a esta manifestación solamente unas docenas de hombres, "con fin informativo", como decían irónicamente los cronstadtianos.

El descontento por la política del Gobierno de coalición y por la conducta seguida por el Comité Central Ejecutivo de los Soviets aumentaba continuamente. El mensaje del 18 de junio sobre el ataque al

frente del suroeste cambió por completo la situación de Cronstadt. En el término de una o dos semanas el partido de los socialistas revolucionarios desapareció; los electores hacían retirarse del Soviet a sus delegados. Cuando en los mítines se presentaba un orador socialista revolucionario, sucedía algo increíble; la concurrencia prorrumplía en unánimes denuestos y silbidos; un general alarido ensordecía la plaza, y por más que los oradores izquierdistas se esforzaban por que pudiesen hablar tales oradores, no les era posible conseguirlo.

Tampoco el ala izquierdista de dicho partido tenía influencia. Se la confundía con la derecha. Cuando fueron a Cronstadt los representantes de dicha fracción con Kamkov y María Spiridonova al frente, el presidente del mitin anarcosindicalista tuvo que realizar inauditos esfuerzos para persuadir a la masa a que los escuchase, sin poder conseguirlo. Caían los gritos sobre la tribuna como una verdadera pedrea.

“¡Vosotros sois los culpables de que nuestro ejército ataque en el frente!” “¡No hay derecho a jugar con dos barajas!” “¡No os creemos!” “¡Si no estáis conformes con los “defensores” de la patria, abandonad el partido!”

Sin poder expresarse, se marcharon de Cronstadt los representantes del ala izquierda del Partido Socialista Revolucionario. Se dijo que este mitin, al que concurrieron 25.000 personas, influyó tanto en el ánimo de los socialistas revolucionarios que dividió el partido.

En ningún mitin se oía a los socialdemócratas “de-

~fensores de la patria", y a consecuencia de las grandes discusiones sostenidas en Cronstadt alrededor de problemas tales como "Nuestra revolución, ¿es burguesa o social?", "¿Han de ser Cortes Constituyentes, o Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos?", etc., también disminuyó bastante la influencia de los socialdemócratas internacionalistas, algo importante hasta entonces porque, al revés de los socialdemócratas patriotas, estaban por la política de paz y no por la reanudación de las operaciones en el frente. En aquellos momentos, la organización anarcosindicalista comunista, que desarrolló una gran actividad de propaganda, gozaba de las más grandes simpatías entre las masas.

III - Después del día 3 de Julio
- El complot de Kornilov

II.—EL 3 DE JULIO DE 1917

Desde el 18 de junio, la burguesía, insolentada, no conocía límites a sus insultos contra los elementos de izquierda. El Gobierno de Kerensky, que se esforzaba por encarrilar la revolución hacia la "guerra hasta la victoria" y por dirigir a los trabajadores por los caminos del imperialismo, también comenzó la persecución. Sin hablar de las provincias, en Petrogrado mismo se comenzó a detener a los cronstadianos por la propaganda que hacían contra la guerra; se les metía en las cárceles y hasta se les hacía desaparecer aplicándoles la ley de Lynch. Cronstadt envió una delegación al ministro de Justicia exigiéndole que pusiese en libertad a los detenidos. El ministro alegó que lo estaban por actuar contra la seguridad del Estado y que por lo mismo habían de comparecer ante los tribunales.

Todo esto irritaba enormemente a los cronstadianos. A diario se reunían en grandes masas en la Plaza del Ancla, celebraban mítines y exigían al representante del Comité Ejecutivo local que se tratasen los asuntos de actualidad. Cada vez se oían con mayor frecuencia las siguientes exclamaciones: "La Revolución está en peligro", "La contrarrevolución se ha hecho fuerte en Petrogrado; hay que dirigir allí nuestras fuerzas para derrotarla y hacerla moverse de su punto muerto."

Cronstadt se preparaba febrilmente. La población no se daba cuenta con claridad de lo que iba a suceder. En los mítines, que entonces se verificaban dos veces por día, no se oía a ningún orador de las derechas. El grito "¡Hacia Píter!", "¡Hacia Petrogrado!", cundía entre las masas y removía las fortalezas. De la Krasnaya Gorka, de las fortalezas Ino, Constantin, Shanz, de las fortalezas del norte y del sur se recibían telegramas pidiendo se enviasen oradores que hablasen sobre los problemas de actualidad. Querían solamente que fuesen anarcosindicalistas comunistas y bolcheviques. En la mayoría de los casos se enviaban representantes de las dos corrientes, entre las cuales ya se habían producido fuertes rozamientos, por manifestarse los últimos en favor de las Cortes Constituyentes, y porque, defendiendo a los Soviets, apuntaban la idea de convertirlos, hasta cierto punto, en órganos del Poder central.

El Gobierno de Kerensky, presintiendo el cercano peligro de las izquierdas y deseando disminuir las

fuerzas revolucionarias de Petrogrado, decidió enviar algunos regimientos revolucionarios al frente. Pero los soldados, conociendo la causa de su partida, se negaron a marchar. El día 3 de julio, el 1er. Regimiento de Ametralladoras, bajo la influencia de la propaganda anarquista (influido por los camaradas Bleichman y otros), con carteles que decían "¡Abajo la guerra!", "¡Todo el Poder para los Soviets locales!", y formado militarmente, se dirigió al Palacio de Taurida, donde se resolvía la crisis del Gobierno después de la salida de los demócratas constitucionales del mismo. Los cosacos, cerrándole el paso, lo detuvo. Se produjo el combate. Aquellos, después de sufrir la pérdida de algunos soldados, unos muertos y otros heridos, huyeron a la desbandada.

El eco de este tiroteo llegó a Cronstadt el mismo día.

Estaba celebrándose una conferencia organizada por los anarcosindicalistas comunistas en el Picadero de Infantería cuando llegaron los delegados del 1er. Regimiento de Ametralladoras junto con los anarquistas de Petrogrado, quienes, excitados, apostrofaban a la masa: "¿Cómo es posible que os estéis entreteniendo aquí con problemas teóricos, cuando en Petrogrado se está derramando la sangre del pueblo?"

De allí se dirigió la multitud a la Plaza del Ancla, invitando por el camino al mitin a soldados, obreros y marineros. Al acto asistieron también representantes del Soviet local. Se trató de lo sucedido en Petrogrado. Las masas de Cronstadt manifestaron en-

tusiastamente el deseo de unirse en su totalidad a los obreros de Petrogrado para, junto con ellos, exigir del Comité Central Ejecutivo de los Soviets que disolviese el Gobierno de coalición y convocase inmediatamente al Congreso de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia, el cual había de empezar la campaña para verificar la consigna "Todo el Poder para los Soviets locales de los diputados de los trabajadores, campesinos y soldados" y tomar una definitiva decisión sobre los problemas de guerra y de paz; también entendían que, desde los primeros días de la revolución, era preciso trasladar a las familias de los trabajadores de Petrogrado desde los sótanos y miseras buhardillas a los palacios de los boyardos, muchísimos más amplios.

La organización de los anarcosindicalistas comunistas contaba con que la demostración armada se convertiría en una sublevación, lo cual sería para el Gobierno un rudo y fatal golpe que le restaría toda fuerza para consolidarse; y los Soviets de los diputados de los trabajadores, campesinos y soldados continuarían en sus localidades el proceso de la lucha hasta aniquilarlo completamente.

Como el Partido Socialista Revolucionario de izquierda había adoptado una actitud ambigua con respecto a este asunto, la masa tomó la decisión de no permitir hablar a su representante. Los mencheviques tampoco aparecieron en la tribuna. Mientras el bolchevique Roshall hablaba en el mitin sobre la demostración armada bajo la consigna de "Todo el Poder en el Centro y en las localidades para los

Soviets", otros afiliados del partido, junto con Raskolnikov, esperaban a la entrada del local la decisión del Comité Central de su partido, que se reunía en Petrogrado. Y cuando Raskolnikov preguntó a Roshall qué sucedería si el partido decidía no tomar parte en la demostración, el último le contestó: "Nada importará tal decisión; nosotros, desde aquí, le obligaremos a que lo haga".

El mitin se prolongó hasta medianoche. Después de vivos y tumultuosos debates, se decidió efectuar, el 4 de julio, una demostración armada bajo la consigna "Todo el Poder para los Soviets locales de los diputados de trabajadores, campesinos y soldados", eligiéndose allí mismo la "Comisión técnica" para conducir el destacamento.

Muy de madrugada, unos 12.000 trabajadores, marineros y soldados desembarcaron en las márgenes del río Neva, bajo la gloriosa bandera rojinegra, emprendiendo su marcha hacia el Palacio de Taurida. Cuando los manifestantes llegaron a la Casa Kshenskaya, ocupada por el Comité Central del Partido bolchevique, salió al balcón Lenin, quien hizo un pequeño discurso y manifestó que él se encontraba mal y que les deseaba buen éxito, retirándose en seguida. Los bolcheviques enarbolaron la bandera de su Comité Central en el carro blindado y se pusieron al frente de la manifestación; pero los cronstadtianos, severamente y con energía, manifestaron que ellos no iban bajo la bandera bolchevique, sino bajo la de su propio Soviet, y les obligaron a situarse al final de la manifestación.

Los cronstادتianos marcharon adelante en bien formadas líneas, a los acordes de la música. Enfrente se extendía la perspectiva Nevsky, toda llena de colgaduras con apotegmas y postulados de sentimentalidad burguesa. "Empréstito de la Libertad", "Únicamente es digno de la Libertad quien no sólo es ciudadano, sino también guerrero". Salían de todos los balcones y de todas las ventanas de las oficinas de los bancos; flameaban delante de las puertas de los restaurantes lujosos; cubrían las vitrinas de las casas de comercio, y, en grandes paños, ondeaban en el "Bureau de Reclutamiento de Voluntarios para el Frente".

Era el día del "Empréstito de la Libertad", día de emoción en el campo burgués. El Gobierno del "revolucionario" Kerensky tocaba el clarín e invitaba a toda la "democracia" a hacer sacrificios en holocausto de la "patria"; todos tenían que contribuir al "Empréstito de la Libertad", a acumular fondos para continuar la guerra con éxito.

Pero la fiesta de la locura guerrera se había nublado un poco con la marcha de los cronstادتianos.

"¡Abajo el Gobierno y el Capitalismo!"

"¡Abajo la matanza mundial!"

"¡No hay nada que defender en el frente cuando el poder económico está en manos de la burguesía!"

"¡La Revolución social se extiende por el Mundo!"

"¡La libre unión de la ciudad y de la aldea es la garantía de la Revolución triunfante!"

"¡Todo el Poder a los Soviets locales de los diputados de obreros, campesinos y soldados!"

“¡Las fábricas, para los trabajadores; las tierras, para los campesinos!”

Ondean las banderas que invitan al proletariado a demostrar su fuerza a apretar sus filas. Su murmullo eleva un nuevo mensaje que expresa que las masas se levantan, que marchan por su propio camino. Aquel día, 4 de julio de 1917, hizo meditar a la burguesía en la posibilidad de que no fuese ella quien terminara la revolución.

Las mismas masas se señalaron el camino a seguir para la liquidación social.

La burguesía ponía el grito en el cielo y malvadamente preparaba su venganza contra los cronstadianos. Repentinamente, en la perspectiva Liteiny, los manifestantes fueron agredidos por bandas contrarrevolucionarias con un nutrido fuego de ametralladoras. Habían preparado su celada infernal en los pisos altos y en las buhardillas de las casas de la esquina inmediata. Rápidamente crecieron los montones de cadáveres, entre los que se contaban muchísimos anarquistas. Allí cayó también el portaestandarte de los anarcosindicalistas comunistas de Cronstadt. Sucedió el tumulto y un fuerte tiroteo. Vencidos los obstáculos, los manifestantes continuaron su marcha, aunque en menor cantidad y con menos ánimos en las filas. Llenos de irritación, llegaron al Palacio de Taurida, donde se encontraron con los trabajadores de Petrogrado.

Un grupo de marineros que se había internado dentro del palacio detuvo al socialista revolucionario V. Chernov, miembro del Gobierno de Kerensky.

Chernov exigía que se le pusiese en libertad, alegando su calidad de ministro socialista. Pero los marineros deseaban saber por qué, después de escribir tanto y durante muchísimo tiempo sobre la socialización de la tierra, hacía tan poco por llevar a la práctica sus doctrinas. Chernov hacía recaer toda la culpa sobre sus compañeros de Gabinete, que no querían aprobar sus proyectos; pero los marineros objetaban al ministro socialista que si él y los que como él pensaban no hubieran apoyado al Gobierno y se hubieran puesto al lado del pueblo en su lucha por el pan y la libertad, los campesinos haría mucho tiempo que se habrían incautado de la tierra, haciéndola de propiedad común. En aquellos instantes apareció Trotsky, quien persuadió a los marineros a que dejasen a Chernov en libertad.

Los cronstadtianos decidieron disgregarse en grupos de dos o tres mil hombres y dirigirse a diversos destacamentos de la guarnición de Petrogrado y a los distritos obreros con objeto de invitarles a reforzar sus filas para continuar la demostración.

Uno de estos destacamentos, junto con la organización de los anarcosindicalistas comunistas decidió fijar su punto de reunión en la Casa de Kshesinska. Allí mismo, el Comité Central del Partido bolchevique estudiaba el problema de la demostración. Después de la revolución de octubre, Raskolnikov contaba que, en esta reunión, el Comité Central estaba decidido a recoger el movimiento; hubo hasta reparto de papeles. Por ejemplo, Raskolnikov había sido designado comandante de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Pero... la causa de que estos "héroes" decidieran ocultarse y aguardar los resultados de las espontáneas acciones de las masas, ha quedado en la oscuridad hasta la fecha.

El día 5 de julio, cuando se supo que las tropas del Gobierno estaban cerrando el paso hacia Cronstadt, una Comisión delegada por el destacamento se dirigió al Comité Central Ejecutivo de los Soviets para exigir el paso libre de la demostración hacia aquella ciudad.

Durante dicha conferencia con la Comisión Militar del Comité Central Ejecutivo de los Soviets, sonó el timbre del teléfono, que anunciaba la llegada de las tropas del frente a Petrogrado, mandadas llamar por el Gobierno "para reprimir la rebelión contrarrevolucionaria de los marineros de Cronstadt". Mientras tanto, hacia el palacio se acercaba el regimiento de Volynia.

El menchevique Líber, que al principio aceptaba todos los argumentos y proposiciones de los cronstadtianos, adoptó entonces una actitud cerrada a todo razonamiento e impuso, como condición indispensable para la continuación de las negociaciones, que firmasen un compromiso por el que los manifestantes se obligasen a entregar sus armas, dándoles diez minutos de tiempo para decidirse y notificándoles que, caso contrario, serían desarmados por la fuerza.

En el Palacio de Taurida se encontraban en aquellos momentos Zinoviev y Trotsky. Este último puso a disposición de los cronstadtianos su gabinete para

que en él deliberasen. Mas ninguno de los "caudillos del proletariado" tomaba parte en estos graves debates que tanto tenían que influir sobre el destino del baluarte revolucionario representado por aquellos 12.000 hombres que se veían en el peligro de ser dispersados. La comisión decidió resolver la situación con sus propios elementos y dirigirse a todos los destacamentos para, con el esfuerzo de todos, ver de encontrar una salida al problema.

Por el camino hacia el destacamento más inmediato, se escondieron todos los miembros de la comisión, excepto el delegado anarcosindicalista, que fué el único que pudo llegar a la Casa de Kshesinska. A las seis de la mañana despertó a los marineros, que eran más de 3.000. Se celebró un mitin y, discutiendo, evidencióse que ya no era posible ponerse en contacto con los demás destacamentos; que del seno de los bolcheviques no había ningún representante, pues había desaparecido Raskolnikov, elegido para la Comisión técnica del destacamento de Cronstadt, y, por la noche, se había marchado Podvoisky, el representante del Comité Central del partido bolchevique. (Luego los dos se consideraron dignos de ejercer los cargos de comisarios del pueblo para los asuntos de guerra y marina.)

Durante el mitin, comunicaron por teléfono, en nombre del comandante de la guarnición de Petrogrado, que si a las siete de la mañana la casa no estaba desocupada, se iniciaría contra ella una acción militar. Los anarquistas propusieron trasladarse a la fortaleza de Pedro y Pablo, encerrarse allí y,

en condiciones de mayor tranquilidad, resolver los problemas planteados. La proposición fué aceptada. Por el camino observaron las apretadas columnas del ejército gubernamental que, en forma de anillo, rodeaba la Casa de Kshesinska. Por noticias particulares supieron que los destacamentos recién llegados del frente estaban irritadísimos porque, al salir de la estación de Nicolaevsky, fueron tiroteados de la misma forma que los cronstadtianos, cosa que habían realizado experimentados agentes provocadores, escondiéndose inmediatamente después de realizada su fechoría. Pero el Gobierno había hecho creer a sus "valientes" ejércitos que la agresión había partido de los "revoltosos marineros de Cronstadt", a los cuales habían de encargarse de reprimir. Para evitar una lucha fratricida que en aquellas circunstancias podía ser muy cruel, el mitin decidió parlamentar con ellos.

Después de largas conferencias con el comandante de la guarnición de Petrogrado, el Comité Ejecutivo del Soviet de esta ciudad y los representantes del Gobierno, decidieron entregar las armas, pero al Soviet petrogradense y contra documento acreditativo que se entregaría a los delegados del Soviet de los diputados de obreros, campesinos y soldados de Cronstadt. Así se terminó el asunto de la fortaleza de Pedro y Pablo. Los demás destacamentos también entregaron sus armas, excepto el acampado cerca del río Neva, que consiguió llevarse de Petrogrado todo su armamento con las barcas. El día 6 de julio, los cronstadtianos volvieron a Cronstadt.

Mientras la demostración se hallaba en Petrogrado, llegó a conocimiento de los cronstádtianos que el Gobierno castigaba cruelmente a los manifestantes. En vista de ello se reunió el Soviet de los diputados obreros, campesinos y soldados y, mientras los mencheviques ajustaban cuentas con sus adversarios, a los que acusaban como causantes de aquella jornada, la masa empezó a preparar un verdadero ataque a Petrogrado. Los buques se pusieron en comunicación con las fortalezas y fueron llevándose ametralladoras a la Plaza del Ancla, donde se iban reconcentrando las compañías con todo su armamento. La marcha de los acontecimientos obligó al Soviet a abandonar las discusiones para empezar a actuar. Se eligió una Comisión con representantes de todas las fracciones. Cuando esta Comisión llegó a la Plaza del Ancla, declaró a los allí reunidos que ella, en una canoa velocísima, iría inmediatamente a Petrogrado para obtener del Gobierno que la demostración volviese a Cronstadt. Mientras tanto, consideraba oportuno detener la salida de la expedición.

Hay que pensar que al aviso de esta Comisión disminuyó bastante el belicoso espíritu del Gobierno y del Comité Central Ejecutivo de los Soviets, y gracias al amansamiento de los "guías del destino de la Revolución rusa" con los cronstádtianos, el asunto se terminó sin derramamiento de sangre.

II - El 3 de Julio de 1917



III.—DESPUES DEL DIA 3 DE JULIO. — EL COM- PLOT DE KORNILOV

Después de la llegada de los cronstadianos de Petrogrado, la Plaza del Ancla estaba llena de gente que protestaba de las detenciones y persecuciones desencadenadas contra anarquistas y bolcheviques. Se supo que Raskolnikov, después de una imperiosa conminación del Gobierno, se había presentado en el Ministerio de Justicia, de donde fué trasladado a Kresty, la vieja cárcel del Zar. Luego fué a Cronstadt la Comisión investigadora acusando a tres hombres más: a los bolcheviques Deshiovy y Bergman y al anarcosindicalista Yarchuk, incursos en los párrafos 100 y 50 que dictaminaban sobre la organización de sublevaciones para derogar el orden establecido. Ante tal pretensión, los cronstadianos comunicaron a

dicha Comisión que no entregarían a nadie de Cronstادت y que, para evitar manifestaciones de desagrado, abandonasen la ciudad lo antes posible, cosa que ella hizo inmediatamente.

La prensa burguesa, con un odio inaudito, volvió a hacer a Cronstادت objeto de sus rabiosos ataques, excediendo en sus fantásticas argumentaciones todos los límites razonables. Propalaba el rumor de que la "sublevación" del día 3 había sido organizada con dinero alemán; que cada marinero cronstandtiano recibía 25 rublos oro por día, por lo que no les correspondían otros calificativos que los de "mercenarios" y "traidores a la patria".

Y como hasta los rincones más alejados de Rusia estaban materialmente inundados de aquella prensa "liberal", desde el principio tal campaña de difamación daba sus frutos. Se daban casos en que los marineros que iban a provincias a disfrutar sus vacaciones eran arrojados de sus casas por sus propios parientes, quienes cometían semejantes "hazañas" sugestionados por las malvadas e histéricas intemperancias de los "salvadores de la patria y del Estado". También secundó esta venenosa campaña una parte de la prensa socialista, que acusaba a la jornada del 3 al 6 de julio de contrarrevolucionaria, afirmando que había sido preparada por elementos de "oscuro y dudoso origen".

El Soviet de Cronstادت empezó a actuar febrilmente. No estaba satisfecho con limitar la propaganda a la propia ciudad y empezó a enviar propagandistas por toda Rusia. La consigna más importante en aque-

llos momentos era: "Todo el Poder a los Soviets locales de diputados obreros, campesinos y soldados". A docenas eran detenidos los delegados cronstadtianos en las diferentes provincias, pero Cronstadt enviaba siempre nuevos cuadros de propagandistas. Firmemente convencido de su razón, sabía que no estaba lejano el día en que las grandes masas de Rusia comprenderían, por fin, que las aspiraciones y fines de Cronstadt entrañaban las aspiraciones y la fe de todos los trabajadores y campesinos conjuntamente.

El primer sector en responder fué la escuadra del Mar Negro. Unicamente la solidaridad que reinaba entre los marineros fué la causa que obligó a los del Mar Negro (entonces la posición de éstos era distinta a la de los cronstadtianos, favorecían al Gobierno de coalición y apoyaban la convocatoria de Cortes Constituyentes) a dudar de los "verídicos" testigos de la "cierta" contrarrevolución de Cronstadt y del papel tan bajo que se atribuía a sus hermanos del norte y a decidirse a hacer acto de presencia para comprobar particularmente las "raíces del mal". Así pudieron observar la rebelde actitud de Cronstadt, y, en consecuencia, decidieron establecer una delegación suya en la escuadra del Báltico y que los marineros del Báltico, por su parte, enviaran otra al Mar Negro.

Desde entonces, poco a poco, paulatinamente, Cronstadt empezó a conquistar el lugar que le pertenecía en el movimiento revolucionario de Rusia.

Cronstadt estaba alarmado. Marineros, soldados y trabajadores se preparaban para algo. En la ciudad corría el rumor de que los soldados recién llegados del frente y armados de pies a cabeza se acercaban a Cronstadt. También se decía que los buques iban cargados de ametralladoras y de artillería ligera.

El Soviet de los delegados obreros, campesinos y soldados celebró una reunión extraordinaria.

El ejército forastero ancló cerca de la ciudad y destacó en un bote a sus delegados, quienes, con las precauciones propias de los militares que toman recelosamente un país enemigo, desembarcaron y avanzaron con el temor de que los cronstadtianos pudieran recibirles a tiros, pues la leyenda de la "República independiente de Cronstadt" aun tenía muchísimo arraigo. Pero los delegados, guiados por los ciudadanos, llegaron felizmente al Soviet, que en aquellos momentos estaba reunido en su totalidad. Se les ofreció sitio preferente y ellos correspondieron saludando al Soviet en nombre de los soldados del frente cuya situación explicaron pidiendo también su sustitución.

El Soviet les expuso su particular punto de vista sobre la guerra y les manifestó que, en tanto la tierra no estuviese en manos de los campesinos y la revolución no amparase con su bandera vencedora a los trabajadores, no había nada que defender.

Mientras, los marineros subieron a los buques recién llegados, trabando amistosas conversaciones con los recién venidos del frente, que, de vez en cuando, miraban confusamente sus bélicos pertrechos—ca-

ñones, ametralladoras, bandas portacartuchos, fusiles y cartucheras...—que llenaban por completo la cubierta. Al cabo de una hora, todo el ejército invasor había desembarcado. Los soldados recién venidos del frente iban con los marineros y soldados de la localidad, a los barcos de guerra, donde los cronstادتianos cambiaban con sus “huéspedes” impresiones sobre su experiencia revolucionaria y sobre las consecuencias deducidas, confraternizando y compartiendo con ellos su comida.

Al salir del Soviet la delegación, fué recibida muy calurosamente por los marineros e invitada a comer. Al atardecer, a los acordes de las bandas de música y con los gritos de “¡Hurra!” y “¡Todo el Poder para los Soviets locales!” partieron de Cronstadt pidiendo a los cronstادتianos que contestasen a su salutación enviando a su vez sus delegados.

Estos pequeños rayos de luz animaron a la ciudad. También se aclaraban más cada día las tinieblas en donde se engendraba el estado de descontento y de rabia de la masa. Los marineros y los soldados que volvían de vacaciones de sus lares explicaban las ejecuciones de campesinos que, bajo su propia responsabilidad, se repartían las haciendas, y cómo los **culacs** se burlaban de los pobres, y cómo los emisarios del Gobierno se ponían siempre de parte de los **culacs**—los ricos del pueblo—. Y los que regresaban del frente relataban peores cuadros aún. Hablaban de la disciplina impuesta por el general Kornilov al Ejército, de la tentativa del Estado Mayor de Kornilov de concluir con los Comités del Ejército y de

la aplicación de la pena de muerte en el frente. También influyó mucho en el ánimo de los cronstadtianos el relato de que en el frente suroeste había sido fusilado un soldado porque, durante una marcha, arrancó algunas manzanas en un huerto. El espíritu se hizo hostil, no solamente contra el Gobierno, sino también contra el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, que permitía todo esto sin ninguna protesta y a veces hasta lo aprobaba. Finalmente, los discursos pronunciados en la Consulta de Estado, en Moscú, por Kaledin y Kornilov, sobre la disciplina férrea, sobre los derechos de los oficiales como superiores y sobre la aplicación de la pena de muerte en el interior del país, concluyó por completo con la paciencia de los cronstadtianos.

La irritación era tan grande que amenazaba convertirse en una insurrección. Estaba madurándose en aquellos momentos un nuevo conflicto entre los cronstadtianos y el Gobierno.

Este, con el pretexto de reforzar el sector del frente de Riga, poco antes derrotado, se preparaba a transportar de Cronstadt y de sus fortalezas la artillería pesada. Los marineros y artilleros de la ciudad no podían comprender el plan del Gobierno, que pretendía salvar a la patria desarmando a Cronstadt en los momentos en que los marineros del Mar Báltico se preparaban para enfrentarse con la marina alemana, que atacaba. No podía acusarse al Gobierno de incapacidad, porque a su disposición estaban los mejores jefes del Estado Mayor y todos los que se adornaban con charreteras, entre ellos tam-

bién el comandante de la fortaleza de Cronstadt, el general de Artillería M. Ninguno de ellos podía desconocer la importancia de este punto estratégico, al que quitaban todas las posibilidades de defensa. Hervían las ideas de los cronstadtianos con el pensamiento de que el Gobierno iba derechamente a traicionar a la Revolución, de que estaba decidido a aplastar, a cualquier precio, a los descontentos y rebeldes, permitiendo a los alemanes que ocupasen al Petrogrado y al Cronstadt revolucionarios. En los buques, en las compañías y en los arsenales, se celebraban conferencias "clandestinas", si así pueden llamarse, porque a ellas no se invitaba a los representantes del Soviet. En ellas se destacaban decenas de marineros que diariamente iban por las fábricas y talleres de Petrogrado invitando a los trabajadores a una sublevación. El Gobierno empezó a vacilar, concluyendo por retroceder y reducir el asunto a enviar un pequeño destacamento al frente.

Los términos de esta conciliación no eran perjudiciales para los cronstadtianos; más bien estaban contentos de poder aprovechar aquella circunstancia para llevar al frente la "peste cronstadtiana" por cuenta del Gobierno, cosa que de otra forma no hubiese sido posible, pues los Comités de oficiales se cuidaban de que no pudiesen penetrar en las trincheras los agitadores del Soviet de Cronstadt.

Así, buscando nuevos caminos y luchando en favor de la profundización de la Revolución, pasaron seis meses. Vino el 28 de agosto—fiesta que solemnizaba el cumplimiento del medio año de emancipación del

yugo del Zar—. El día transcurrió en medio de la mayor animación. Cerca de 30.000 marineros, trabajadores y soldados llegaron a la Plaza del Ancla con sus banderas de combate, prorrumpiendo en entusiásticas exclamaciones: “¡Viva la Revolución social!”, “¡La tierra, para los campesinos; las fábricas, para los trabajadores!”, “¡Abajo el Gobierno y el Capitalismo!”, “¡Todo el Poder para los Soviets locales de los diputados obreros, campesinos y soldados!” Allí juraron llevar la Revolución social hasta su fin victorioso.

Al día siguiente, 29 de agosto, Cronstadt se preparaba para la lucha contra la reacción.

El Soviet de Petrogrado envió un telegrama en el que explicaba la traición de la plana mayor de Kornilov y el ataque que preparaba éste con el fin de restaurar la Monarquía. Al mismo tiempo pedía que se enviasen 3.000 marineros para la defensa de aquella ciudad. El delegado del Partido Comunista llegado de Petrogrado, que había asistido a la reunión del Comité Central Ejecutivo del Soviet, expuso que, cuando uno de los miembros del Comité Central propuso poner la defensa del Comité Ejecutivo en manos seguras, o sea en las de los cronstadtianos, Chjeidze manifestó: “Sí; como revolucionarios merecen la máxima confianza; pero temo que luego no nos será fácil deshacernos de ellos.” El porvenir confirmó sus presunciones.

Por la noche, en la Plaza del Ancla, se celebró un mitin en el que se dió a conocer dicho telegrama. Los cronstadtianos, sin el más ligero reproche por lo su-

cedido durante los días 3 al 6 de julio, manifestaron inmediatamente que estaban dispuestos a ocupar los puestos de mayor peligro. Entonces el Soviet anunció a Petrogrado que se enviaría un destacamento, pero que, como el día 6 de julio les habían sido arrebatadas las armas a los cronstadtianos, el Soviet de Petrogrado tenía que armarlo. Al Soviet local se le agregó una comisión técnicomilitar constituida por especialistas militares—el comandante de la fortaleza, el ingeniero militar y algunos otros militares que fueron atraídos al efecto—. Cronstadt estaba preparado y dispuesto.

Esta vez venció la Revolución sin ningún derramamiento de sangre. Gracias a la gran rapidez y a la enérgica actuación de ferroviarios y telefonistas, le fueron cortadas las comunicaciones desde el frente y desde el interior al Cuartel general de Kornilov. Lo demás lo terminaron los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados y los Comités del Ejército.

Después de liquidada la sublevación de Kornilov, el destacamento de Cronstadt exigió fuesen puestos en libertad los detenidos por los sucesos de los días 3 al 6 de julio. Y cuando fué comunicada la noticia al Soviet de Cronstadt de que el destacamento no quería salir de Petrogrado y amenazaba con libertar por la fuerza a los detenidos, el Soviet envió allá una Comisión extraordinaria, pues en una reunión ampliada había decidido que tenían que darse posibilidades a las masas trabajadoras de Rusia para que dirigiesen la lucha contra Kornilov, ya que el desper-

tar de la conciencia de las masas facilitaría un cambio a la izquierda y era preciso, sin pérdida de tiempo, prepararse a una nueva etapa de la Revolución.

La delegación cumplió su misión. A los acordes de la música, bajo flameantes banderas y con los lemas "Exigimos la libertad de los detenidos", "Todo el Poder para los Soviets locales de diputados obreros, campesinos y soldados" al frente, los cronstad-fianos volvieron a sus casas, saludados por los representantes del Soviet de Petrogrado como auténticos y probados revolucionarios.

IV - El camino hacia Octubre



IV.—EL CAMINO HACIA OCTUBRE

La agresión de Kornilov se liquidó rápidamente gracias al esfuerzo de los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, liquidación en la que tan importante papel desempeñaron los revolucionarios de Cronstadt. Las noticias relacionadas con este hecho recorrían, con la rapidez del relámpago, toda Rusia, conquistando una magnífica aureola de decididos revolucionarios los cronstadtianos entre las masas de campesinos y de trabajadores. La insolencia de la burguesía (manifestada desahogadamente en la prensa y en sus actos), que se había puesto públicamente al lado de Kornilov, el rumor conocido por todos de que Kerensky participaba en la sublevación al lado del general zarista y la probada participación del socialista revolucionario Savinkov en los planes de los generales monárquicos, sirvió para que las masas revolucionarias empezasen a poner su fe y su confianza en Cronstadt. En algunos sitios se

empezó hasta a manifestar que en la jornada del 3 al 6 de julio Cronstadt había tenido razón porque acertó a vislumbrar la negra reacción que se avecinaba e hizo esfuerzos para ponerle fin.

Cronstadt obtuvo una victoria moral completa. De todas partes empezaron a afluir delegaciones a la población. En el mes de septiembre llegaron delegaciones de los trabajadores del Ural, de Siberia, del Soviet de Kazán... Ahora, no ya no se expulsaba a los cronstadtianos de las provincias, sino que insistentemente se les invitaba a acudir a muchísimos sitios, en los que, con su infatigable actuación, reanimaban a las masas, tomaban parte en las elecciones de los Soviets y revolucionaban a las organizaciones de los trabajadores y campesinos. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios, en aquellos momentos efervescentes, decisivos, cuando eran necesarios los hechos y no las palabras, continuaban, como antes, sus predicaciones: era necesario tener calma y aguardar, cruzados de brazos, a que se reuniesen las Cortes Constituyentes. Ellos, efectivamente, tenían que cruzarse de brazos y abandonar las organizaciones; pues los campesinos y los obreros habían decidido ya entrar en activa lucha por el triunfo de sus aspiraciones.

Se puede afirmar, sin incurrir en error, que no había ninguna provincia o gobierno ni ningún distrito en el que no hubiesen hecho acto de presencia los propagandistas y organizadores cronstadtianos. En todos los sitios invitaban a los campesinos a que se incautasen inmediatamente de las tierras, a que se

desentendiesen del Gobierno, a que reforzasen los Soviets y a que terminasen la guerra sin más dilaciones.

Entre tanto, ¿cómo se desarrollaba la vida revolucionaria en Cronstadt? ¿De qué modo se profundizaba la propaganda revolucionaria? ¿Qué forma tomaban las actividades de las masas?

Los bolcheviques aun continuaban vacilando entre las Cortes Constituyentes y el postulado "Todo el Poder en el centro y en las localidades para los Soviets"; atacaban duramente al Gobierno de coalición hablando nebulosamente de la necesidad de crear un Gobierno integrado únicamente por los sectores de izquierda, y se manifestaban muy duramente contra la guerra, poniendo toda su esperanza en la confraternización en las trincheras, creyendo que estas confraternizaciones desmoronarían el frente enemigo, con lo que se llegaría al fin de la guerra.

Referente a la cuestión de la guerra, los anarcosindicalistas proponían no abandonar el frente, pero sin atacar en ningún momento. Únicamente cuando los Soviets derrotasen al Gobierno y constituyesen el único poder, cuando las tierras estuviesen en manos de los campesinos y las fábricas en las de los trabajadores, si después de una proposición de paz hecha por el pueblo revolucionario, por medio de sus Soviets, a las potencias imperialistas, éstas no limpiaban a Rusia de ejércitos extranjeros, debería iniciarse el ataque.

La resolución tomada el día 5 de octubre en el Congreso de representantes de la Escuadra del Bál-

tico, que fué trasmitida por radio a todos los "oprimidos del mundo", caracterizaba brillantemente el punto de vista de los marineros del Báltico sobre el problema de la guerra. "Hermanos—se decía allí—: En la hora fatal en que suena el clarín, signo de muerte, os enviamos nuestros saludos y testamento, dictados antes de morir. Nuestra Escuadra, atacada por superiores fuerzas alemanas, perece en lucha desigual. Ninguno de nuestros barcos rehusará el combate. Ningún marinero pisará derrotado tierra firme. Estamos obligados a defender decididamente el actual frente y guardar el paso hacia Petrogrado y cumpliremos nuestro deber, pero no bajo el mando de cualquier irrisorio Bonaparte ruso, reinante sólo gracias a la gran paciencia de la Revolución. Nosotros no vamos a la lucha en virtud de los tratados convenidos por nuestro Gobierno con la Entente. Cumplimos el mandato sacratísimo de nuestra conciencia revolucionaria. Nuestra lucha con los salteadores de nuestra patria nos otorga el santo derecho, ahora que estamos cara a cara con la muerte, de invitaros con recia voz a la sublevación contra todos los opresores. En el instante en que las olas del Báltico se tiñen con la sangre de nuestros hermanos y las negras aguas se cierran sobre sus cadáveres, lanzamos nuestro llamamiento."

Del frente interior llegaban noticias poco consoladoras. Los marineros y soldados que regresaban de sus aldeas decían en sus discursos que otra vez se presentaba allí una nube roja de represión como después de la fracasada revolución de 1905, la cual

amenazaba extenderse como una ola por toda Rusia. Los campesinos que habían estado adormecidos esperando las bienaventuranzas del futuro dueño de la tierra rusa—las Cortes Constituyentes—empezaban a perder ya la fe en los predicadores de próximas felicidades, que aseguraban que, cuando viniese el “nuevo amo”, todo se arreglaría. Pero como los campesinos no notasen, a pesar del tiempo transcurrido desde la revolución, ningún cambio en su destino, ni viesan ninguna salvación en lo azaroso de su vida, empezaron los asaltos e incendios de las fincas señoriales y del Estado.

La organización de los anarcosindicalistas comunistas, como antes, propuso a los cronstadtianos oponerse con todas sus fuerzas a semejantes brotes. Consideraba suficiente infiltrarse en las organizaciones campesinas e influir sobre ellas para que renunciasen a tan desesperado expediente, aconsejando, en cambio, que se apoderasen inmediatamente de las tierras garantizando su derecho a ellas en las organizaciones campesinas. Como la guerra había exterminado muchísimos caballos, destruido los aperos y arrebatado a los pueblos todos los hombres jóvenes y fuertes, llevándolos al frente, creía conveniente el cultivo colectivo de la tierra con los aperos que pudiesen ser requisados a los propietarios, no estimando oportuno de momento el reparto de la tierra, puesto que la mayoría de los labradores estaban en las trincheras, debiendo aplazarse la definitiva partición y forma de posesión, fuese colectiva o de otra forma cualquiera, hasta la terminación de la guerra.

Mientras tanto, Cronstadt empezó a realizar ensayos de obra positiva. “La Unión de los Labradores”—la organización de los trabajadores que mantenían relaciones con las aldeas—se dirigió a los campesinos invitando a todos los que tuviesen hierro y herramientas viejas lo entregasen para renovar sus aperos de labranza. La Comisión técnicomilitar del Soviet entregó también una determinada cantidad de metal de viejo material de guerra almacenado desde los tiempos de Pedro el Grande en el gigantesco Parque de Artillería. Los miembros de dicha Unión organizaron un taller en el que, en los tiempos libres, trabajaban varias horas por semana, ayudados por soldados y marineros especializados. Fabricábanse guadañas, arados, herraduras, clavos, etc., y de todo lo hecho se imprimían informes en los talleres del “Izvestia Cronstadtscogo Sovietsa” (“El Mensajero del Soviet de Cronstadt”). Todos los artefactos iban registrados con un troquel en el que se leía “La Unión de los Labradores de Cronstadt”. A los propagandistas del Soviet enviados a los pueblos se les entregaban, según las posibilidades, los productos de esta Unión para que los regalasen a los campesinos, por mediación de los Soviets de los campesinos de las respectivas localidades. Al poco tiempo, el Soviet de Cronstadt recibía numerosísimas cartas testimoniando calurosamente su agradecimiento y prometiendo apoyar a la ciudad en su lucha por el pan y la libre determinación.

Entonces empezaron a echarse los cimientos de las “comunidades de hortelanos”, organizaciones cons-

tituidas por grupos de 40 ó 60 hombres que se agrupaban según el lugar de su trabajo o empleo, o según el distrito en que habitaban, para cultivar la tierra en común. Hay que aclarar que Cronstadt es una isla pequeña, estrecha, de una longitud como de 12 kilómetros. La parte de Petrogrado está ocupada por la ciudad, el puerto y el embarcadero. La parte del norte, la del sur y la del oeste están sembradas de fortines en cuyo intermedio se extienden espacios de unos tres kilómetros. Durante la guerra, por razones de estrategia, se habían llevado las pocas dependencias que allí hubo. En este saludable rincón fué donde cultivaron la tierra los ciudadanos de Cronstadt.

Se celebraban reuniones generales y de los delegados de las Comunidades de hortelanos, en las que también había toda clase de especialistas. Los agrimensores parcelaban la tierra y distribuían los lotes por sorteo. Las simientes para la siembra las recibían del Comité de Alimentación. Los más indispensables aperos, como palas, azadas, regaderas, etc., se recibían en cantidad muy limitada de los depósitos de la ciudad; lo demás se buscaba por iniciativa de los mismos comuneros. El abono se transportaba con un caballo de la ciudad y se turnaba en el uso de los arados para labrar la tierra. Ya en el año de 1918 las comunidades de los hortelanos ayudaron mucho a los cronstadtianos en su lucha contra el hambre. Al recoger la cosecha y devuelta al Comité de Alimentación la cantidad de simientes facilitadas para la siembra, la cantidad que correspondía a cada comunero

ascendía a unos 20 puds (1) de legumbres. En la mayoría de las comunidades, el reparto se hacía según la cantidad de días de trabajo. Estas organizaciones habían solidarizado a los habitantes entre sí y en Cronstadt las relaciones entre intelectuales y trabajadores eran inmejorables.

Que tales comunidades eran prácticas lo prueba el caso de que aún existiesen en el año 1921. Fué la única organización que no disolvieron los bolcheviques, lo cual se debió más bien a que los cronstadianos se resistieron decididamente a los decretos de los comunistas, defendiendo durante bastante tiempo su independencia.

La defensa urbana de la ciudad estaba encomendada a la Milicia del Pueblo, constituida por toda la población de la ciudad por medio de los Comités de Viviendas. Estos comités existían solamente en germen y todo su papel se reducía a este estrecho marco. Pero la propaganda hacía su obra. El problema más importante en los mítines y en las conferencias de los anarcosindicalistas comunistas era el de la abolición de la propiedad privada de las viviendas. En ellos se excitaba a desarrollar la actividad de los Comités de Viviendas, a que se uniesen para que, por medio de su organización, realizasen en primer lugar la distribución equitativa de las habitaciones. En toda ocasión en que se trataban problemas latentes como la guerra y la paz, la tierra las organizaciones de los trabajadores y campesinos, etc., también se le hacían sugerencias al orador sobre asuntos teóricos y prác-

(1) Medida para los áridos rusa equivalente a 16 kilos.

ticos. El auditorio se quejaba de la destrucción de las casas, del deterioro de cañerías y acometidas de aguas y pintaba tristes cuadros: a través de los tejados agujereados, rezumaba la lluvia; en los pisos bajos y sótanos siempre había humedad con evidente perjuicio para la salud de los niños; los dueños no reparaban las casas desde antes de la guerra; no había más remedio que hacerlo con el esfuerzo de todos. Así es que, en octubre, cuando las masas se vieron en condiciones de actuar libre y espontáneamente, en su conciencia ya estaba realizado todo el proceso preparatorio y la determinación de la socialización de las habitaciones se decidió en un grandioso mitin.

Pero el problema más interesante para Cronstadt era extender lo más ampliamente posible sus ideas por toda Rusia y estar preparada para un posible choque contra la reacción, fuese exterior o interior. Los órganos técnicos que se cuidaban del cumplimiento de estos mandatos eran las dos comisiones especiales nombradas cerca del Soviet de diputados obreros, campesinos y soldados, la Técnica militar y la de Agitación y Propaganda.

Los gérmenes de la Comisión Técnica militar existían desde la jornada del 3 de julio; pero su principal actuación la desarrolló en los días de la sublevación de Kornilov. Ahora evolucionaba en sus trabajos. Contrastaba la seguridad de las fortalezas, fijaba las proporciones de los destacamentos militares y, sistemáticamente y por medio de los Comités de fábricas y talleres, realizaba la consigna sobre el arma-

mento general. La Comisión Técnico militar suministraba armas a todos los talleres y fábricas los comités de los cuales las repartían, a su vez, a los trabajadores. Respecto a la instrucción militar, los obreros se dividían en unas cuantas categorías. Los que conocían el manejo del fusil se organizaban en grupos especiales para preparar, de su seno, a los artilleros, a los ametralladores y a los zapadores. Los bisoños, en primer lugar, hacían ejercicios de formación dos veces por semana en la Plaza del Ancla, y luego se les enseñaba el tiro en los campos de tiro de la Armada. Cada trabajador se imponía la obligación de aprender a manejar debidamente el fusil y las bombas de mano. Al final del año 1917, los destacamentos de obreros estaban ya instruídos y regimentados. La Comisión también había organizado militarmente el transporte marítimo de hombres y avituallamientos y la restauración y reparación de todos los barcos retirados de la navegación. La Comisión Técnico militar se componía de 14 compañeros representantes del Soviet, de la Unión de Trabajadores del Transporte Marítimo, de la Armada y de las fortalezas. A los fortines más importantes fueron enviados comisarios del Soviet para encargarse de mantener comunicaciones con Cronstadt, principalmente con la Comisión Técnico militar, y para la observación de la seguridad de las fortalezas.

La Comisión de Agitación y de Propaganda había concentrado en sus manos toda la parte técnica de la propaganda y de la agitación en Cronstadt y en toda Rusia. Cada día enviaba lectores y conferen-

cientes a todos los fortines, que generalmente estaban situados a alguna distancia de la población (de dos a treinta verstas) (1), por lo que rara vez se encontraba todo el cuerpo de propagandistas en la ciudad y en los mítines generales. Se distribuía literatura anarquista y socialista sobre los problemas agrarios y cada soldado por cuenta propia y con sus últimos céntimos se formaba una biblioteca que luego se llevaba a su aldea. Hoy mismo pueden encontrarse en los últimos rincones, de Rusia libros y folletos con el timbre de Cronstadt, conservados, a costa de grandes esfuerzos, de los registros chequistas.

Los cuadros de propagandistas se formaban de este modo: cada taller, cada compañía y cada buque de guerra podían enviar sus propagandistas a provincias. El que quería marchar lo declaraba en asamblea general celebrada en el sitio en que trabajaba y, si no se le oponía alguna objeción, el Comité de la fábrica o del taller, del regimiento o del buque; le daba un mandato, obtenido el cual había de pasar por la Comisión de Agitación y de Propaganda y luego por el Soviet de diputados obreros, campesinos y soldados para que lo confirmase. Si en la Asamblea general de todos los Soviets era aprobada la propuesta, si nadie presentaba pruebas que pudiesen inutilizar al aspirante desde el punto de vista revolucionario, entonces la Comisión de Agitación y de Propaganda le certificaba el mandato correspondiente en nombre del Soviet de Cronstadt, que acreditaba

(1) Medida de longitud equivalente a 500 toesas.

al propagandista en todas las provincias y estaciones del ferrocarril como un salvoconducto. Como hemos dicho anteriormente, los agitadores, según las posibilidades, recibían la producción de instrumentos de cultivo fabricados por "La Unión de Trabajadores de Cronstadt" para que fuesen regalados a los campesinos por medio de sus Soviets. Los gastos para la agitación y propaganda eran sufragados por la caja de los Soviets, formada por las aportaciones voluntarias de los trabajadores.

Las Comisiones Técnico-militar y de Agitación y Propaganda informaban sobre su labor en la reunión general del Soviet de los diputados obreros, campesinos y soldados y también en los mítines, en los que muchas veces recibían mandatos directivos.

Mientras tanto, en la capital todo giraba alrededor del problema del Gobierno. El Comité Central Ejecutivo de los Soviets decidió convocar a todas las fuerzas vivas del país para celebrar una "consulta democrática" que debía estar constituida por los representantes de los municipios, de las comarcas, de los Comités de Alimentación, etc., reservándose una pequeña proporción para la representación de los Soviets. En una palabra, se convocaba a la verdadera "democracia" para resolver el problema del Gobierno de coalición.

El 14 de septiembre se constituyó la Consulta Democrática, cuya mayoría de votos correspondía a los círculos burgueses o a los centros democráticos moderados. Por labios de sus representantes, el proletariado de Petrogrado declaraba allí: "Nosotros afir-

mamos que todo el peso de la revolución lo hemos soportado nosotros sobre nuestros hombros... Manifestamos que poner en el orden del día la cuestión sobre la coalición equivale a poner la revolución frente a una nueva amenaza korniloviana." Pero la voz de los trabajadores resonó en la Consulta Democrática como en un desierto.

Por 766 votos contra 688 se resolvió la cuestión en favor de una coalición con la burguesía, pero exceptuando de la coalición al partido constitucionalista. Así es que la Consulta no resolvió el problema del Gobierno, sino que decidió elegir de su seno un anteparlamento, el cual constituiría un nuevo Gobierno que sería responsable ante la Consulta Democrática. El socialdemócrata Cereteli declaró que, "en el caso de que fuesen adictos los elementos del censo al Gobierno, la composición del anteparlamento podía y debía ser completada por los delegados de los grupos burgueses", entre los cuales también se comprendían los constitucionalistas. Por las señales, este anteparlamento no predecía nada bueno. Contestando al juego del Gobierno, los cronstadtianos empezaron a prepararse para la batalla contra la reacción.

En vista del comienzo de las operaciones navales en el mar Báltico, el Gobierno de Kerensky decidió trasladarse a Moscú, determinación que causó gran escándalo entre los marineros, quienes decían que los que más empeño tenían en prolongar la guerra "hasta la victoria" tenían que ser los primeros en ir al ataque y que ellos—los marineros—de ninguna forma permitirían que saliese de Petrogrado, cuando

estaba amenazado de ocupación, ninguno de los "valientes" propugnadores de la continuación de la guerra. Si los "gobernantes" de Rusia—agregaban—, que imperan gracias a la paciencia de la Revolución, persisten en oponerse a los deseos y mandatos del pueblo de desarrollar una política de paz internacional y continúan manteniendo el fragor de las armas, sembrando el confusionismo entre los trabajadores del oeste sobre los fines y carácter de la Revolución rusa; si con tal conducta hicieren posible la marcha de los imperialistas alemanes contra Rusia, no les sería fácil desentenderse de los sacrificios impuestos a las filas de los marineros y trabajadores revolucionarios en esta nueva y completamente inútil matanza—tal vez preparada ex profeso por Kerensky y compañía para deprimir los movimientos revolucionarios—y habrían de presentar también su cabeza en la batalla.

Por el Soviet de diputados obreros, campesinos y soldados de Cronstadt fué enviada una delegación a Helsingfors y otros puntos de escala de la Escuadra del Báltico, delegación que recorrió todos los buques recabando la garantía del apoyo total de los marineros en el caso de una empresa revolucionaria.

A comienzos de octubre, se celebraba en Cronstadt el Congreso de los Soviets del gobierno de Petrogrado bajo el lema "Todo el Poder para los Soviets locales". El delegado socialdemócrata internacionalista del Soviet de Peterhof pronunció un discurso sobre las Cortes Constituyentes y una vez más repitió todos los ilusorios sofismas sobre la conve-

niencia de abstenerse de toda acción inmediata hasta las Cortes Constituyentes, a las cuales se encomendaría por completo la labor revolucionaria, con la esperanza de que fuesen ellas, desde arriba, quienes resolvieran todos los dolorosos y graves problemas planteados.

Mientras tanto, la reacción, con la ayuda de Krensky, buscaba todos los caminos para volver a subir al Poder. Los bolcheviques actuaban con astuta política. Aplaudían a los anarcosindicalistas comunistas, que se manifestaban contra las Cortes Constituyentes, pero se abstendían de manifestar su punto de vista sobre las mismas Cortes Constituyentes o sobre el momento presente. Únicamente desmentían el rumor bastante difundido de que se preparaban para la sublevación, aludiendo a los acuerdos de la última conferencia del partido en Petrogrado. A la conclusión del Congreso se eligieron dos delegados al Congreso de los Soviets de la provincia, con el mandato de defender allí la consigna "Todo el Poder para los Soviets locales".

En el Congreso de la provincia del Norte, en vista del peligro reaccionario y de la amenaza que significaban los enemigos de la "patria", como asimismo el peligro representado por los imperialistas extranjeros de la parte del Báltico, formóse un Comité Militar Revolucionario, del que formó parte un delegado de Cronstadt, un socialista revolucionario maximalista. Este Comité, que estaba presidido por el bolchevique Antonov Ovseenko, lanzó un manifiesto en el que se decía: "En interés de la defensa de la Re-

volución, designamos comisarios cerca de los destacamentos militares y en los puntos importantes de la capital y de su contorno. Las órdenes y las disposiciones del Gobierno referentes a estos puntos sólo serán cumplidas después de confirmadas por estos comisarios. Los comisarios, como representantes de los Soviets, son inviolables."

Cronstadt comenzó a prepararse para el Congreso de los Soviets de Panrusia, del que los más importantes puntos del orden del día eran:

"Todo el Poder para los Soviets locales."

"Abajo la matanza capitalista!"

"Libertad para todos los revolucionarios detenidos en las cárceles."

"Entrega rápida e inmediata de las tierras a los campesinos y de las fábricas a los trabajadores."

En los mítines, conferencias y reuniones se afirmaba siempre que el Gobierno no se conformaría de ninguna manera con estas exigencias, pues el Poder había maleado a Kerensky, a quien los cronstadtianos querían mucho al comienzo de la Revolución, pero del que ahora los marineros murmuraban que reunía fuerzas "especiales", encarnizaba la lucha en el frente y se rodeaba de batallones de mujeres. También se decía que, si por casualidad el Congreso patrocinaba tales pretensiones, sería inmediatamente disuelto y Kerensky reprimiría por la fuerza de las armas a todos los descontentos, en expectativa de lo cual y por si acaso había que estar atentos.

Llegaron los miembros del Comité Militar Revolucionario para conferenciar con Petrogrado sobre la

organización conjunta de una demostración armada en el día de apertura del Congreso. El Soviet de Cronstadt aceptó esta proposición confirmada en un gran mitin celebrado. Unicamente añadió que, después de la amarga lección del día 3 de julio, los cronstadtianos no tenían el propósito de interpretar una demostración armada como un juego de muchachos, y que si fuese preciso irían formados en fuerte unidad guerrera con la escuadra, con artillería y con ametralladoras... El Soviet de Cronstadt envió radiogramas cifrados al Soviet de Helsingfors y a todos los destacamentos de la escuadra del Báltico informándoles de la situación, recibiendo una firme contestación de que, a la primera señal, marcharían hacia Cronstadt algunos submarinos y un destacamento de marineros se dirigiría por tren a Petrogrado.

V - La Revolución de Octubre

V.—LA REVOLUCION DE OCTUBRE

El día 23 de octubre, los representantes del Soviet de Cronstadt (un bolchevique y un anarcosindicalista comunista) marcharon al Congreso de los Soviets de Panrusia. En Petrogrado, exteriormente, parecía que había tranquilidad. Unicamente la Redacción del diario "Rabochy" ("El Trabajador") era destruída por completo y vigilada por los cadetes. Antonov Ovseenko, el representante del Comité de Guerra y Revolución en Smolny, manifestó que se percibía que Kerensky reconcentraba sus fuerzas y que posiblemente intentaría dispersar el Congreso, cuya apertura aún no estaba resuelta. Los bolcheviques tenían miedo a comprometer a sus caudillos, pues Lenin, Zinoviev, Kamenev y otros vivían en la clandestinidad. Además, la mayoría de los detenidos en la jornada de los días 3 al 6 de julio aún estaban

en las cárceles. La parte revolucionaria del Congreso decidió contrastar su fuerza allí y en las localidades y se consultaba y se recogían informaciones del frente y de los pueblos. Los delegados de Cronstadt, después de cambiar impresiones con los representantes del Comité de Guerra y Revolución, y en vista de que el Congreso, oficialmente, aún no funcionaba, decidieron regresar a Cronstadt con un informe.

Al atardecer, el aspecto de Petrogrado perdió el carácter idílico que ofrecía por la mañana. En la perspectiva Nevsky paseaban las columnas de los cadetes mandadas por sus oficiales. Sus centinelas únicamente detenían los autos y examinaban las documentaciones; allí mismo, en las aceras, se reunían grupos de transeúntes que se comunicaban sus impresiones y noticias. En la parte de Viborg se armaron los trabajadores y ocuparon todos los puntos estratégicos. También ocuparon el puente Dvortzowy.

Los delegados regresaron a Cronstadt a las doce de la noche. El Soviet estaba reunido. Los delegados presentaron su informe sobre la situación en Petrogrado, en conocimiento de la cual el Soviet decidió prepararse inmediatamente para la partida.

La Comisión Técnico militar comunicó por teléfono a todos los destacamentos militares y a los buques de guerra la decisión del Soviet. Los trabajadores, con un toque que en tiempos normales anunciaba el comienzo del trabajo y en los momentos de alarma era señal de combate, fueron llamados con carácter extraordinario a sus talleres. Todos los miembros del Soviet se dirigieron a informar a sus representados.

Cada unidad de combate entregó a la Comisión Técnico militar las listas de los que querían formar en los destacamentos. La Unión del Transporte Marítimo preparaba los medios de transporte. Los miembros de la Comisión Técnico militar visitaron el puerto y recomendaron a todos los Comités de navío que encendiesen las calderas de sus buques y estuviesen prestos para zarpar. A todas las baterías del norte y del sur se enviaron barcos para posibilitar la venida de los que se habían apuntado en las listas para la "marcha". En la Krasnaya Gorka el telefonema fué recibido directamente por el comisario del Soviet de Cronstadt y entregado al Comité militar de la fortaleza.

Inmediatamente tocó el clarín a reunión. En un minuto toda la fortaleza estaba en pie. Después de unas breves alocuciones y en vista de que las guardias blancas podían llegar del frente y atacar de un momento a otro a Krasnaya Gorka, se decidió que todos ocupasen sus puestos.

El fuerte Ino, situado en la parte opuesta del golfo de Finlandia, formó un destacamento que subió al tren esperando órdenes de Cronstadt para partir con dirección a Petrogrado.

A las tres de la madrugada todo estaba preparado. Los delegados, que, una vez presentado su informe, habían partido otra vez en un bote hacia Petrogrado, a causa de una densa niebla que cubría todo el golfo, en lugar de llegar a dicha ciudad, arribaron al fuerte Totleben, que está en la parte opuesta, por la ruta de Finlandia, logrando con dificultades

alcanzar el fuerte próximo que está unido a Cronstادت por una línea de ferrocarriles. Repentinamente dejó de funcionar el cable directo con Petrogrado, cesando las comunicaciones.

Son las cinco de la madrugada.

Se oye un toque largo e incesante. La Plaza del Ancla hierve. De todas partes afluyen las unidades de combate de los marineros, de los soldados, de los artilleros y de trabajadores. Ondeán las revolucionarias banderas de lucha: "Todo el Poder para los Soviets locales", "La tierra, para los campesinos; las fábricas para los trabajadores". Es el último mitin, que preside un compañero anarquista, el cual lo termina con el grito de "Viva la Revolución Social! Las bandas de música tocan himnos revolucionarios y en bien formadas filas los cronstادتianos se dirigen hacia el puerto. La Comisión Técnico-militar dirige el embarque. Esperan únicamente a los lanzaminas de Helsingfors. A las nueve de la mañana llegan el "Samson" y el "Zabiaka", portando la noticia de que el primer destacamento de 7.000 marineros había salido ya por ferrocarril hacia Petrogrado y que era preciso esperarle en la estación de Finlandia.

A las once de la mañana salen unos submarinos escampavías para examinar la ruta, pues por la noche y favorecidos por la niebla no era imposible la presencia de algunos barcos lanzaminas del Gobierno que hubiesen minado el mar. Inmediatamente levantan anclas el "Amur", buque en el que va el Cuartel general del destacamento. Detrás de él abandonan el

puerto otros navíos de guerra y algunos vapores artillados.

El día 24 de octubre, los buques anclaron enfrente del Palacio Zimny (de Invierno). El "Amur" se puso al lado del "Aurora", barco de guerra que permanecía en Petrogrado desde los días de Kornilov. Desde las orillas de las islas Vasilievsky, manifestaciones de mujeres obreras saludaban a los cronstadtianos.

Los delegados de Cronstadt, en un pequeño bote, se dirigieron al Palacio Smolny, al Congreso de los Soviets de Panrusia. Pero cuando llegaron a la altura del Palacio Zimny, desde allí abrieron un diabólico fuego de ametralladoras contra ellos. El "Samson" y el "Zabiaka", con rápida velocidad, se pusieron delante del bote y en un segundo levantaron sus escotillas y apuntaron sus cañones hacia el palacio. Retrocedió la delegación y terminó el tiroteo.

A las cuatro llegaron los delegados de Comité de Guerra y Revolución desde Smolny con el mensaje de que Kerensky se disponía al ataque y preparaba sus fuerzas en el Palacio Zimny y en otros puntos. Los trabajadores de Petrogrado y la mayoría de los destacamentos del Ejército que estaban contra él exigían su detención. Algunos regimientos de Infantería habían declarado su neutralidad. Los cosacos vacilaban. Ante semejante circunstancia, el Congreso no podía ser inaugurado y, por esto, proponían a los cronstadtianos la toma del Palacio de Zimny, donde estaba reunido el Gobierno.

Los cronstadtianos declararon que ellos estaban

dispuestos a defender la Revolución, pero que solos no acometerían la empresa. Si los trabajadores de Petrogrado se acercaban al palacio, entonces los cronstadianos se comprometerían a tomarlo.

El Cuartel general del destacamento de Cronstadt, junto con el Comité de Guerra y Revolución, elaboró el siguiente plan de acción:

Toda la infantería de Cronstadt saldría a la costa y los buques se situarían en orden de combate. El Comité, por su parte, concentraría todas las fuerzas de la guarnición de Petrogrado en la fortaleza de Pedro y Pablo y dirigiría a los trabajadores (la Guardia Roja) en ayuda de la infantería de Cronstadt. Desde el "Amur" se enviaron mensajes al Gobierno conminándole a que se rindiese, y si hasta las once de la noche no se obtenía ninguna contestación, entonces, desde la fortaleza de Pedro y Pablo, se haría un disparo con pólvora al que contestaría del mismo modo el "Aurora"; transcurridos treinta minutos, la fortaleza de Pedro y Pablo haría un segundo disparo, también con pólvora y, si en el transcurso de una hora después de este segundo disparo no llegaban los parlamentarios del palacio, se iniciarían las operaciones militares.

Son las once de la noche.

Desde la fortaleza de Petrogrado se oye el primer disparo de pólvora y luego, uno detrás de otro, se lanzan contra el palacio otros veinte tiros, de los cuales uno sólo llegó a hacer blanco, pues los demás cayeron en el Neva.

Cerca de las doce de la noche cesó el tiroteo, en

el que no tomaron parte los buques de guerra. El Cuartel general, a bordo del "Amur", se hallaba en un estado de incertidumbre, pues no recibía noticias de ninguna clase. Esto le obligó a enviar una comisión investigadora al Palacio de Zimny y otra a la fortaleza de Pedro y Pablo.

En aquel momento se empezaron a notar señales desde la torre vigía del Instituto Naval del malecón del Neva, y el Cuartel general envió también allí un destacamento con un miembro del mismo cuartel.

Estaban reunidos y armados en el gran salón de actos del Instituto todos los guardias marinas, al parecer preparados para ir en defensa del Gobierno. Se les quitó el armamento, y se les permitió permanecer en el edificio; pero la torre vigía fué ocupada por una guardia de cronstadtianos.

Cerca de las dos de la madrugada llegó al Cuartel general del destacamento de Cronstadt un delegado de los soldados venidos del frente para reprimir a los cronstadtianos en la jornada de los días 3 al 6 de julio y que ahora se manifestaban como los más fieles camaradas en la lucha por la emancipación total. Dicho delegado portaba un mensaje que decía: "Queridos cronstadtianos: El Palacio de Zimny no se rinde. Si vosotros no lo tomáis por la noche, nuestra situación será muy crítica. Nuestros cañones de la fortaleza de Pedro y Pablo se encuentran indefensos y al amanecer ya no podremos resistir más."

También llegaron de la ciudad informes anunciando el rumor de que, antes de ser tomada la estación de Nicolayevsky por los marineros, Kerensky había

logrado escapar de Petrogrado dirigiéndose al frente.

Había que liquidar el Gobierno del Palacio de Zimny y posibilitar la apertura del Congreso de los Soviets, el cual, con un enérgico llamamiento al frente, podría desarmar a Kerensky.

Desde el Cuartel general del "Amur" dieron orden al "Aurora" de que disparase un tiro con pólvora. Sonó el disparo. Todos los alrededores retumbaron, haciéndose persistente el eco... No se obtuvo contestación alguna: en el Palacio de Zimny no apareció la bandera blanca. El "Samson" y el "Zabiaka" se adelantaron hacia dicho palacio. El "Aurora" avanzó hacia el centro del Neva, colocándose delante del "Amur". Por el servicio de posta había sido transmitido el aviso al destacamento situado cerca del Palacio de Zimny de que se retirase de sus puestos y se alejase, pues a las cuatro de la madrugada el "Aurora" y el "Amur" comenzarían el fuego. Mientras tanto, en un auto, llegaron los representantes de la minoría socialista revolucionaria en el Congreso de los Soviets, quienes fueron conducidos al Cuartel general del "Amur".

—¿Sabéis vosotros—dijo Spiro, el socialista revolucionario de izquierda (ahora bolchevique)—que el Gobierno provisional se está salpicando de sangre y antes de su muerte maldice a la democracia? ¿Sabéis que las granadas del "Aurora" han destruido toda la perspectiva Nevsky?...

Su exaltación no influyó en nadie. Se le contestó que era preferible sufrir las maldiciones, aunque fuesen a la "democracia", que la matanza a sangre y

fuego prometida por Kerensky; que el "Aurora" sólo había hecho un disparo, y con pólvora únicamente, y que, por lo que respectaba al Gobierno, lo conveniente era que ellos fuesen en su auto al Palacio de Zimny y le propusiesen la rendición; el Cuartel general, por su parte, garantizaría a todos sus miembros la seguridad personal más absoluta y los enviaría sanos y salvos allí donde el Congreso de los Soviets señalara.

Entonces la delegación dirigió sus esfuerzos a influir sobre Kallis, el miembro socialista revolucionario de izquierda del Cuartel general. Encarándose con él, Spiro le dijo: "Le manifestamos que inmediatamente tiene que abandonar el "Amur", y que de no hacerlo tendrá que responder ante el partido, del que será expulsado..." Kallis contestó que él "escuchaba al partido y obedecía a su disciplina, pero que si su Comité Central se sustentaba sobre movedizas bases y no había logrado encontrar un fuerte punto de apoyo en el que fundamentar su línea de conducta, ya se vería en el próximo Congreso del partido quién juzgaba a quién". Terminadas estas declaraciones, los delegados fueron invitados a retirarse.

Cerca de las cuatro de la madrugada recibió la primera noticia el "Amur", la cual le informaba de cómo el Palacio de Zimny ya había sido tomado por los cronstadtianos. Seguidamente llegó de dicho palacio un grupo de artilleros y de marineros anunciando que todo el Gobierno estaba detenido, excepto Kerensky, al que no se encontraba por ninguna parte.

Los detenidos fueron trasladados a la fortaleza de Pedro y Pablo. En el camino, cerca de la entrada del puente Troytzky, fué sorprendida la guardia que los conducía por un denso tiroteo, procedente, posiblemente, de los fusiles de algún grupo de defensores del Gobierno que quiso sembrar el pánico entre los soldados y proporcionar de este modo la huída de los ministros. Pero la patrulla ordenó echarse a tierra y esperar a que terminase el tiroteo, y el Gobierno, ileso, llegó a la fortaleza, donde fué entregado a la vigilancia de los soldados procedentes del frente.

A las cinco de la madrugada llegaron Roshal y Raskolnikov, que estaban detenidos desde el día 3 de julio y que habían sido libertados en aquellos momentos. Informaron sobre los desórdenes que se estaban produciendo en el Palacio de Zimny, en vista de lo cual se trasladaron allí dos miembros del Cuartel general del destacamento de Cronstadt. Inmediato al Palacio permanecía un destacamento de marineros recién llegados de Helsingfors. Se comprobó que un rincón del Palacio había sido destruído por una granada de la fortaleza de Pedro y Pablo. Dentro del edificio reinaba un caos inexplicable. El regimiento que había quedado de vigilancia dentro del Palacio llegó hasta los sótanos, se introdujo en las bodegas del zar y se emborrachó. Aquellos momentos de ausencia de toda vigilancia fueron aprovechados por las turbas de curiosos y por los pescadores de río revuelto. La vigilancia fué inmediatamente sustituida por el destacamento de marineros de Helsingfors, que estaban indignados por conducta tan poco

revolucionaria como la de aquellos soldados. Se recordaban los tristes cuadros de 1905 en Cronstadt, cuando los marineros, en los primeros momentos de la sublevación, asaltaron tabernas y cavas, las destruyeron y se emborracharon, arruinando la causa por la cual se habían sublevado. Esto les pareció una enseñanza lejana digna de ser tenida en cuenta. En el primer momento de la revolución de 1917, cuando salieron por las calles en ordenadas filas, en seguida tomaron medidas para asegurar una perfecta vigilancia de todos los sitios en donde se encontraba la maldita bebida y ninguno de los sublevados olvidó el compromiso de mantener con toda dignidad el título de revolucionario y de no encenagar en el vino y en el alcohol su dignidad de hombre.

Los marineros de Helsingfors limpiaron inmediatamente el palacio de sus anteriores vigilantes y de los curiosos invasores, sellaron las bodegas y cerraron todas las entradas al mismo.

El día 25 de octubre se abrió el Congreso de los Soviets, en el cual se proclamó la socialización de la tierra, se otorgó todo el Poder, en el centro y en las localidades, a los Soviets, fué abolida la pena de muerte, restablecidos los Comités del Ejército y tomada la resolución de dar fin inmediatamente a la guerra. Allí mismo, por primera vez, fueron elegidos los comisarios del pueblo.

Al concluirse el Congreso, el "Amur" zarpó con rumbo a Cronstadt. Por el camino, los marineros empezaron ya a discutir sobre el peligro que entrañaba la existencia del Soviet de los comisarios del

pueblo. Algunos aseguraban que los jefes eran muy capaces de traicionar lo más sagrado de la revolución de Octubre, pero los cronstadianos, embriagados por su fácil victoria, todos a una y haciendo ruido con las armas, declaraban: "En tal caso, si los cañones llegaron hasta el Palacio Zimny, también llegarán hasta Smolny."

**VI - Los acontecimientos pos-
teriores a la revolución
de Octubre**

VI. LOS ACONTECIMIENTOS POSTERIORES A LA REVOLUCION DE OCTUBRE

La contrarrevolución hizo su primera salida armada en Petrogrado el día 29 de octubre. Los cadetes licenciados después de la toma del Palacio de Zimny se reunieron en la Escuela de Artillería, en el castillo de Ingenieros, y se armaron. Cuando los marineros les invitaron a que depusiesen las armas, contestaron con el fuego, que se intensificó hasta intervenir la artillería, produciéndose bastantes víctimas por ambas partes, hasta que al fin se pudo desarmar a los cadetes. El Soviet de Petrogrado quiso enviar los detenidos a las prisiones de Cronstadt,

pero los marineros protestaron con gran energía, alegando que ellos querían hacer de Cronstadt una ciudad libre y no convertirla en un "Sajalin" (1), aunque fuese para aprisionar contrarrevolucionarios.

En el mismo día comunicaron desde Smolny a Cronstadt que Kerensky, después de reunir todas sus "terribles fuerzas", se encontraba en la estación de Dno, componiéndose su ejército de veinte divisiones de Artillería y una división de Caballería salvaje (2). Se le pedían a Cronstadt cinco mil artilleros perfectamente equipados con sus cañones.

Tal comunicación ponía de manifiesto el horroroso pánico que imperaba en Smolny. Por lo demás, todo el mundo dudaba de que fuese cierta la reunión de las veinte divisiones de Artillería, puesto que el estado de ánimo que reinaba en el frente contra la política contrarrevolucionaria del Gobierno de coalición y las posibilidades de transporte no daban ningún fundamento para creer que Kerensky pudiese obtener tal éxito. Como Cronstadt no tenía más que tres mil artilleros, sólo se tomó en cuenta el hecho de que Kerensky atacase, y en el gran mitin celebrado para tratar de este asunto se decidió dar los pasos necesarios para la defensa de la Revolución únicamente cuando regresara la delegación especial de Smolny con datos militares más fehacientes.

(1) Fortaleza situada en una isla del Oeste, donde el zar enviaba a los presos políticos.

(2) Cuerpo de caballería muy feroz, que no concedía gracia a los vencidos y gozaba de las prerrogativas del saqueo y de la devastación.

En Smolny reinaba la confusión más absoluta. Los bolcheviques habían huído ya cada uno por su lado. En la entrada de Smolny, en un vestíbulo oscuro, los delegados se encontraron con Kamenev y con Zinoviev, que ocultaban sus caras en altos cuellos y gorros de piel y huían confusamente de palacio. No se pudo saber nada de ellos. Con grandes apuros se consiguió constituir una comisión de agitación compuesta por anarcosindicalistas y bolcheviques, la cual se encargó de visitar la guarnición de Petrogrado para organizarla y preparar un ataque contra Kerensky.

En Petrogrado se tocaba incesantemente alarma. Los trabajadores corrían a sus respectivas herrerías, fábricas y talleres. Los Cuarteles generales de la Guardia Roja armaban y formaban las unidades de combate. Las brigadas sanitarias estaban constituidas por las mujeres, y muchas otras habían partido ya a excavar las trincheras. Todo el pueblo se precipitaba al frente.

Los delegados regresaron a Cronstadt. En el mitin se acordó poner el máximo esfuerzo en la lucha frente a la contrarrevolución armada. Los fortines cargaron apresuradamente parte de su artillería pesada y ligera, en trenes dispuestos al efecto. Los marineros salían para el frente contra Kerensky como si se tratase de tropas de Infantería. La Comisión Técnico militar, por mandato del Soviet, encargóse de suministrar al frente de Gatchina las reservas precisas que quedaban en la fortaleza de Cronstadt para un caso de asedio. Una parte de los avitualla-

mientos fueron enviados a Petrogrado, pues se observó que, con la amenaza del ataque de Kerensky, esta ciudad había quedado aislada, terminándose los abastecimientos con que contaba.

Cerca de Gatchina se desarrolló la batalla. Hubo un momento en que pareció que el triunfo se iba a inclinar por Kerensky, pero llegó la artillería de Cronstadt y, escogiendo buenas posiciones, empezó a cañonear los trenes y los autos blindados del adversario...

El enemigo sufrió una gran sacudida. Parte de los cosacos que integraban la división de Caballería salvaje se pasó al campo de los revolucionarios. Algunos autos blindados fueron destruidos y los demás copados por los marineros. Se llegó al combate cuerpo a cuerpo, huyendo por fin el enemigo, que dejó el campo de batalla abandonando el tren blindado de que disponía. De Kerensky se decía que había huído del Palacio de Gatchina y se introdujo en un hospital, donde algunos empleados le habían visto disfrazado con un traje de enfermera.

Terminada la batalla, los cronstadtianos regresaron a Petrogrado, dejando en el terreno de la lucha a muchos de sus fieles amigos revolucionarios. Por ejemplo, no quedó ni la mitad del destacamento de la Escuela de Minas. Pero, orgullosos de la victoria, estaban convencidos de que aquella sangrienta etapa de la lucha se acercaba al final y comenzaba una nueva era de construcción, de libre iniciativa de las grandes masas trabajadoras...

Al mismo tiempo que en Cronstadt y en Petrogra-

do, estalló la sublevación en Kazan, en la región del Volga. En aquel Soviet trabajaban los cronstadtianos que habían sido enviados antes allí, y en el momento en que la lucha tomó carácter armado, el Soviet de Kazan se dirigió al de Cronstadt solicitando su ayuda.

Estalló también la lucha en Moscú. Los oficiales y los cadetes, que se habían hecho fuertes en el Kremlin, cañonearon la ciudad. Apresuráronse a ir en ayuda de los trabajadores moscovitas los cronstadtianos, y en los momentos de la batalla decisiva se encontraron en las primeras filas.

En todos los sitios donde se producía el choque con el viejo régimen, que hacía los últimos esfuerzos por cerrar el camino a la victoriosa marcha de la Revolución de Octubre, los cronstadtianos figuraban siempre entre los primeros luchadores.

Los bolcheviques se aprovechaban, ampliamente y sin límites, del entusiasmo revolucionario de los cronstadtianos. Después de octubre, cuando la cuestión del avituallamiento de los trabajadores del centro era muy crítica, los bolcheviques se dirigieron al Soviet de Cronstadt pidiéndole que enviase a las aldeas un destacamento de marineros en misión de propaganda, apoyando su mensaje en el reconocimiento de que la autoridad revolucionaria de los cronstadtianos irradiaba la suficiente influencia para hacer una eficaz propaganda entre los campesinos con objeto de que entregasen sus productos y los transportasen a la ciudad en beneficio de los trabajadores hambrientos. En todos los puestos de responsa-

bilidad peligrosos y arriesgados se demandaba la presencia de los cronstadtianos. De Cronstadt salían los comandantes de los destacamentos, de los autos blindados; los jefes de las estaciones, los cerrajeros, los torneros, los escribientes... Todo eso lo daba Cronstadt sin decir una palabra.

Mientras tanto, los socialistas revolucionarios de derecha y los socialdemócratas mencheviques estaban ocupados en la organización de la "democracia" del país para salir en contra de la Revolución de octubre.

Los socialdemócratas mencheviques también querían probar sus fuerzas en Cronstadt, donde eran muy débiles e imperceptibles; por ello llegaron desde Petrogrado nuevos refuerzos acaudillados por el camarada Ermanski. Pero el esfuerzo no fué coronado por el éxito. La actitud adoptada por él al intentar relacionarse en Cronstadt, fué negativa, contraproducente. En un discurso pronunciado en la reunión del Soviet, atacando a los participantes de la Revolución de octubre, declaró que, "después de dos o tres semanas, a todos ellos les produciría vergüenza mirar cara a cara a los mencheviques". Como todos sus esfuerzos iban dirigidos a predecir el porvenir, los marineros le bautizaron con el remoquete de "el Profeta Ermanski". La conducta del "profeta" menchevique era muy genial. Según el reglamento del Soviet de Cronstadt, el orador no disponía más que de media hora para pronunciar su discurso y quince minutos para la rectificación. Cuando el presidente observó al camarada Ermanski que ya

había transcurrido el tiempo reglamentario, éste se puso furioso contra tal “atropello” a la libertad de palabra y recordó que todos los días, en la Plaza del Ancla, oradores poco conocidos y vacuos estaban encaramados horas y horas en la tribuna, y en cambio él, “verdadero representante del pueblo”, que tantos años había estado condenado a trabajos forzados, que había escrito numerosos libros científicos sobre el socialismo, no conseguía el derecho de expresar sus opiniones. Pero esa costumbre de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios de derecha de hacer su autobiografía en cada discurso, tomándola como la argumentación más importante, no merecía la atención de nadie, porque ¿qué significación podía tener la actuación “pasada” ante el presente momento revolucionario? Además, la masa trabajadora y marinera de Cronstadt, no menos que otros, llevaba sobre sus hombros todo el peso del pasado régimen de terror zarista. No en vano Cronstadt se llamaba el “Segundo Sajalin” y no obedecía a la casualidad el que los cronstadtianos hubiesen sido los primeros en alzar la bandera de lucha en favor de la total emancipación de los trabajadores, en pro de un mundo nuevo sin opresores y sin oprimidos. Ellos seguían firmes su ideal.

Aun no habían conseguido enfriarse por completo en los campos de Gatchina los cadáveres de estos verdaderos y anónimos héroes revolucionarios que nunca hablaron de sí mismos, cuya vida fué una serie ininterrumpida de episodios de lucha, pero sobre los que la Historia “imparcial” nunca escribirá nada,

hablando en cambio mucho de otros "héroes"—no de las muchedumbres, que son siempre las que hacen la Historia—cuando los caudillos, en nombre de los "verdaderos representantes del proletariado", surgieron como inflexibles jueces y profetas y empezaron a clamar por la retirada de la revolución.

"Revolución, detente", era su consigna.

Apasionadamente invitaban a toda la "democracia" a la lucha por las Cortes Constituyentes, pero sus llamamientos no encontraban eco entre las clases trabajadoras. La revolución había superado el período de democracia, le había dado un golpe mortal, y seguía adelante, hacia la abolición del trabajo asalariado y del Estado. Entretanto, los socialistas revolucionarios de derecha y los mencheviques continuaban viviendo la revolución burguesa y por eso perdían terreno: las masas trabajadoras les volvían la espalda. El camino que habían recorrido hasta octubre les había enseñado muchísimo.

En el momento en que empezaron a vacilar los puntales de la esclavitud secular; cuando se había traspasado el límite de las duras fatigas de la opresión y se había concluido la paciencia de soportarla calladamente; cuando en febrero se extendió el clamor de la Revolución y estalló, con explosión horrible por su fuerza, la indignación de las masas, que tanto tiempo habían estado sometidas a la tortura del cepo de su propia mortal indiferencia, entonces el pueblo, con toda la tensión de su energía, de su pensamiento y de su decisión, se puso a limpiar su

camino de los visibles enemigos autócratas y sus lacayos los generales, los oficiales y los gendarmes.

Las plúmbeas nubes de la reacción fueron dispersadas por las fuertes manos de la masa trabajadora, que se sublevó en nombre de la creación de una vida nueva y se atormentó con la idea de un mundo libre. Pero esto sólo fué por un corto momento. El horizonte se obscureció de nuevo y parece que no hay camino para la salida. Fingiéndose amigos de las masas, llegaron sus nuevos enemigos. Los socialistas de derecha hicieron todo lo posible por detener la marcha de las masas revolucionarias, amenazando con que desaparecería el mundo si se persistía en seguir destruyendo sus viejos fundamentos. Estos "salvadores de la cultura y de la libertad" representaban un doble y villano papel. Cuando se acercaban a las masas trabajadoras, sus discursos iban hinchados de llamamientos en favor de las Cortes Constituyentes dirigidos al proletariado, al que querían asociar a esa mísera obra. Los trabajadores habían de desligarse de sus problemas y de sus aspiraciones; sus organizaciones habían de marchitarse sin florecer. Por esto los "conductores de la cultura y de la libertad"—la burguesía y los constitucionalistas—eran los que merecían su apoyo. Los socialistas, los socialistas revolucionarios de derecha y los mencheviques entraron en el Gobierno de coalición, colaboraron con la burguesía y mostraban a los trabajadores y campesinos en quiénes tenían que poner su crédito y quiénes les habían de guiar hacia la victoria. Entretanto, el bando militarista levan-

taba la cabeza. Ya había cobrado su primera víctima. Los Comités del Ejército, los que desempeñaban los cargos de autogobernación de los soldados, tenían que desaparecer, puesto que constituían un obstáculo para la marcha del Moloch sanguinario, resistiéndose a las órdenes del Gobierno, que tenía la intención de extender sobre todo el frente una red con la idea mortal de hacer la "guerra hasta la victoria". Las organizaciones de los trabajadores—los Comités de fábricas y de talleres—que surgieron en febrero, estaban atadas de pies y manos, y en tal situación ellos no podían hacer nada, no podían seguir el camino de la restauración de la producción, en el caso de que la burguesía abandonase sus fábricas y talleres o los sabotearse.

La burguesía se alegraba de las desdichas del pueblo y los mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha gritaban todavía más fuertemente que por ahora no se podía vivir sin el capitalismo. Los socialistas revolucionarios, que habían monopolizado el problema de la tierra, invadieron todos los Comités de campesinos y "pacificaron" su movimiento, esforzándose por sofocar cada idea viva surgida en las organizaciones campesinas, haciendo ver que ellos habían luchado siempre en pro de las reformas agrarias y ahora, estando en el Gobierno, realizarían todas las esperanzas de los campesinos.

Los mencheviques y los socialistas revolucionarios, llamándose los "verdaderos representantes del proletariado", llenaron los Soviets y se propusieron convertirlos en una especie de órganos gubernamentales,

creyendo que con la apertura de las Cortes Constituyentes terminaría la existencia de los mismos.

La mayoría del Comité Central Ejecutivo de los Soviets estaba compuesta por los mencheviques y los socialistas revolucionarios, y por eso ellos fueron los culpables de la organización de la reacción en el propio corazón de la Revolución, en Petrogrado. Permaneciendo fieles a los postulados de la "democracia", crearon una Comisión de Guerra cerca del Soviet del Comité Central Ejecutivo de los Soviets, que estaba presidida por el socialista Líber y en la que se reunía la banda contrarrevolucionaria de vivos con entorchados y charreteras. Los delegados que llegaban de todos los rincones para resolver problemas candentes, sólo al ver esta Comisión comprendían que los caudillos socialistas estaban vendiendo la revolución.

El llamado "desafío a la Revolución" se había verificado: la sublevación del Cuartel general de Kornilov, el cual quería marchar hacia Petrogrado con el fin de restaurar la monarquía, obligó a reanimarse a los Soviets y a los Comités de fábricas y de talleres.

Desde aquel instante, los socialistas no volvieron a conseguir ya adormecer los pensamientos y la energía del proletariado y de los campesinos. Todas las esperanzas y todas las ilusiones en una conciliación con la burguesía desaparecieron después de lección tan terrible. Los trabajadores y los campesinos, en sus respectivas localidades, limpiaban sus organizaciones de combate—los Soviets, los Comi-

tés de fábrica y de talleres y los Comités de campesinos—de los socialistas soporíferos y entraban en la lucha en pro de sus derechos a la existencia, de su libre determinación y de la solución de todos los problemas importantes de la economía y de la cultura por medio de sus propias organizaciones económicas.

Este camino condujo hacia octubre.

Kerensky, que emborrachado de Poder ejecutaba la voluntad de la reacción, no detuvo la mano armada de las bandas de oficiales y cadetes, las cuales exigían fuese aplastado el Soviet de Panrusia, que en su bandera había escrito las consignas de la Revolución social.

El guante estaba arrojado.

Las masas trabajadoras y campesinas, sublevadas bajo las banderas de sus Soviets locales, se arman y se rebelan para, después de barrer el Gobierno del zar, barrer también el “revolucionario” para no dar lugar a este último a que consolidase el yugo de la esclavitud. Kazán, Cronstadt, Petrogrado, Moscú, y con ellos también los Soviets locales, rompieron en toda Rusia el cerco de la reacción.

Se hizo la revolución de octubre. El primer camino por recorrer estaba desbrozado.

La lucha, a menudo muy sangrienta, era la inevitable compañera del proletariado en su marcha hacia una nueva vida. En los largos años de 1905 a 1917 formóse en las conciencias de las masas un método de construcción revolucionaria. Ahora, los trabajadores y los campesinos, por medio de sus or-

ganizaciones, tenían que encargarse de arreglar la vida según los nuevos principios.

Cronstadt, aun en el fragor de la lucha, hizo intentos para resolver los problemas constructivos de la verdadera Revolución proletaria. Con la revolución de octubre, los cronstadtianos estaban convencidos de que el primer día solemne de la liberación llegaría en el momento en que se derrumbaran los postulados de la "santa e inviolable propiedad privada". De nuevo son enviados propagandistas por toda Rusia que invitan a los trabajadores y a los campesinos a incautarse, en forma organizada, de las fábricas, talleres, tierras y dependencias.

Teniendo por consigna "todo el poder para los Soviets locales", comprenden que desde aquel momento ningún centro puede mandar ni prescribir a ningún Soviet ni a ninguna organización; al contrario, cada Soviet, cada organización local de los trabajadores y de los campesinos debe esforzarse en unirse voluntariamente con las organizaciones afines, de modo que la Federación de los Soviets libres y la Federación de los Comités de fábricas y de talleres llegue a constituir una gran fuerza organizada que sirva para una victoriosa lucha en defensa de la Revolución y en la organización de la producción y de la distribución.

Cronstadt, que por circunstancias naturales veía mermadas sus facultades para poder realizar sus planes constructivos, puso todas sus energías en la socialización de las viviendas. En un grandioso mitin se encarga a los anarcosindicalistas comunistas

que dispongan en el Soviet un plan sobre la distribución proporcional de las viviendas y sobre su reparación. En la próxima siguiente reunión del Soviet se presentó el proyecto sobre la socialización de las casas, elaborado por los anarcosindicalistas comunistas y por los socialistas revolucionarios de izquierda, grupo de miembros que componían el Soviet.

El primer artículo del proyecto decía: "Desde hoy queda abolida la propiedad privada sobre las casas y sobre la tierra." Luego se añadía que la administración de las casas se transfería a manos de los Comités de Viviendas. Además, los asuntos de cada casa se resolverían en una asamblea general de todos los moradores de la misma. Los asuntos de cada barrio se resolverían en una reunión de todos sus vecinos, los cuales, para la labor técnica, elegirían de su seno un Comité de barrio; luego, con los representantes de todos estos Comités de barrio, se constituiría una Agencia Ejecutiva de los Comités de viviendas de la ciudad. Las casas se convertían en propiedad colectiva de toda la población.

Los bolcheviques, alegando que el plan era bastante trascendente y que necesitaba un estudio muy detenido, pidieron el aplazamiento de los debates sobre la socialización de las casas durante una semana. Mientras, se dirigieron a Petrogrado y, teniendo en su pro la disposición del Centro, en la primera reunión del Soviet exigieron que fuese retirado el proyecto del orden del día, por considerar que problema de tanta importancia debía ser solu-

cionado de un modo general en toda Rusia. Lenín estaba preparando un decreto y por esto, en atención al interés del asunto, el Soviet de Cronstadt tenía que esperar las determinaciones del Centro.

Los anarcosindicalistas comunistas, los socialistas revolucionarios de izquierda y los maximalistas insistían en que fuese discutido. En los debates se puso de manifiesto que el ala izquierda del Soviet estaba por la inmediata realización del proyecto. Los bólcheviques y los socialdemócratas hicieron el "frente único" y abandonaron el salón de sesiones, acompañados con fuertes aplausos y gritos: "Al fin os habéis unido."

En la siguiente discusión del proyecto, el camarada Rivkin, maximalista, propuso votarlo por artículos para dar a los bolcheviques la posibilidad de quitarse la piel a sí mismos delante de los trabajadores, los que podrían sacar la impresión de que aquéllos estaban en contra de la abolición de la propiedad privada. Los bolcheviques, al ver su yerro, volvieron a la reunión, y el primer artículo: "Queda abolida la propiedad sobre las casas y sobre la tierra", fué aprobado por unanimidad, en principio. Pero cuando llegó la discusión sobre otros puntos del proyecto, en los que se puntualizaban los métodos de la inmediata realización del mismo, los comunistas abandonaron de nuevo el salón de sesiones. Algunos bolcheviques, los que opinaban que en esto no podían obedecer a la disciplina del partido y mucho menos, como ellos mismos decían luego, después de recibir de sus electores el mandato de votar en favor

de la inmediata realización del proyecto, se quedaron en la reunión del Soviet, lo que les valió una condena muy severa, pues fueron puestos al margen del partido por sus inclinaciones anarcosindicalistas.

Mucho tiempo después de esta turbulenta reunión del Soviet, aun se debatía acaloradamente alrededor de este proyecto. En los talleres, en los buques y en las compañías se celebraban mitines en los que se exigía a los representantes del Soviet diesen cuenta de sus gestiones. Algunos bolcheviques fueron depuestos de su cargo por haber votado en contra. Fundamentándose en este problema, los comunistas comenzaron una campaña contra los anarcosindicalistas comunistas.

A pesar de toda la actuación saboteadora de los bolcheviques, al poco tiempo estaban constituidos en todo Cronstadt los Comités de Viviendas y de Barrio, etc. Cuando empezó el reparto proporcional de las casas, se encontró que, al lado de los pobres que habitaban en horribles sótanos, había gente que tenía diez o quince habitaciones. El director de la Escuela de Ingenieros, hombre soltero, tenía nada menos que veinte habitaciones, y cuando llegaron a ocuparlas para su distribución lo consideró un verdadero atraco.

El proyecto estaba realizado. Los habitantes de los sucios y húmedos sótanos, de las inhumanas cámaras y buhardillas, se trasladaron a cómodas habitaciones. El principio "Todos tienen que tener habitaciones cómodas", fué verificado. También habían sido designados algunos hoteles para los viajeros.

Cada Comité de Barrio organizó sus talleres y brigadas para la reparación de los edificios.

Bastante tiempo después, cuando las únicas armas de los bolcheviques para con sus adversarios de izquierda eran la cárcel, la bayoneta y las balas, también destruyeron esta organización con todos sus principios constructivos. La dirección de las casas pasó a manos del Departamento Central de Viviendas y Terrenos, adjunto al Soviet de la Economía Nacional, el que en cada casa puso un empleado o mayordomo que tenía que ejercer obligaciones policíacas: cuidar de que nadie morase en la casa sin previa inscripción, que los forasteros no pasasen allí la noche, y denunciar a todos los "sospechosos". En 1920 apareció un nuevo decreto aboliendo la institución de los "mayordomos". Los empleados del Departamento Central de Viviendas y de Terrenos quisieron restaurar los Comités de Viviendas y llamaron a las masas a la actividad y, como es costumbre, amenazaron la inhibición con la Checa. Pero nadie contestó a este llamamiento. La dura realidad decía que la actividad de las masas no se unía a la "dictadura del proletariado", al dominio de un partido, aunque antes hubiese sido revolucionario.

En los puestos de los secretarios de los Comités de Viviendas se puso a los antiguos "mayordomos", que se apropiaron el "régimen nuevo". Entretanto, las casas iban destruyéndose poco a poco.



60



**VII - La lucha en el frente
de Kaledin**

VII.—LA LUCHA EN EL FRENTE DE KALÉDIN

Del sur se recibían noticias alarmantes. En octubre llegó la delegación de los trabajadores de la cuenca del Don, la cual notificó que allí se estaba realizando una devastación de las organizaciones obreras y campesinas. Los bandidos de Kaledin atracaban, destruían, quemaban y mataban. Si en cualquier sitio se conseguía rechazarles, el ejército blanco volaba las minas. La situación era cada vez más horrorosa. Perecía la producción del carbón y debido a ello pararían todas las industrias, vendría el paro forzoso, el hambre y el frío. Había que terminar con Kaledin mediante un audaz y decisivo es-

fuerzo; había que dar a los trabajadores del Don la posibilidad de reajustar la producción y por eso la delegación invitaba a los cronstadtianos a luchar contra las bandas blancas.

Al mismo tiempo se recibieron también alarmantes mensajes de Antonov Ovseenko, el jefe de destacamentos voluntarios en la lucha contra Kaledin, en los que se decía que el enemigo se fortalecía y se acercaba hacia Járkov, devastándolo todo a su paso.

Para aclarar la situación en el frente del sur y para saber la importancia de la ayuda que se reclamaba, el Soviet de Cronstadt envió allí una comisión compuesta de dos anarcosindicalistas comunistas y de un socialista revolucionario de izquierda. La Comisión comprobó que en el frente, más que todo, hacían falta buenos artilleros y buenos ametralladores; pero también comprobó que los destacamentos presentes en los campos de batalla estaban muy fatigados. Era preciso enviar allí nuevas fuerzas.

Al llegar la Comisión a Cronstadt, de acuerdo con el Soviet, empezó a organizar un destacamento mixto, compuesto de trabajadores, marineros, ametralladores y artilleros y mandado por un Estado Mayor constituido por dos socialistas revolucionarios de izquierda, un anarcosindicalista comunista, un bolchevique y un sin partido.

El 20 de enero salieron de Cronstadt. Hacía un tiempo malísimo. Después de una gran nevada y una fuerte ventisca, llegó repentinamente el deshielo, subiendo bastante el agua debajo del hielo, por lo que el destacamento tuvo que hacer por el golfo una

marcha de siete verstas con el agua hasta las rodillas. En Petrogrado subieron al tren y en tres días estuvieron en Járkov. En aquellos tiempos esta velocidad era enorme. Sin que se pensase en ello allí, inesperadamente, recibieron muchas ametralladoras, que era lo que hacía más falta al destacamento.

Por la noche, unas dos horas después de la llegada de las tropas expedicionarias, entró aceleradamente en el Estado Mayor el ayudante del jefe de la Estación de Járkov, el marinero Tafelberg, anarquista cronstadtiano, quien dió la siguiente noticia: "El comandante bolchevique, borracho, se ha metido entre los soldados desmovilizados procedentes del frente de Rumania y haciendo ostentación y abuso de "poder" les ha manifestado a gritos que inmediatamente tenían que hacerle entrega de las armas y que, en caso contrario, "nosotros—dijo el comandante—, con la ayuda del destacamento de Cronstadt, os pasaremos a todos por las armas". Los soldados le han echado fuera del vagón, han salido con las ametralladoras y en estos momentos están rodeando la estación."

El corneta tocó a reunión. Los cronstadtianos salieron del cuartel. Después de una breve consulta, rápidamente se formó una delegación que se dirigió hacia los soldados del frente rumano, quienes la recibieron, bastante airadamente, en conocimiento, por las advertencias del comandante borracho, de la conducta que había de seguir con ellos el destacamento. Pero la pacífica actitud de la Comisión les hizo vacilar en su opinión sobre la "francachela

militar” de los cronstadtianos. Poco después conferenciaban con el Comité del Regimiento, pidiéndoles convocasen un mitin para explicar a los soldados del frente rumano la presencia de los cronstadtianos y hacia dónde ellos se dirigían. Pronto resplandecieron las sonrisas amistosas y estallaron gritos de fraternidad. Los soldados explicaron que todos los que procedían del frente se llevaban las armas a casa porque sabían que pronto tendrían que defender la tierra y la revolución. Pero en vista de que los cronstadtianos habían salido con tales fines, ellos, voluntariamente, les entregarían todo el armamento y los depósitos del material de guerra, quedándose únicamente un fusil. Y así se terminó el asunto, con toda armonía.

Las fuerzas más importantes de Kaledin estaban cerca de Novocherkask. En este sector actuaba contra él un destacamento mixto de algunos miles de soldados: un destacamento de marineros del mar Negro, mandado por el anarcosindicalista Mokroúsov, y los destacamentos de los trabajadores de Briansk, de Kursk, de Járkov, etc. Pero estas fuerzas carecían de un plan conjunto de acción militar, no vigilaban los puestos y todos sus componentes se hallaban inexplicablemente cansados. Kaledin, que estaba muy bien informado sobre la situación de su enemigo, decidió aprovechar aquellos instantes de inexistencia de organización militar y empezó sus ataques.

Llegaron desde Groznoe unos jinetes—trabajadores de la localidad—, los cuales avisaron que esta-

ban atacando los blancos y que, probablemente, la población estaría ya en sus manos. Al conocer esta noticia, una parte de los cronstadtianos se marchó hacia allí. Todo esto sucedía a la media hora de llegar de Járkov el destacamento de Cronstadt.

Después de algunas horas, regresaron los cronstadtianos. Habían hecho correr a los blancos, que habían abandonado Groznoe.

Atardecía. Mokrousov, pálido y rendido por no haber dormido desde hacía algunas noches, aseguraba que el próximo apeadero estaba en manos seguras, fortalecido con una batería de artillería.

En efecto, allí había una batería, pero sin ninguna protección; toda la fuerza que la defendía no pasaba de 25 hombres, y lo único que podían hacer, en el caso de un ataque del enemigo, era retirar los cierres de los cañones y, defendiéndose con los fusiles, intentar salvarse. El apeadero estaba distanciado del Cuartel general del destacamento como cosa de versta y media, pero no había ninguna comunicación. Cuando los cañones callaron de repente, todos pensaban que se habrían ido los blancos; pero sucedió al revés.

Un guardagujas había avisado la inminencia del ataque. En el mismo momento empezaron a silbar las balas sobre los techos de los vagones. No había lugar a pensar ni sobre el desembarco de las ametralladoras ni en el emplazamiento de la artillería. Los cronstadtianos y los marineros del mar Negro salieron de los vagones y se lanzaron a un ataque

a la bayoneta. El combate fué horrible, cayendo 87 cadáveres enemigos en el campo blanco.

Los kaledinianos huyeron. La copiosa nieve y la obscuridad impidieron su persecución. Las rendidas tropas que habían tomado parte en la inesperada batalla, pusieron guardias y únicamente a las tres de la madrugada regresaron a los vagones para descansar.

Aleccionados por una prueba tan amarga, empezaron a organizar el frente. Eligieron el Cuartel general con elementos de todos los destacamentos, hicieron un recuento exacto de todas las fuerzas, según las clases de armas, reforzaron el hospital, que estaba cerca del destacamento de Cronstadt, y elaboraron el plan de ataque contra Novocherkask, la capital del reino de Kaledin.

En la estación de Liski permanecían entonces dos regimientos de cosacos que regresaban del frente del Don con todo su armamento. Los destacamentos revolucionarios los vigilaban atentamente, con el temor de que se uniesen a Kaledin, y los marineros del mar Negro y los cronstadtianos hacían allí una activísima propaganda en favor de la lucha contra el ejército blanco. Al fin, los cosacos enviaron una delegación al Cuartel General Unido, declarando estar dispuestos a tomar parte en el ataque contra Novocherkask. En contestación, una delegación compuesta por marineros del mar Negro y por cronstadtianos se dirigió a Liski para celebrar un mitin que tuvo lugar en el local de la mayor escuela de la ciudad.

Complicado era abrir el mitin y empezar a hablar

sobre las esperanzas y aspiraciones de los revolucionarios delante de los mismos cosacos que durante tanto tiempo y con tan feroz fidelidad habían defendido al régimen zarista y cuyos látigos habían dejado tan cruentas señales en las espaldas de los luchadores contra el viejo estado de cosas. Pero el mitin se abrió.

En el seno de los cosacos corrió como una sacudida eléctrica el llamamiento revolucionario. Se habló del pasado, de cómo en los tiempos del zar se les habían prometido muchas libertades, pero realmente sólo se les había convertido en defensores del régimen y en elementos represores y de castigo, por lo que se habían atraído el odio y el desdén del pueblo trabajador. Se les dijo que ellos, los cosacos, únicamente alcanzarían sus libertades luchando en pro de la total emancipación del pueblo trabajador.

En sus ingenuas caras se veía cómo penetraba en su corazón este llamamiento para ir de la mano con la clase trabajadora. Hablaron jóvenes y viejos cosacos y en sus discursos afirmaron que estaban dispuestos a ir juntos con el pueblo trabajador y que el primer paso que darían en tal sentido sería el de tomar parte, al lado de los marineros del mar Negro y de los cronstadtianos, en el ataque contra Novocherkask. La adhesión de los cosacos estaba conseguida y a ella hubo que añadir un regimiento de letones que había llegado.

Se terminó el acoplamiento del frente. Únicamente se esperaba el tren blindado de los marineros del mar Negro, que se había marchado a Lugansk, como

a unas 80 verstas del campo de los destacamentos; pero no llegaba oportunamente y los cronstadtianos enviaron allí una delegación a inquirir las causas de la tardanza.

Los marineros del mar Negro, después de terminar de arreglar su tren blindado, se preparaban para abandonar Lugansk cuando se presentó un camarada anarquista y les manifestó que, por orden del Soviet, el grupo local estaba detenido en la cárcel.

Los marineros fueron al Soviet a investigar las causas de la detención. La contestación del Comité Ejecutivo fué de que estaban presos por su propaganda contra el Soviet, razón que no satisfizo a aquéllos, por lo que quisieron aclarar en qué condiciones se había producido la detención del grupo y desen- trañar la esencia de la causa.

Evidencióse, después de la revolución de octubre, que en los depósitos de Lugansk había mucho vodka (1). El Soviet había sellado los depósitos, pero luego decidió que todo el vodka podía convertirse en dinero, en "provecho de los trabajadores"—como él decía—. A tal fin, tomaron una disposición por la que cada "ciudadano", a contar desde los niños de cinco años, por medio de su carnet de trabajo, podía obtener una botella de vodka. Los anarquistas se pusieron enfrente de este original método de emborrachar a los trabajadores y el Soviet ordenó su detención.

Los marineros, en conocimiento de todo esto, ame-

(1) Especie de aguardiente.

nazaron con castigar al Soviet por haber violado la libertad de los verdaderos revolucionarios. El Soviet, por su parte, también amenazó a los marineros con hacer uso de la fuerza armada contra ellos. La intervención de la delegación cronstadtiana recién llegada logró evitar el conflicto, libertando el Soviet a los anarquistas.

Regresaron los delegados cronstadtianos. Días después llegaron los marineros del mar Negro con el tren blindado y con los anarquistas libertados, que manifestaron su deseo de ir al frente. También llevaban los marineros al presidente y algunos miembros del Comité Ejecutivo del Soviet, a los que habían cogido para llevarlos consigo al frente a manera de castigo.

Por fin, todo estuvo preparado, y se inició un ataque formal. En el ala izquierda había dos regimientos de cosacos, cuya obligación era rodear a Novo-cherkask por una parte. En el flanco derecho estaba el regimiento de los letones. Los cronstadtianos, los marineros del mar Negro y los trabajadores tenían que ir con el tren blindado y los cañones a lo largo de la línea del ferrocarril, para tomar las estaciones, bombardeándolas si fuera preciso. Estaba calculado el punto exacto donde debían coincidir todas las fuerzas, pero se escriben fácilmente sobre el papel los planes y muy pocas veces se realizan.

Al amanecer se dió salida al tren y los destacamentos se desplegaron en orden de batalla, comenzando el ataque. Hasta Novo-cherkask mediaban 30 kilómetros, en cuyo camino había que apoderarse de

un apeadero y de una estación, y luego avanzar directamente hasta la ciudad.

El terreno estaba convertido en una inmensa sábana de nieve. El camino se presentaba dificultoso y el enemigo, al notar movimiento en el campamento revolucionario, empezó a hacer vomitar metralla a sus cañones, a sus trenes blindados y a sus ametralladoras. Pero los cronstadtianos y los marineros del mar Negro, y detrás de ellos las brigadas de los trabajadores, aunque hundiéndose en la nieve, protegidos por su tren blindado y por su artillería, continuaron avanzando, hasta arrojar a los kaledinianos y apoderarse del apeadero, dispersando al enemigo, que huía presa de terrible pánico. En el botín conquistado en el campo contrario figuraban las cocinas de campo con la comida recién terminada, cosa que da idea de la confusión allí reinante.

A las cuatro de la tarde se acercaban al pueblo Medvedevka, lugar en donde se supuso tendría lugar la reunión con el flanco izquierdo, cerca de las cinco o seis de la tarde. El veloz avance que había hecho la tropa al no encontrar al enemigo, después de arrojarlo del apeadero, hizo que se perdiese de vista al regimiento de letones.

Súbitamente, por la parte del pueblo, empezó a zumbar la artillería. Los cronstadtianos también hicieron algunos disparos. Luego se calmó todo. Acercábase el atardecer, pero no se veía el regimiento de los letones.

Se prepararon para pasar la noche cerca de la Escuela Militar, colocando una rigurosa centinela al-

rededor de todas las dependencias y prestando servicio los artilleros al lado de los cañones. El no conocer el resultado del ataque y las pérdidas del flanco izquierdo les obligaba a estar con cuidado.

Pronto empezó a invadir las habitaciones del edificio una fuerte somnolencia, causada por el cansancio de la marcha por la nieve y por el frío. Una densa red de negras y grises figuras humanas cubrió pronto el suelo áspero y frígido. Todas las habitaciones vacías se llenaron. Debatiéndose con un sueño insuportable y esperando la señal de alarma, cuchicheaban los vigilantes voluntarios en los estrechos pasillos. Continuadamente se oían las voces del delirio producido en el cerebro somnoliento por la psicosis de la lucha. Se movían los brazos apretando el fusil... "¡Adelante!"... "¡Fuego!"... "¡Todos en pie!"..., se escuchaba.

Era la una de la noche. Una charla enardecida, que empezó a sentirse en el exterior, penetró dentro del edificio.

¿Qué sucedía?

Había llegado la exploración del flanco izquierdo. Se habían apoderado de Medvedevka por la tarde. El ejército de Kaledin, desarticuladas sus filas, con muchos muertos y heridos en el choque del apeadero, no pudo resistir y, a marchas forzadas, se retiró hacia Novocherkask; los letones, al no hallar ninguna resistencia y perdida la paciencia en la espera de la vanguardia, se apoderaron del pueblo sin disparar un solo tiro.

Las esperanzas infructuosas hacen decaer las

energías. Esta noticia llevó al ánimo de los luchadores la fe de que la empresa llegaba a su fin, aumentando la audacia de la multitud y librándola de la tensión que nace esperando la lucha inmediata. El campamento se sumergió otra vez en el tranquilo sueño e incluso se permitió la comodidad de librar sus adormecidos pies de las húmedas, hinchadas y voluminosas botas.

Eran las dos de la noche. El descanso había sido breve. A la entrada del edificio comunican ahora a los guardias: "¡Los cosacos se han apoderado de Novocherkask!..."

"¡Camaradas, la victoria es nuestra!"

Un rumor de satisfacción se extiende por el campamento. El parte llegado de Novocherkask corre de boca en boca.

Sin ninguna resistencia se había rendido Novo-cherkask a los dos regimientos de cosacos, los cuales habían realizado una marcha increíble por su velocidad y, mientras otras partes del destacamento estaban cerca de Medvedevka, se apoderaron de la ciudad. El mismo Kaledin se había suicidado.

Amanecía. Los maravillosos mensajes de la noche no habían sido confirmados, y todo estaba preparado para continuar el ataque, estando también en orden los destacamentos de primera fila.

Repentinamente, a lo lejos, vieron venir un autovagón del ferrocarril, con una bandera blanca, el cual conducía una delegación de Novocherkask, miembros del Soviet de diputados obreros, campesi-

nos y soldados y, entre ellos, también algunos cosacos.

Pero en aquellos mismos instantes llegaron otras noticias alarmantes. "Los alemanes atacan a Petrogrado." Se habían apoderado de la estación de Bologoe, que está a mitad de camino de Petrogrado a Moscú.

Circulaban informes increíbles sobre la composición de los ejércitos atacantes, que no eran de soldados regulares alemanes, sino de pequeños destacamentos voluntarios, en su mayor parte de oficiales que querían ayudar a la guardia blanca rusa.

En un mitin general se decidió que los marineros del mar Negro con los otros destacamentos continuasen hacia Novocherkask, y que los cronstadtianos regresasen a sus puntos de procedencia, con todo su armamento, ametralladoras y artillería, para que, si se daba el caso de encontrarse en el camino con los alemanes, poder empezar la batalla. En el mismo día, los cronstadtianos se despidieron del sur.

La organización obrera de la cuenca del Don regaló un tren de carbón a Cronstadt y el Soviet les regaló otro tren de harina que compró al efecto.

El destacamento regresó a Cronstadt sin encontrar por el camino a ningún alemán y con la baja de algunas decenas de muertos, una parte de ellos transportada junto con el destacamento para ser enterrados en la Plaza del Ancla, en donde encontraron su último reposo.



VIII - La dispersiòn de Kronstadt



VIII.—LA DISPERSION DE CRONSTADT

Pero Cronstadt era ya otro.

Cuando el destacamento que regresaba del frente de Kaledin llegó a la última estación, desde la que se domina ampliamente el golfo, observóse que todo el camino, blanco por la nieve, se ponía negro, cubierto por multitud de gente llevando al hombro pesados bultos. Eran los marineros que se marchaban de Cronstadt.

El Soviet de los Comisarios del Pueblo (Sovnar-kom) no podía estar tranquilo teniendo a su lado el más fuerte baluarte de la auténtica revolución. En aquellos instantes de debilidad momentánea de Cronstadt, cuando todas sus fuerzas se extendían

por Rusia, combatiendo contra la vieja reacción, los bolcheviques empezaban contra él su campaña.

El primer golpe era la disolución de la Escuadra.

Después de octubre, el Congreso de los Marineros de Panrusia, de acuerdo con las instrucciones recibidas por los marineros delegados de sus respectivas localidades, decidió que no se desmovilizara la Escuadra y que conservara totalmente su unidad militar y revolucionaria. Pero en los primeros días de 1918 se recibió el célebre decreto del Soviet de Comisarios del Pueblo en el que se la declaraba disuelta, para organizar la "Escuadra Roja" bajo nuevos principios: un sueldo deslumbrador y la firma individual de enganche voluntario.

Los marineros se negaron a cumplir el decreto, y Smolny contestó con el siguiente ultimátum: "Dentro de veinticuatro horas cesará la entrega de víveres."

Cronstadt no se sentía bastante fuerte para la resistencia, y los marineros, con desdén hacia el nuevo Gobierno "revolucionario", recogían sus bienes y con las armas en la mano se dirigían a sus casas. "Los fusiles y las ametralladoras nos convendrán en las aldeas—decían—; ahora, que los bolcheviques busquen aquí el apoyo de mercenarios."

Luego, cuando el primer disgusto amenguó un poco, cuando empezaron a regresar los destacamentos, una parte de los marineros se reconcentró en Cronstadt; pero los núcleos más importantes se extendieron por los pueblos y por las llanuras de Rusia.

El país se preparaba para el tercer Congreso de

los Soviets. En él había de resolverse el problema de la paz de Brest-Litovsk con los alemanes. En el Soviet de Cronstadt esta cuestión se debatió dos veces. Primeramente, el Soviet adoptó una resolución en contra de esta paz. Pero los bolcheviques volvieron a plantear de nuevo el asunto y, a pesar de que en los mitines se tomaban resoluciones en contra de ella, en el Soviet consiguieron por fin que se adoptase una resolución en su favor.

Después de hacer la paz con los imperialistas alemanes; después de deshacerse de la compacta fuerza revolucionaria reconcentrada en algunos lugares de Rusia, como Cronstadt, la Escuadra del mar Negro y otros, los bolcheviques dirigieron sus esfuerzos a hacerse cargo del Poder, a implantar la "Dictadura sobre el proletariado".

En abril de 1918 los mercenarios del Soviet de los Comisarios del Pueblo de Moscú destruyeron todos los clubs anarquistas, suspendieron sus periódicos y centenares de luchadores fueron sepultados en las mazmorras del Kremlin. Cronstadt fué el primero que alzó su voz de protesta, pero esta voz era ya débil. Cronstadt, relajado por la disolución de la Escuadra y por los miles de luchadores perdidos en la lucha contra la reacción, no pudo ya dirigir sus cañones contra los nuevos opresores, contra los nuevos soberanos y sofocadores de la Revolución. Además los violadores de los derechos del pueblo estaban lejos de Cronstadt, se habían encerrado no en Smolny, donde los cronstadtianos podrían llegar más fácilmente, sino en el Kremlin de Moscú. Cronstadt tuvo

que limitarse a la adopción de dos enérgicas resoluciones contra los bárbaros ataques a los luchadores y defensores de la Revolución. Una de ellas votada en mitin monstruo y la otra aceptada en una reunión del Soviet.

Empezaron las represiones contra Cronstadt. Primero, los bolcheviques disolvieron el Soviet, donde estaban en minoría, luego impusieron la censura de Prensa y coartaron la libertad de palabra y de reunión y organizaron la Checa. Con el pretexto de combatir a la contrarrevolución en sus raíces, se entablaba una lucha desesperada contra el espíritu de oposición de Cronstadt, cuando hasta hacía poco Cronstadt no se desprendía de los labios bolcheviques con loas y alabanzas al "orgullo de la Revolución rusa".

En todos los talleres, en los regimientos y en los buques de guerra, se constituyeron las células comunistas, esto es, los cuadros de los delatores gubernamentales. En el lenguaje popular, estos órganos se llamaban simplemente "los husmeadores comunistas". Por la más mínima crítica de las acciones bolcheviques, se cogía a los "culpables" y se les trasladaba a Petrogrado, a la calle Gorojovaya, donde estaba el Departamento Especial de la Checa para ejecutar la justicia.

Unicamente el "Petropavlovsky" opuso una resistencia organizada. Cuando los comunistas exigieron la entrega del anarquista Skurijin, toda la guarnición, como un solo hombre, protestó y no lo entregó.

Cronstadt gemía bajo el yugo de la dictadura del

proletariado. Los que regresaban de las vacaciones explicaban cómo los destacamentos de la requisición castigaban a los trabajadores que deambulaban en los ferrocarriles; cómo les quitaban el último pud de harina que ellos a duras penas habían logrado procurarse y llevaban para sus hambrientos y atormentados hijos, mientras que no advertían las decenas de puds que estaban en manos de los especuladores; cómo los destacamentos armados arrebataban a los campesinos el último animal, el último saco de centeno... Hasta de los libros se apropiaban, y no se detenían en fustigar a quienes oponían alguna resistencia.

Cronstadt hervía de furor contra los nuevos opresores de la familia revolucionaria. Pero también en estos días, de violenta animosidad no faltaba más que salieran a escena las viejas fuerzas reaccionarias para que Cronstadt olvidase todas sus querellas con el gobierno y acudiese unánimemente a la lucha. Así lo hizo en 1919, cuando las bandas de los blancos se apoderaron de Krasnaya Gorka y amenazaban a Petrogrado, y así procedió en los días del ataque del general Yudenich.

Los campos y los bosques se cubrieron con centenares de cadáveres de cronstadtianos.

Rusia gemía bajo el yugo de los bolcheviques. Había perdido sus fuerzas en la incesante e interminable lucha contra la reacción blanca; había quedado desgarrada, atormentada y hambrienta y no podía hacer frente a sus nuevos avasalladores los bolcheviques.

¿Por qué las masas se encontraron encadenadas y derrotadas? ¿Por qué los bolcheviques actuaron de sofocadores de la Revolución? ¿Por qué hicieron todo lo posible por impedir toda la energía revolucionaria de las masas trabajadoras, perdieron todo su ardor revolucionario y llegaron hasta el conformismo con los gobiernos burgueses, alegando que este camino era uno de los períodos transitorios hacia la revolución mundial y hacia la paz social?

En el momento revolucionario más culminante de la clase trabajadora, cuando ésta, con recia marcha, había dejado atrás octubre, cuando la vanguardia de las masas obrera y campesina iba a la infinidad de frentes del ejército blanco, combatía y moría allí con la gran fe de que la hora de la emancipación humana estaba próxima, cuando cada choque con los defensores del mundo viejo, cada victoria contra ellos elevaba la audacia y el ánimo revolucionario del proletariado del oeste, los bolcheviques estaban preparando ya las nuevas cadenas para el proletariado, ocultando sus aspiraciones antirrevolucionarias con las consignas de la extrema izquierda.

De ninguna manera los bolcheviques habrían conseguido subir a la cima de la Revolución si no hubiesen seguido la corriente de las masas revolucionarias. En el comienzo de la Revolución, cuando las multitudes alzaron la consigna "¡Abajo la guerra! ¡Viva la fraternidad de los pueblos!", los bolcheviques también empezaron a invitar a los ejércitos del frente a que clavasen las bayonetas en la tierra y a

que confraternizase con el enemigo, y no porque creyesen que había llegado el momento de destruir el ejército zarista y de crear el "rojo".

Cuando gritaban "¡Abajo la guerra!", "¡Desarme total de los pueblos!", "¡Transformemos las espadas en arados!", estaban ligados al entusiasmo de las masas trabajadoras, creían verdaderamente que la "confraternización en el frente" no sólo desmoralaría a los ejércitos ruso, alemán, francés y otros ejércitos imperialistas, sino que llevaría al oeste el levantamiento general contra la guerra, levantamiento que engendraría la revolución social.

En la estabilidad del "trono" del Soviet de los Comisarios del Pueblo, no podían entonces ni pensar los comunistas, y mucho menos hablar de ella, pues no les hubiera escuchado ningún trabajador ni ningún campesino.

Las muchedumbres trabajadoras de Rusia, que estaban sugestionadas por la perspectiva inmediata de la explosión del incendio mundial y por la cercana llegada de la paz social en el mundo, empujaban al partido bolchevique a una directa lucha revolucionaria.

Para no quedarse a la cola de la revolución, para no estar al margen de la misma, juntos con sus cofrades los mencheviques y los socialistas revolucionarios, defendían las consignas más revolucionarias e iban con los trabajadores en su defensa.

Todo fué así hasta octubre. Pero la Revolución de octubre estimuló una feroz explosión de descontento, tanto por parte de la reacción interior como por parte

del imperialismo mundial. Comenzó el bloqueo de Rusia. En las fronteras se rehacían las fuerzas contrarrevolucionarias derrotadas en octubre. Todos los elementos de las derechas se encontraban al otro lado de las barricadas. Los anarquistas, los socialistas revolucionarios de izquierda, los maximalistas y los bolcheviques se quedaron con los trabajadores.

La reacción rodeó a Rusia en un apretado anillo. El frente de Kaledin; la invasión alemana; el hetman Dutov, en los Urales; Denikin, Chaikovsky con el plenipotenciario inglés en el Norte; el frente noroeste; Yudenich... Una infinidad de frentes, en resumen. El éxtasis revolucionario de octubre había empujado a las masas a esta cruenta lucha contra la reacción, lucha que parecía no iba a tener fin.

No era el Ejército Rojo, ese aborto de los bolcheviques, esa excrecencia en el cuerpo de la Revolución, quien representaba el esfuerzo por la destrucción del poder militar de la reacción, pues en realidad las únicas que la combatían eran las masas trabajadoras, las cuales en octubre, por medio de sus organizaciones, verificaron el armamento total del pueblo. De este modo se había provocado la descomposición del frente de Kaledin y concluído con Dutov. Y cuando, debido a la política reaccionaria de los bolcheviques, Denikin y luego Wrangel lograron atraer a una parte del pueblo trabajador, a la que aseguraron que únicamente ellos podían garantizar la tranquilidad, el orden, la paz y el pan, el Ejército Rojo huía sin volver la vista. Pero poco tiempo después, la retaguardia de los generales blancos, empe-

zaban las revueltas, que cada día tomaban mayor incremento, y el incendio sorprendía a los ejércitos, que huían a la desbandada, y a los que quedaban los exterminaban los guerrilleros campesinos, a los cuales se agregaban elementos fugitivos de los ejércitos blanco y rojo. Unicamente cuando desaparecían los generales blancos entraban los bolcheviques aprovechándose de la victoria por otros conseguida.

¿Qué sucedió con Yudenich?

¿Quién puede olvidar el entusiasmo revolucionario, la abnegación y la organización ejemplares con que salieron a la lucha los trabajadores de Petrogrado y los cronstadtianos y el modo cómo destruyeron, con una presión gigantesca, las fuerzas militares de este general, armadas con todos los detalles de la más moderna técnica militar?

¿Quién ignora cómo había sido derrotado Kolchak, que por cuenta del capitalismo inglés había logrado organizar una fuerza colosal, y quién desconoce la estrategia de Trotsky, ese "caudillo que enardecía al Ejército Rojo", que queriendo incorporarse las tropas checoeslovacas las empujó al seno de Kolchak, lo que causó la célebre sublevación de los checoeslovacos y posibilitó a este general declararse en Samara el más alto representante del Poder en toda Rusia, faltando poco para que todos los imperialistas aliados le reconocieran como el árbitro de los destinos de Rusia?

¿Quién destruyó este pomposo "trono" del héroe blanco?

Desbarató el reino de Kolchak la guerra civil de

los campesinos armados y de los trabajadores. En el momento en que Kolchak notó que a sus espaldas no contaba con ningún amparo en toda la Siberia inmensa, se esforzó en retirarse hacia las fronteras de Kitay; los checoslovacos eran rodeados por las guerrillas campesinas y bajo la amenaza de la fuerza organizada de los trabajadores y campesinos se vieron obligados a entregar a Kolchak. Luego, por los campos desbrozados de todo peligro, iba el Ejército Rojo.

Semejantes pruebas de desafecto también las tenía el Gobierno de Chaikovsky, que existía gracias al apoyo del ministro inglés en el norte de Rusia, y los que habían ocupado el Distrito de Arjanguelsk y una parte del de Vologodskaya. Por cuenta del capital de los aliados, el norte de Rusia recibía infinidad de auxilios materiales, en los cuales no había ni que pensar al otro lado del cordón—la carne, la harina blanca, los bizcochos...—. Pero el soborno no compraba las simpatías de las masas. Estas no querían el bienestar bajo las cadenas. Los insurgentes de Chaikovsky, al no encontrar el apoyo de las masas, al no contar con aquellos recibimientos con las rodillas en tierra y con el pan y la sal que prometía toda la Rusia Blanca en el extranjero, evacuaron aquella región; además, el capital aliado no se sentía muy fuerte en sus propios países, porque la clase trabajadora de Occidente protestaba contra la intervención en Rusia.

¿Quién no recuerda las espantosas huelgas en los puertos ingleses, cuando los trabajadores suponían

que las granadas que ellos habían de embarcar iban destinadas a la destrucción de la Rusia revolucionaria? Tal cosa significaba un eco solitario, un apoyo para sus camaradas de lucha, que hacía temblar a los gobernantes, e indicaba que si los trabajadores del oeste aún no se habían rebelado con toda su fuerza, su pensamiento se dirigía, sin embargo, a una dirección determinada: a la Revolución rusa. Esta solidaridad aún dió más ánimo al proletariado ruso para combatir más fuertemente contra la intervención extranjera y contra la reacción interior.

Si los obreros rusos habían hecho zigzags en sus movimientos; si en algunos instantes habían sido atraídos por las predicaciones socialistas de derecha; si se habían adormecido en algunas circunstancias con las grandes promesas democráticas de Kerensky, de Chernov, de los mencheviques; si a veces habían vacilado y enfurecidos por los métodos de administración bolchevique dejaron entrar en ciudades y pueblos a Denikin y a Wrangel; si los ataques de la reacción los había encontrado en lamentable estado de confusión, como había sucedido en Siberia, pronto se daban cuenta de sus errores, se armaban y salían a la lucha abierta y derrumbaban a todos los tiranos, grandes y pequeños, débiles y fuertes.

El resultado de todo esto era que las organizaciones trabajadoras y campesinas se quedaban sin hogar, sin cobijo. Las fuerzas revolucionarias más jóvenes, más fuertes, cayeron en la lucha contra la reacción; sucumbió también la voz de la vanguardia de la Revolución social: Cronstadt.

Los bolcheviques, sin sentir la constante presión de las organizaciones locales de los trabajadores y de los campesinos y siendo, además, un partido estatal por naturaleza, se desviaron con muchísima facilidad del recto camino de la Revolución de Octubre y, a pretexto de su propia conservación y a causa de haberse emborrachado de poder, pasaron a las filas de los estranguladores de la Revolución.

Los comunistas pusieron totalmente en evidencia la nulidad de su energía constructiva. En los instantes en que las masas combatían y perecían en la lucha destruyeron lo viejo, los bolcheviques empezaron a aniquilar los principios constructivos de la Revolución rusa: los Soviets libres, los Comités de fábricas y de talleres, los Comités de Viviendas y los gérmenes que, transformados por la revolución, llegaron del viejo régimen: las cooperativas libres, los "arteles", etc.

¿Qué crearon ellos, en cambio?

El Ejército Rojo, el célebre Ejército Rojo. ¿Y por qué?

Porque el día en que se terminase la lucha contra la reacción, el armamento general de las masas trabajadoras podía ser peligroso para la política de los bolcheviques, que, bajo la aparatosidad de la lucha, preparaban varios períodos transitorios, cuyo sentido y problemas eran incomprensibles para la verdadera revolución.

El armamento general del pueblo era peligroso, no solamente para los contrarrevolucionarios, sino para todos aquellos que retrocedían de la senda verdade-

ramente revolucionaria. Por esto se lanzaron las consignas "¡Abajo el armamento general de los trabajadores!", "¡Viva el Ejército Rojo!". Porque el Ejército piensa lo menos posible y obedece lo más ciegamente que puede desearse, como se había podido probar en los tiempos zaristas. Los soldados eran arrancados al taller y a sus compañeros de trabajo y era más fácil dirigirlos, bajo falsas consignas o sin ellas, allí adonde fuera preciso al partido comunista.

¡Hay que reconstruir la economía del país, la industria! Pero ¿qué tienen que ver con esto las organizaciones obreras, los Sindicatos, los Comités de fábrica y de talleres? ¡Fuera con ellos! Únicamente la lógica estatal del bolchevismo señalará de qué modo se puede ir a la reorganización económica del país por rápidas etapas.

Se crea una gran máquina centralizada, el Alto Soviet de la Economía Nacional, que debe comprender la construcción económica de toda Rusia. Dicho Soviet se encarga de toda clase de departamentos y de subdepartamentos, de altos comités y de centros; se inunda de una inmensa cantidad de especialistas que psicológica y políticamente están muy lejos de las masas, especialistas que dirigen toda la reconstrucción según las viejas formas y ejemplos burgueses, y los impulsos constructivos de las masas trabajadoras son aplastados duramente por el puño armado del Gobierno bolchevique. La fábrica y el taller se convierten en cámaras de tormento. Los trabajadores abandonan talleres y fábricas y todos van en busca de distintos oficios. Los menos perseveran-

tes se lanzan a la especulación y al contrabando y los más continúan su triste existencia. Entre tanto, la economía desciende hacia su ruina.

Se abandona el problema de los campesinos, el problema de las relaciones mutuas de la ciudad y del campo. Inmediatamente después de octubre, salieron hacia las aldeas comisiones de propagandistas, pero no todos los campesinos querían dar el pan. ¿Era posible y humano obligarles a que lo hiciesen por la fuerza?

Ya tenemos en escena el reparto del pan. Se envían al campo bandas armadas que verifican juicios y ejecutan sentencias. Se fustiga y se pasa por las armas a los campesinos e incluso son borradas de la faz de la tierra muchas aldeas. Como réplica, estallan múltiples sublevaciones que los bolcheviques aplastan con la máxima dureza.

En todas partes surge ante los comunistas la contrarrevolución, desprestigiándose cada día más sus hombres y la dictadura del proletariado. El partido bolchevique, después de adueñarse de la revolución se une al capitalismo.

Y tal vez sea mejor para los trabajadores que los sepultureros de la revolución sean los comunistas. Las masas trabajadoras del mundo entero se han convencido plenamente de que la obra de su emancipación sólo puede ser realizada mediante el desarrollo de sus organizaciones económicas y de combate a la máxima expresión. También han aprendido que las organizaciones políticas, esto es, los partidos, únicamente practican una lucha aparentemente

revolucionaria, siendo incapaces de comprender las fuerzas constructivas de las grandes masas trabajadoras; por encima de los cadáveres de los caídos en la lucha, los intrigantes políticos no hacen más que precipitarse a la conquista del Poder en provecho de sus menguados intereses de partido y sofocan los impulsos revolucionarios de la clase trabajadora que va hacia la emancipación de los yugos del capital y del Estado.



**IX-La sublevación de Kronstadt
bajo las consignas de la
Tercera Revolución**



IX.—LA SUBLEVACION DE CRONSTADT BAJO LAS CONSIGNAS DE LA TERCERA REVOLUCION

Los bolcheviques se entusiasmaron, llenos de loca alegría. Moscú y el Kremlin, que durante tantos años habían servido de asilo a los tiranos, les parecía ahora a ellos un magnífico y seguro sostén. Arrebatados por el torbellino del Poder pensaban que, a fuerza de repetidos golpes, lograrían sofocar las aspiraciones de libertad y de igualdad, de pacífico trabajo, latentes entre las masas trabajadoras y campesinas. Y también les pareció que Cronstadt, la vanguardia de la revolución, se había rendido humildemente al férreo puño del Soviet de los Comisarios del Pueblo.

Pero en lo más profundo de las oprimidas masas

cronstadtianas se mantenía vivo el proceso revolucionario, sin que fuese notado por los ojos de los opresores.

En los últimos días de febrero de 1921, en Petrogrado, empezaron a manifestarse fuertes conmociones en los círculos obreros. Entre los diversos manifiestos y pasquines que aparecían pegados en las paredes de la ciudad, solían leerse afirmaciones como la siguiente:

“Nosotros sabemos quiénes tienen miedo a las Cortes Constituyentes. Son los que no podrán robar ni saquear y tendrán que responder ante los elegidos por el pueblo de sus fraudes, latrocinios y de todos sus delitos... ¡Vivan las Cortes Constituyentes!”

Cronstadt, clandestinamente, envía sus delegados a las fábricas y a los talleres de Petrogrado, delegados que notifican a aquellos trabajadores que toda la energía, toda la fuerza, todos los cañones y ametralladoras de Cronstadt serán enfrentados a las Cortes Constituyentes. Pero si los trabajadores, cansados de la “dictadura del proletariado”, se lanzasen en contra de sus opresores y gobernantes, en favor de los Soviets libres, en favor de la libertad de palabra y de prensa de los trabajadores, campesinos, anarquistas y socialistas de izquierda, en pro de la tercera y verdadera Revolución proletaria, en pro de las consignas de octubre, entonces Cronstadt iría junto con ellos a la lucha, “decididos unánimemente a vencer o a morir”.

El día primero de marzo habló de nuevo Cronstadt con su vieja y clara voz revolucionaria. Quince mil

marineros, soldados del Ejército Rojo, obreros y trabajadoras se unieron en fraterna masa y celebraron un mitin.

Nuevamente se reunieron todos en la Plaza del Ancla, donde bajo los rayos del sol primaveral brillaban los sepulcros de los bravos luchadores pericidos en las revoluciones de 1905 y de 1917, en la ruta hacia octubre, en la lucha a favor de los Soviets contra Kaledin, contra Yudenich, etc. Otra vez se razonó la protesta, pero, ahora, contra la tiranía de los bolcheviques.

La resolución propuesta por los marineros del "Petrovavlovsky", aceptada en este gran mitin, decía (1):

I. En vista de que los Soviets actuales no expresan la voluntad de los trabajadores y campesinos, verificación inmediata de elecciones de los Soviets, a la que deberá preceder una absoluta libertad de propaganda.

II. Libertad de palabra y de Prensa para todos los trabajadores, campesinos, anarquistas y partidos socialistas de izquierda.

III. Libertad de reunión y de asociación para las uniones sindicales de trabajadores y campesinos.

IV. Convocatoria, para no más tarde del 10 de marzo, de una conferencia, sin matiz político deter-

(1) Esta y las posteriores citas sobre los acontecimientos de Crónstadt están tomadas del "Izvestia Vremenogo Revolucionogo Komiteta" (El Mensajero del Comité Revolucionario Provisional), editado en Crónstadt en los días de la sublevación, del 3 al 16 de marzo de 1921. (N. del A.)

minado, de todos los trabajadores, soldados del Ejército Rojo y marineros de las ciudades de Petrogrado y Cronstadt y de toda la provincia de Petrogrado.

V. Libertad de todos los presos políticos de los partidos socialistas, de todos los trabajadores y campesinos y de todos los marineros y soldados del Ejército Rojo detenidos a causa de movimientos campesinos u obreros.

VI. Elección de una Comisión que examine los procesos de los detenidos en cárceles y campamentos de concentración.

VII. Abolición de todos los departamentos políticos, por entender que ningún partido tiene derecho a privilegios para la propaganda de sus ideas ni a percibir recursos del Estado para tales fines. En vez de semejantes departamentos deben ser creadas Comisiones de Cultura y de Enseñanza, que serán elegidas en sus respectivos centros y apoyadas con recursos del Estado.

VIII. Abolición inmediata de todos los destacamentos de requisición.

IX. Igualdad de racionamiento para todos los trabajadores, excepto las corporaciones antisociales.

X. Disolución de todos los destacamentos de combate comunistas en todas las unidades militares, así como de toda clase de vigilancia comunista en fábricas y en talleres, y, caso de que tal vigilancia sea precisa, que sea ejercida por elementos designados por las unidades militares y en las fábricas y talleres según el juicio de los trabajadores.

XI. Concesión a los campesinos del derecho a

obrar con la tierra como mejor le parezca y permiso para poseer los animales por ellos criados, los que cuidarán y cultivarán únicamente por su propio esfuerzo, sin emplear mano de obra retribuida.

XII. Invitación a todas las unidades del ejército y Escuelas militares a adherirse a esta resolución.

XIII. Petición de que todas estas conclusiones sean publicadas ampliamente.

XIV. Designación de una Oficina móvil de control.

XV. Permiso para que la pequeña industria pueda desarrollar libremente su labor."

En primer plano, Cronstadt exigía la libertad inmediata de todos los presos políticos de tendencias izquierdistas, y de todos los trabajadores, campesinos, marineros y soldados del Ejército Rojo detenidos con motivos de los movimientos obreros y campesinos; además, exigía la designación de una comisión que revisase las causas de todos los detenidos en cárceles y campamentos de concentración, puesto que estos atentados caían sobre la Revolución como una mancha deshonrosa.

Cronstadt proclamó la libertad de palabra, de Prensa y de reunión para los trabajadores, campesinos, anarquistas y todos los partidos socialistas de izquierda. Quien conozca Cronstadt comprenderá el sentido de esta declaración de libertad, al parecer coartada.

Al comienzo de la Revolución, poco después de los días sangrientos, Cronstadt puso en vigor las más amplias libertades. Ciertamente, quedaron en las cár-

celes los adherentes más feroces del régimen zarista; pero cuando empezó a aflojar la ola del odio espontáneo, cuando el cerebro revolucionario predominaba por encima del instinto de conservación, los cronstadians empezaron a discutir en sus mítines el problema de la limpieza de todas las cárceles, tan odiadas por ellos. Se proponían poner en libertad a todos los presos en los límites de la ciudad, si no más lejos, por entender que en ella no podían tener ninguna eficacia los planes reaccionarios de los detenidos. Aunque suponían que no tenían derecho a volcar en los demás lugares de Rusia sus contrarrevolucionarios. Unicamente la mala voluntad del "capacitadísimo" gobernante Kerensky les causó una nueva desazón, pero fué la última. Desde aquel momento, Cronstadt no conoció ningún otro caso de persecución por las ideas, aunque fuesen monárquicas. La tribuna de la Plaza del Ancla era libre para todos: se había convertido para los trabajadores en una universidad.

Primeramente, la masa escuchaba a todos y agradecía sus enseñanzas con nutridos aplausos, disfrutando con infantil espíritu de la espontánea charla que corría libremente. La abuela de la Revolución rusa, Breshko Breshkovskaya, el Espontáneo Hablador (Kerensky), los defensores de la patria (los mencheviques) y los socialistas revolucionarios recogían los más pomposos laureles. Pero pasó un mes, pasaron dos, y la masa se saturó de la sabiduría política de nuestros tiempos y distinguía muy bien lo que le ofrecían las Cortes Constituyentes bajo las

elecciones generales y directas, por sufragio universal. Sabía lo que habían hecho las Cortes Constituyentes en la Revolución francesa y renegó de ellas.

Cronstadt, cuya conciencia se había desarrollado y fortalecido bajo las prédicas de los apóstoles de las Cortes Constituyentes, lanzó una nueva consigna: "Todo el Poder para los Soviets locales". En los mítines se suscitan ya fuertes choques con los mencheviques y con los socialistas revolucionarios. Inmediatamente, los últimos arrían su bandera y, sintiéndose impotentes, no van ya a los mítines, no hacen ya discursos, porque nadie los escucha, porque nada tienen ya que decir a las masas, que estaban altamente capacitadas. Por eso cuando los cronstadtianos en su resolución del mitin del primero de marzo hablaban de la libertad de palabra, de Prensa y de reunión para los trabajadores, campesinos, anarquistas y partidos socialistas de izquierda, no querían con ello decir que a los elementos de derecha y reaccionarios se les aplicase un trato distinto, de represión, pues el sistema de represión siempre va acompañado de órganos legalizados de violencia, tales como la Checa bolchevique. La libertad de Prensa siempre da la posibilidad de tener el enemigo a la vista y faculta a las masas para poder estudiarlo. Sólo la intensa propaganda revolucionaria puede desarmarlo.

La ola del movimiento se extendió de manera rápida. El día 2 de marzo, en la Casa de Enseñanza, se

reunieron los delegados de los buques de la Escuadra, de los soldados del Ejército Rojo y de los trabajadores. En esta reunión se suponía que quedarían acordados los principios de las nuevas elecciones, con el fin de emprender la reconstrucción pacífica del orden soviético.

El presidente de la Escuadra del Báltico, el comunista Kuzmin, tomó la palabra y declaró que los bolcheviques no abandonarían el Poder y que por mantenerse en él lucharían con todas sus fuerzas. Un discurso semejante pronunció también el presidente del Soviet, Vasilief. Para la reunión estaba claro que era preciso detenerlos provisionalmente en vista de que no se había cumplido la disposición de desarmar a los comunistas, que no podía hacerse uso de los teléfonos, que los soldados del Ejército Rojo, como se confirmó en una carta leída en la reunión, estaban asustados, que los comisarios no permitirían las reuniones en los destacamentos, etc.

Convencida de que los bolcheviques podían perturbar las elecciones del Soviet, por medio de la fuerza armada, la reunión designó de su seno un Comité Revolucionario Provisional a quien encargó de llevar a cabo las elecciones del Soviet. Los delegados fueron a sus respectivos destacamentos a informar del resultado de las deliberaciones y a invitar a que se organizaran las fuerzas de combate para apoyar al Comité Revolucionario Provisional.

Cronstadt se preparaba a defender unánimemente la justa causa de los trabajadores. A las nueve de la noche del 2 de marzo, se adhirieron al Comité Re-

volucionario Provisional la mayoría de los fortines y todos los destacamentos del Ejército Rojo de la fortaleza. Todas las instituciones y el servicio de comunicaciones estaban controladas por el Comité Revolucionario. Llegaron de Oranienbaum representantes manifestando que aquella guarnición también se ponía a las órdenes del Comité Revolucionario Provisional.

Los cronstadtianos son audaces y decididos en su franca lucha con los enemigos, pero no escarnecen a sus adversarios cautivos. El Comité Revolucionario Provisional creyó preciso desvirtuar todos los rumores que corrían acerca de la supuesta violencia ejercida sobre los comunistas encarcelados, que se encontraban en la más completa seguridad, y aunque había sido detenida una gran cantidad de ellos, buena parte gozaban ya de libertad. Además, de la comisión que había de examinar las causas de detención de los bolcheviques formaba parte un representante comunista. A los camaradas Illinov, Kubanov y Pervushin, que llegaron al Comité Revolucionario, se les permitió ver a los presos en el "Petropavlovsky", y ellos, personalmente, con sus firmas, confirmaron las noticias del Comité Revolucionario.

Pero he aquí cómo planteaban las cuestiones los "camaradas comunistas":

Del manifiesto arrojado en la noche anterior por un aeroplano, se desprendía que en Petrogrado estaban detenidas muchas personas no relacionadas para nada con los acontecimientos de Cronstadt, y no

era solo esto, sino que también se detenía a sus familias.

“El Comité de Defensa—se decía en el manifiesto—declara retener a todos estos detenidos en calidad de rehenes de todos los apresados en el campo contrario, de todos los encarcelados por los revoltosos en Cronstadt, especialmente del Comisario de la Escuadra del Báltico, camarada N. N. Kuzmin, del presidente del Soviet de Cronstadt, camarada Vasíliev, y de los demás comunistas. Si se toca a un solo pelo de los compañeros detenidos, responderán con su cabeza los antedichos rehenes.”

A Cronstadt no le sorprendió esta mal reprimida rabia de los alarmados dictadores. Los últimos años transcurridos habían convencido a los cronstadtianos de que los dictadores “revolucionarios” eran capaces de todo y pensaban que este atropello cometido con las inocentes familias no aumentaría con nuevos laureles las glorias de los camaradas comunistas, y que, en todo caso, no era de este modo cómo podían conservar el poder que les había sido arrebatado por los trabajadores, los marineros y los soldados del Ejército Rojo de Cronstadt.

Los bolcheviques, según las palabras de un anarquista, “mienten siempre. Esa es su fuerza, su vida, el secreto de su existencia. Han convertido la mentira en un sistema, y no hay en el mundo otro gobierno que pueda discutirles el derecho a la primogenitura en la falsificación de la verdad.” En la lucha con Cronstadt llegaron hasta las mentiras más impertinentes. Lanzaron por radio:

“Para todos, todos, todos...”

”En la lucha contra la conspiración del Ejército blanco.

”Que la conspiración del ex general Kozlovsky y del buque “Petropavlovsky” está organizada por los espías de la Entente, al igual que otras muchas sublevaciones del ejército blanco, se ve en la noticia publicada por el diario francés “Le Matin”, el cual dos semanas antes de la conspiración de Kozlovsky dió a la publicidad un telegrama de Helsingfors con el siguiente contenido: “Desde Petrogrado nos comunican que, debido a una inminente revuelta en Cronstadt, numerosas fuerzas militares han tomado toda clase de precauciones para aislar aquella población y prohibir la entrada en Petrogrado a los soldados del Ejército rojo y a los marineros de Cronstadt.”

”El avituallamiento de Cronstadt está prohibido hasta nueva orden.

”Claro que la conspiración de Cronstadt estaba dirigida por París... que en ella estaba mezclado el contraespionaje francés y que se repetía la historia de siempre. Los socialistas revolucionarios, dirigidos desde la misma capital de Francia, preparaban una sublevación contra el Gobierno del Soviet, y cuando ya la tenían preparada, surgió el verdadero jefe, el general zarista...”

Sí; se repitió la historia de siempre. Los bolcheviques se mostraron dignos sucesores del Gobierno de Kerensky. Detuvieron a los cronstadtianos que les habían defendido cuando se les cubría con el fango

de la calumnia y de la mentira alegando que eran espías alemanes. Los dictadores olvidaron esto rápidamente y amenazaban a los cronstadtianos, por su obstinación, con matarlos como chinches.

“En Petrogrado os volvió las espaldas hasta el último marinero cuando se supo que en vuestras filas actuaban generales como Kozlovsky...”

Por todas estas noticias se veía claro que los comunistas seguían engañando, no ya a los soldados del Ejército Rojo, sino también a los miembros del Soviet de Petrogrado.

Por medio de su estación radiotelegráfica, Cronstadt desmiente todas estas mentiras y declara:

“Camaradas trabajadores, soldados del Ejército Rojo y marineros:

”Nosotros, aquí en Cronstadt, sabemos cómo vosotros, vuestros hambrientos hijos y mujeres padecéis bajo el yugo de la dictadura comunista.

”Hemos derrotado aquí al Soviet bolchevique y, en estos días, el Comité Revolucionario Provisional empezará las elecciones del nuevo Soviet, que, elegido libremente, representará la voluntad de toda la población y de la guarnición y no la de un pequeño tropel de insensatos comunistas. Nuestra causa es justa; estamos en pro de un Gobierno del Soviet y no de un partido; en pro de la libre elección de la representación obrera. Los Soviets, mangoneados y dominados por los comunistas, siempre se han hecho sordos a nuestros llamamientos y quejas y, por toda contestación, únicamente recibimos sentencias de muerte.

"Ahora, cuando se ha terminado la paciencia de los trabajadores, les quieren tapar la boca con dádivas. Por orden de Zinoviev se disuelven los destacamentos de requisición de la provincia de Petrogrado; Moscú asigna diez millones oro para la compra en el extranjero de productos de primera necesidad, pero nosotros sabemos que, con estas dádivas, no comprarán al proletariado de Petrogrado, y nosotros, por encima de la cabeza de los comunistas, le estrechamos la mano de fraternal apoyo desde el Cronstadt revolucionario.

"¡Camaradas! A vosotros no sólo os engañan, sino que adrede os ocultan la verdad y llegan hasta la vil calumnia.

"¡Camaradas, no os rindáis!

"En Cronstadt todo el Poder está únicamente en manos de los marineros revolucionarios, de los soldados del Ejército Rojo y de los trabajadores, y no en las de cualquier general Kozlovsky, como os asegura el calumnioso radiograma de Moscú."

¿Por qué luchaba Cronstadt?

He aquí sus fines y aspiraciones, expuestos por los mismos cronstadtianos:

"Al realizar la revolución de octubre, la clase obrera creyó haber llegado a su liberación. Pero resultó todo lo contrario, pues lo que llegó fué un mayor esclavizamiento de la personalidad humana.

"Del Gobierno de la policíaca y gendarmesca Monarquía se ha pasado a manos de los usurpadores comunistas, los cuales, en lugar de llevar la libertad al proletariado, le han llevado el temor perpetuo de

ser arrojado a las mazmorras de la Checa, cuya tenebrosidad supera en mucho a los antiguos establecimientos de la gendarmería zarista.

"Las bayonetas, las balas y el feroz grito del verdugo de la Checa: he ahí lo que recibió después de larga lucha y durísimos martirios el labrador de la Rusia soviética. El honorable blasón del Estado trabajador, la hoz y el martillo, ha sido convertido por el Gobierno bolchevique en la bayoneta y en las rejas para conservar la tranquila y segura vida de los nuevos burócratas: los comisarios y empleados comunistas.

"Y hay algo aún más abominable y delictuoso: la sujeción moral creada por los comunistas: han puesto también su mano en la vida íntima de los trabajadores; les obligan a pensar a su modo.

"Por mediación de los sindicatos estatales han atado a los trabajadores a sus máquinas y del trabajo han hecho no un placer, sino una nueva esclavitud. A las protestas de los campesinos, que se resolvían en sublevaciones espontáneas, a las huelgas de los trabajadores, que carecen de los más necesarios medios de vida, se ha contestado con fusilamientos en masa y de manera tan sangrienta que no se puede comparar con las represiones de los generales del zar.

"La Rusia trabajadora, la que primero enarboló la bandera de la emancipación en honor del dominio de los comunistas, está absolutamente anegada en la sangre de sus mártires. En este mar de sangre los

comunistas hundan los grandiosos y brillantes principios y consignas de la revolución proletaria.

"Cada día se ha evidenciado más, y ahora es incuestionable, que el Partido Comunista ya no es el defensor de los trabajadores, como él se proclamaba. Le son ajenos los intereses del pueblo obrero y, cuando ha llegado al Poder, ha tenido miedo a perderlo y por eso se vale de todos los medios: la calumnia, la violencia, el engaño, la muerte y la venganza en las familias de los sublevados.

"Llegó el fin de la paciencia de los trabajadores.

"Aquí y en otros sitios el país se ha encendido en ira y se ha sublevado contra el yugo de la esclavitud y la violencia. Sucediáanse los choques con los trabajadores, pero las guardias bolcheviques, que no duermen, han tomado todas las precauciones para evitar y aplastar la inevitable tercera revolución.

"A pesar de todo ello, ha llegado y se realiza por el esfuerzo de los trabajadores. Los generales del comunismo ven claramente que aquí se ha sublevado el pueblo, convencido de que ellos han traicionado los ideales del socialismo. Pero, temblando por su propia piel, y sabiendo que no encontrarán lugar donde ocultarse de la iracundia obrera, con la ayuda de sus siervos se esfuerzan en mantener a los sublevados en las cárceles, los fusilamientos y otras barbaridades. La misma vida, bajo la dictadura de los comunistas, se ha convertido en algo peor que la muerte.

"El sublevado pueblo trabajador ha comprendido que en la lucha contra los comunistas, contra el sis-

tema de esclavitud por ellos renovado, no valen términos medios, sino que hay que ir hasta el final. Parece que ahora retroceden, que hacen concesiones. En la provincia de Petrogrado han disuelto los destacamentos de requisición y se asignan diez millones oro para la compra en el extranjero de artículos de primera necesidad; pero no hay que dejarse sugerir: detrás de esta maniobra se oculta la férrea mano del amo, del dictador, que quiere, una vez reconquistada la calma, vengar centuplicadamente todas las concesiones que se ha visto obligado a hacer.

”¡No, no caben términos medios! ¡Vencer o morir!

”Para ello da ejemplo el rojo Cronstadt, que es la tempestad para los contrarrevolucionarios de derecha y de izquierda.

”Se ha dado un nuevo e importante paso revolucionario. Ya está enarbolada la bandera de la sublevación para libertarse de la violencia y del yugo de tres años de dominación comunista que ha eclipsado a los trescientos años de dominación zarista.

”Aquí, en Cronstadt, está puesta la primera piedra de la tercera revolución, la cual romperá las últimas cadenas que aprisionan a las masas trabajadoras y abrirá el camino para la construcción socialista.

”Esta nueva revolución removerá a las masas obreras del este y del oeste, les dará el ejemplo de la nueva estructura socialista, que es contraria a la construcción comunista estatal, y demostrará con hechos al proletariado del extranjero que todo lo que hasta la fecha acontecía en nuestro país, a conse-

cuencia de la revolución de los trabajadores y campesinos ,no era socialismo.

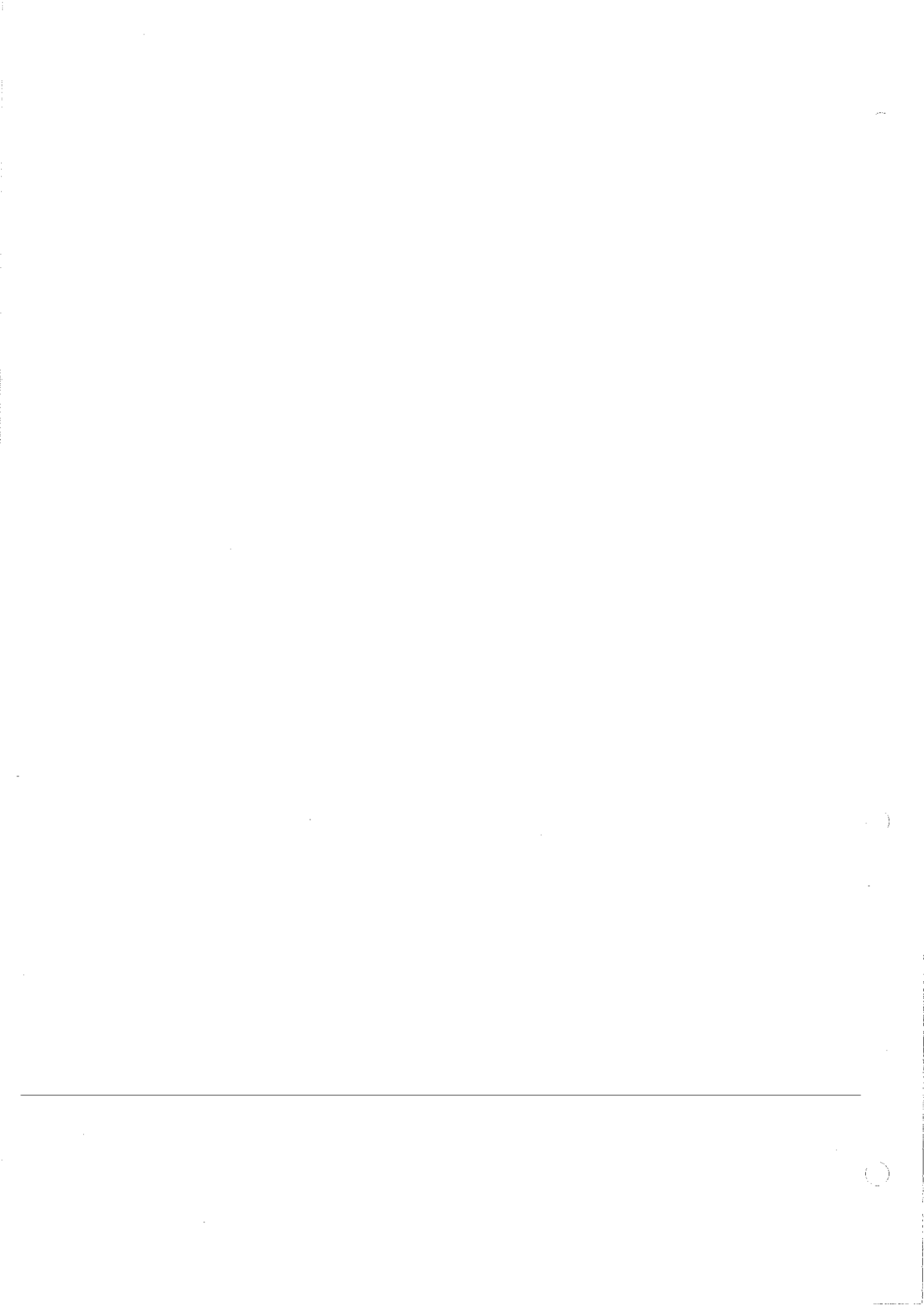
"Sin un solo disparo, sin derramar una gota de sangre, se ha dado este primer paso. Para los trabajadores, la sangre no es necesaria. La derramarán sólo en su propia defensa. A nosotros nos bastará simplemente, a pesar de todas las irritantes acciones de los comunistas, con aislarlos de la vida pública para que con su fraudulenta y perniciosa actuación no puedan perturbar la obra revolucionaria.

"Los trabajadores y los campesinos van adelante, sin que nadie pueda detenerlos; han dejado tras sí las Cortes Constituyentes con su orden burgués y la dictadura del partido comunista con su Checa y el capitalismo estatal, que con el lazo de la muerte ha cogido a la clase obrera y amenaza ahogarla, finalmente."

La revolución presente da, por fin, la posibilidad a los obreros de elegir libremente sus Soviets, los cuales actuarán sin ninguna presión violenta de partido, y de transformar los sindicatos estatales en libres uniones de obreros, de campesinos y de intelectuales trabajadores. Está rota por fin la porra policiaca de la autocracia comunista.



**X - Los últimos días del
Kronstadt sublevado**



X.—LOS ULTIMOS DIAS DEL CRONSTADT SUBLEVADO

El día 6 de marzo, con la firma del mariscal de campo Trotsky y del comisario superior Kamenev, fué difundida por radio la siguiente orden:

“El Gobierno de los trabajadores y de los campesinos ha decidido hacer volver inmediatamente a Cronstadt y a los buques sublevados a la obediencia de los Soviets. Por esto ordenamos a todos los que han levantado su mano contra la patria socialista depongan en seguida las armas. Desarmad a los obstinados y entregadlos en manos del Gobierno de los Soviets. Libertad inmediatamente a los comisarios detenidos y demás representantes del Gobierno. Uni-

camente los que se rindan sin condiciones pueden contar con la gracia de la República de los Soviets. Al mismo tiempo, damos la orden de preparación para aplastar a mano armada la sublevación y a los sublevados. La responsabilidad de las calamidades que a causa de esto se produzcan para los habitantes pacíficos recaerán en su totalidad sobre la cabeza de los sublevados soldados blancos. Esta prevención es la última.”

El día 7 de marzo, a las 7,45 de la tarde, los bolcheviques abrieron el fuego sobre Cronstadt desde Sestroretzky, desde Lisy Nos y desde Krasnaya Gorka. Inundaron por completo la ciudad de bombas y de amenazadores manifiestos que arrojaban desde los aeroplanos. Varias veces llegó a Krasnaya Gorka Trotzky, acompañado de Dybenko y otros, y dió la orden de tomar la fortaleza por asalto. Pero todos los intentos que se hicieron en tal sentido fueron enérgicamente rechazados por los defensores del Cronstadt libre.

La lucha era muy desigual. Las filas rojas no notaban sus pérdidas, aunque sus soldados, sin que nadie los pudiese detener, se entregaban a miles a los cronstadtianos y a centenares se hundían en el hielo que empezaba a fundirse bajo el calor de marzo y estaba muy resquebrajado a consecuencia del bombardeo. A cubrir los huecos dejados por los prisioneros de guerra y por los caídos en la lucha acudían nuevos refuerzos incesantemente. ¿Y qué podía hacer Cronstadt, la ciudad libre y solitaria, que sólo tenía a su disposición una cantidad restringida de lucha-

dores, los cuales, al ocupar sus puestos de combate, disgregados en muchísimos fortines, tarde y noche resistían los golpes del enemigo sin que nadie les sustituyese? Recibía duramente al enemigo y del mismo modo le obliagaba a retroceder. Hambriento, alimentándose únicamente de la libra de avena y de la media libra de pan con un trozo de conserva, agotado por los incesantes choques, vivía con la esperanza de que en Petrogrado, Moscú y otros sitios empezasen las sublevaciones de los trabajadores y de los soldados del Ejército Rojo como le pareció iba a suceder al principio de la tercera revolución.

La noche del día 16 de marzo empezó un fuerte y feroz tiroteo contra la ciudad. Los cañones de 12 pulgadas bombardeaban sin cesar la parte del Laboratorio de Minas, el puerto y el Cuartel General de la fortaleza. En muchos lugares de la población estas bombas se inflamaban produciendo incendios. En el puerto se incendió un transporte con material de guerra. Se hundían las dependencias y las líneas telefónicas. Los aeroplanos empezaron a dejar caer bombas con mayor frecuencia y, a pesar de que ondeaba la bandera de la Cruz Roja, también en el hospital dejaron caer una granada. Cronstadt hizo todos los esfuerzos posibles para impedir que el enemigo se aproximase a la fortaleza.

Protegidos por la artillería, los rojos se acercaron a Cronstadt por tres sitios. Por el oeste, en la puerta de Cronstadt, a unos cuantos metros de las murallas de la ciudad, empezó una desesperada batalla que duró largas horas. Las ametralladoras repiqueteaban

incesantemente por ambos lados. Una parte del enemigo fué aniquilada y otra huyó hacia el mar, pero las fuerzas más importantes se rindieron, después del decidido ataque de los cronstadtianos. A las ocho de la mañana, por la puerta de la ciudad, entraron las cuadrillas de los prisioneros, envueltos en albornoces blancos. Todos los soldados rojos se envolvían en estos blancos casacones, pues los hacía prácticamente invisibles a los ojos de las atalayas.

En los nuevos trineos de mano que usaban los rojos para trasportar las ametralladoras, conducían ahora a sus heridos. A los que lo estaban de gravedad los recogían las brigadas sanitarias. En un espacio de dos kilómetros se recogían armas de todas clases—ametralladoras, fusiles, bandas portacartuchos, municiones—abandonadas por los comunistas. En el sector sur también se había conseguido una victoria total, aunque a muy caro precio.

Numerosas mujeres llevaban a cabo un trabajo intensivo recogiendo a sus propios heridos y a los del contrario; olvidando el peligro, desdeñándolo, se alejaban por el golfo, estimuladas por su entusiasmo, realizando su benéfica obra. En los cuarteles se organizaron rápidamente hospitales de campaña.

No habían terminado de pasar los últimos carros cargados de heridos por el puente cuando repentinamente empezaron a silbar las balas y nuevamente empezaron a caer víctimas. Otra vez más la lluvia de balas.. Se echó cuerpo a tierra.

Unicamente la esbelta y marcial figura del marinero—apoteosis del luchador siempre preparado—

permaneció erguida, con el fusil en alto destellando brillantemente los rayos de sol, sin temor a las balas. Con voz fuerte y sugestiva incitaba: "¡Camaradas; ánimo!" "¡Enseñad a los demás el camino de la victoria!" El fanatismo de la intrepidez dominó el ambiente. Hasta dentro de la ciudad llegó el llamamiento. "¡Camaradas, daos prisa en ir a la batalla!" Pronto se organizaron unos pelotones de trabajadores que se dirigieron hacia donde se oían los traidores disparos. Su consigna era expulsar a los rojos de un confuso amontonamiento de pontones y barcos fondeados en el puerto, lo cual no era cosa muy fácil. Pero los valientes cumplieron con su deber. Lograron encontrar a la emboscada bolchevique, la rodearon y la detuvieron, dejando el puerto completamente limpio.

Pero inesperadamente, por la perspectiva Lenin (antes calle de los Señores), desde el edificio del Comité Revolucionario Provisional, salieron numerosos jinetes que se distribuyeron por la ciudad invitando a todos los grupos armados a que acudiesen a la defensa de la "Montaña" (la "Montaña" era una parte de la isla que, cuando ésta quedaba inundada por los grandes desbordamientos del otoño, se quedaba completamente a salvo de la inundación) y a los ciudadanos pacíficos a que buscasen refugio en lugares que no ofreciesen peligro.

A las siete de la mañana consiguieron los rojos irrumpir por la puerta de Petrogrado, intentando avanzar hacia el centro de la ciudad, hacia la Plaza del Ancla. Pero su avance fué detenido; su esfuerzo

por hacerse fuertes en una de las casas allí situadas no tuvo eficacia, pues fueron arrojados de aquel lugar por la artillería. Una parte de los rojos pudo retirarse y otra se entregó como prisioneros de guerra. Mas no se logró echarlos por completo de la ciudad. Habían logrado instalarse en el Depósito de agua y en los laberintos de las grandes dependencias de la Escuela Técnica. Liquidados, pues, los asaltos a otros sectores de la fortaleza, se reunieron las fuerzas para la defensa de la "Montaña".

La situación era bastante desesperada, pero ninguno de los combatientes pensaba que la batalla estaba completamente perdida. Los miembros del Comité Revolucionario Provisional visitaban todos los puestos de peligro; la Redacción del periódico revolucionario continuaba su trabajo y preparaba el número siguiente..., que no tuvo la suerte de ver la luz.

El día era claro y brillante. Todo el velo de la nieve del golfo ardía a los rayos del sol y parecía como si dijese a Cronstadt: "Si lograses resistir una semana más, cuando las ondas del golfo hubiesen roto los hielos que lo cubren y los hubiesen llevado a lejanías invisibles, la independencia del poderoso hogar de la Revolución habría sido salvada. Entonces los bolcheviques se verían obligados a hablar de distinta manera a las masas sublevadas."

¡Ah, si los cronstadtianos se hubiesen sublevado estando la fortaleza rodeada de las aguas libres y no de aprisionadores hielos! Entonces Cronstadt habría sido un castillo inaccesible al asalto. Pero la

espontaneidad de la sublevación revolucionaria no pudo calcular el día ni la hora en que estallaría. Estalló cuando se había agotado toda la paciencia para soportar las injusticias y el yugo de la opresión. Cuando la masa está saturada de los mismos anhelos revolucionarios, entonces estalla la sublevación y suena el clarín de combate, el grito de "¡Vencer o morir!" en la lucha por la emancipación total del proletariado, por un mundo nuevo sin amos, sin cadenas y sin esclavos.

Cronstadt se sublevó respondiendo a los dolorosos gemidos de las aldeas y de los centros de trabajadores, falsamente acusados por la férrea interpretación bolchevique como estertores de la contrarrevolución agonizante.

Pero estaba cercano el fin del Cronstadt libre.

Al atardecer del día 17 de marzo decidieron los marineros volar todos los buques de combate, pues no querían entregar a los verdugos rojos sus gigantes, como el "Petropavlovsky" y el "Sebastopol", donde ondeaba la bandera de la tercera revolución. En el momento en que el Ejército Rojo se acercaba hacia el puerto, los traidores del campo comunista que habían abandonado su partido, acusando violentamente a sus caudillos de burocratismo, de sed de sangre, de ambición de mando, se reanimaron y empezaron el infame trabajo de caínes: cortaron las mechas preparadas para la voladura. Los marineros abandonaron los buques y se marcharon.

A las ocho de la noche, en la puerta de Cronstadt en la estación del ferrocarril, deambulaban los desta-

camentos de la ciudad. Toda la población se preparaba para la marcha. Las mujeres, con sus hijos en brazos, salieron a la calle, pues nadie quería quedarse allí. Pero como ya no había modo de efectuar el transporte, no pudo cumplirse el último propósito de los sublevados: entregar la ciudad a los verdugos rojos absolutamente vacía, muerta, apagada...

Cronstadt, como siempre, se había sublevado al grito de la hambrienta y quebrantada masa de los campesinos y de los obreros. Se encontró solo en su intento, en su organización, y por esto fracasó y fué derrotado. Pero ninguno de sus luchadores pronunció una frase de arrepentimiento ni un lamento por las fuerzas perdidas tan ineficazmente, sin que hubiesen dejado la más mínima huella.

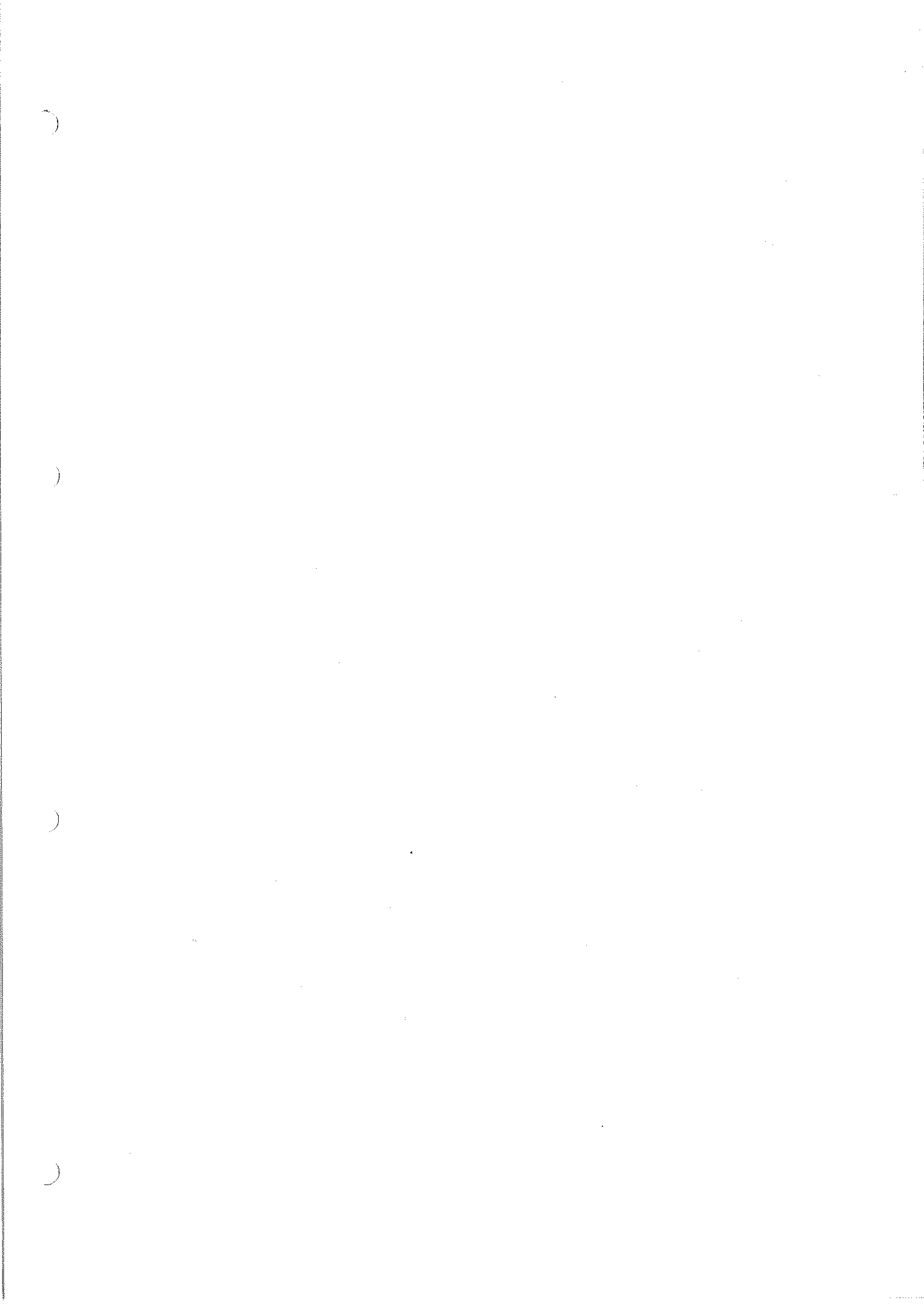
Cronstadt no podía vivir más bajo las cadenas; se sublevó y, hallándose solo, pereció en la contienda.

)

)

)

)



Biblioteca VERTICE

Llobet, 13 BARCELONA Telefono 35271

CATALOGO DE FOLLETOS PUBLICADOS

Ots.

En el Café, Malatesta	30
La anarquía ante los tribunales, Gori	20
De la Patria, Hamon, y Lo que queremos, Gori	20
A los jóvenes. Kropotkin	20
La Ley y la Autoridad, ídem.	20
El Sindicalismo, Anselmo Lorenzo	20
El derecho al placer, Blázquez de Pedro	20
El trabajo nocturno, J. Hucha	20
La Anarquía, Reclús	20
El Ideal y la Juventud, Reclús	20
Socialismo y Anarquismo, Malatesta	20
República y anarquía, Converti	20
El crimen de Chicago, Ricardo Mella	20
Cuestiones de Enseñanza, Ricardo Mella	20
La Contribución de Sangre, Salvochea	20
Nuestro Programa, Malatesta	20
El Ideal del Siglo XX, P. de Lydia	15
En tiempo de elecciones, Malatesta	15
Los estragos del alcohol, varios	15
La Peste Religiosa, J. Most	15
Escenas del terror, Gardeñas	20
Los crímenes de Dios, S. Faure	20
¿Por qué somos anarquistas?, Merlino	20
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, Morris	20
Huelga de Vientres, Bulffi	25
Influencias burguesas sobre el anarquismo, Fabri	40
El arte y la rebeldía, Polloutier	20
El Primero de Mayo, Gori	20
Juana de Arco, Han Ryner	60
Entre Campesinos, Malatesta	20
Doce pruebas de la inexistencia de Dios, Faure	20
Contestación a una creyente, Faure	20
¿Dónde está Dios?, M. Rey	15
La tramoya de las guerras, Kropotkin	15
A mi hermano el campesino, Reclús	15
Organización, agitación y revolución, Mella	20
Triunfa el amor, Mangado	15
La Mujer pública y privada, P. Robin y Chaugui	15
El absurdo político, Parav Javal	15
El ideal de la Libertad, Fabbri	15
Immoralidad del matrimonio, Chaugui	20
El derecho a la salud, A. Lorenzo	20
A las Mujeres, José Prat	20
Nuevas Canciones Rebeldes	15

Contra las dictaduras

(Traducción del francés, por Dionisios)

NOTA PRELIMINAR

El presente trabajo de Dejacques, uno de los precursores del anarquismo, tiene diversos méritos que le hacen digno de ser propagado.

Data de 1859, y parece escrito hoy, en presencia de lo que sucede actualmente en el mundo. Sustituya el lector fechas y nombres, y comprobará cuán certera es la crítica de lo que nos rodea hecha hace más de sesenta años. Ponga Mussolini, por ejemplo, cuando el autor dice Bonaparte, y Lenin o Stalin cuando dice Blanqui, cuando habla de la probable dictadura proletaria, que le parece, con razón, tan merecedora de censura como cualquiera otra. Y que no se equivocó en su juicio sobre lo que podría ser esa dictadura, no es menester indicarlo. Sabido es de cuantos sigan con atención lo que acaece en Rusia. No hay tal dictadura del proletariado. Como en las de-

mocracias no hay tal gobierno del pueblo por el pueblo. En éstas el gobierno del pueblo por el pueblo no hace nada que no vaya contra el pueblo, y en aquélla, suponiendo que ha desaparecido la burguesía, todas las disposiciones, leyes, decretos y demás zarandajas autoritarias han de ir forzosamente contra el proletariado. ¿Para emanciparle y libertarle? La dictadura no es nunca ni en ningún caso una medida de emancipación ni de libertad, ejérzala quien la ejerza.

Esta es la lección de Dejacques, más aprovechable ahora que en la época en que publicó su trabajo. Por eso la juzgo merecedora de ser difundida.

Negar que la revolución rusa es uno de los más grandes acontecimientos habidos en el mundo, sería una tontería. Pero es casi seguro que sin la dictadura, no proletaria, sino de una facción, aunque ésta sea proletaria, ese acontecimiento habría sido mucho más grande. También sobre este particular son aprovechables las sugerencias de Dejacques, el cual, como todos los anarquistas auténticos, dejó dichas cosas que tendrán valor perduradero.

El traductor

CONTRA LAS DICTADURAS

No estamos ya en los tiempos fabulosos en que el padre devoraba a sus propios hijos ni en el tiempo judaico en que Herodes mataba toda una generación de débiles inocentes, cosa que, a pesar de todo, no impidió que Jesús escapara de la matanza y que Júpiter no fuese devorado. Vivimos en una época que no mata ya a los niños a cuchilladas y en la que nos parece muy natural que los jóvenes entierren a los viejos. Enterremos, pues, todo lo trasnochado. Hércules ha muerto; ¿por qué empeñarnos en resucitarlo? Todo lo más que podríamos hacer es galvanizarlo. El palo es menos fuerte que la idea.

¡Salud a la idea presente y futura! La autoridad ha reinado tanto tiempo sobre los hombres, ha tomado hasta tal punto posesión de la humanidad, que en todas partes ha dejado un engaste en su espíritu. Aun hoy es difícil, aparte de en teoría, desterrarla por completo. Cada uno de los civilizados es para ella una fortaleza que, bajo la guardia de los prejuicios, se yergue como un enemigo frente al paso de la libertad, invasora amazona que se lo disputa. Así tenemos individuos que, creyéndose revolucionarios y jurando a todo trapo por la libertad, proclaman

nada menos que la necesidad de la dictadura, como si la dictadura no excluyese la libertad y la libertad la dictadura. ¡Cuántos niños grandes, a decir verdad, hay entre los revolucionarios! Niños grandes que tienen apego a su manía; niños grandes que quieren la República democrática y social, sin duda, pero con un emperador o un dictador, lo que es todo uno, para gobernarla; gentes montadas de cara a la grupa, y que con la vista fija en la perspectiva del progreso, se alejan de él tanto más cuanto más caminan para acercarse, galopando de espaldas a la cabeza de la bestia que montan. Estos revolucionarios, politicastos de poco pelaje, han conservado, con la señal del collar de esclavos, la mancha moral de la servidumbre, el tortícolos del despotismo. Desgraciadamente, ¡ay!, son muy numerosos entre nosotros. Se llaman republicanos, demócratas y socialistas, y no tienen otra inclinación ni otros amores que los de una autoridad de puños de acero, de cerebro de hierro y de corazón de bronce; son más monárquicos que los monárquicos, los cuales, en realidad, podrían pasar, a su lado, por an... arquistas.

La dictadura, sea una hidra de cien cabezas o de cien colas, sea autocrática o demagógica, nada puede hacer en beneficio de la libertad; no puede hacer más que perpetuar la esclavitud, tanto moral como físicamente. No es regimentando un pueblo de ilotas bajo un yugo de hierro, puesto que de hierro se trata, aprisionándolo en una uniformidad de voluntades proconsulares, como pueden formarse hombres inteligentes y libres. La libertad no es una cosa que pueda otorgarse. No pertenece a la fantasía de un per-

sonaje o de un comité de salvación pública el poder decretarla y repartirla. La dictadura puede cortar cabezas de hombres, pero no podrá hacerlas crecer ni multiplicarse; puede transformar las inteligencias en cadáveres; puede hacer arrastrarse y hormiguar bajo sus botas y ante su látigo a los esclavos como si fuesen gusanos u orugas; aplanará a éstas con su pesado peso, pero únicamente la libertad podría darles alas. Sólo por el trabajo libre, el trabajo intelectual y moral, nuestra generación, civilización o crisálida, podrá metamorfosearse en viva y brillante mariposa, revestir el tipo humano y florecer amplia y armónicamente.

Ya sé que hay mucha gente que habla de la libertad sin comprenderla, sin tener de ella ni el conocimiento ni el sentimiento. En la demolición de la autoridad reinante, no ven más que una sustitución de nombre o de personas; no se imaginan que una sociedad pueda funcionar sin amos ni criados, sin jefes ni soldados. En esto se parecen a aquellos reaccionarios que dicen: "Siempre ha habido ricos y pobres y los habrá siempre. ¿Qué sería del pobre sin el rico?

Se moriría de hambre." Los demagogos no dicen precisamente esto, pero dicen: "Siempre hubo gobernantes y gobernados y los habrá siempre. ¿Qué sería del pueblo sin gobierno? Viviría en la esclavitud." Todos estos anticuarios, los rojos y los blancos, son un poco compinches y compañeros: la anarquía, el libertarismo, trastorna su miserable entendimiento, entendimiento lleno de prejuicios ignaros, de tontas vanidades, de cretinismo. Plagiarios del pasado, los revolucionarios retrospectivos y retroacti-

vos, los partidarios de la dictadura, los sometidos a la fuerza brutal, todos los autoritarios de mil colores que reclaman un poder salvador, croarán toda la vida sin encontrar lo que desean. Parecidos a las ranas que pedían un rey, se les ve y se les verá siempre cambiar el oro por la calderilla, el Gobierno de Julio por el Gobierno de Febrero, los asesinos de Rohan por los asesinos de Junio, Cavaignac por Bonaparte, y mañana, tal vez, Bonaparte por Blanqui... Si un día gritan: "¡Abajo la Guardia Municipal!", es para gritar pocos instantes después: "¡Viva la Guardia Móvil!" O bien truecan la Guardia Móvil por la Guardia Imperial, como trocarán la Guardia Imperial por los **Batallones Revolucionarios**. Súbditos eran, súbditos son, súbditos serán. No saben lo que quieren ni lo que hacen. Hoy se quejan de que no tienen el hombre de sus amores, y mañana se quejarán de que lo tienen en exceso. En fin, a cada instante y por cualquier motivo invocan la autoridad de pico de cuervo y luego se extrañan de que les picotee y les mate y devore.

Todo individuo que se llame revolucionario y hable de dictadura es un iluso o un granuja, un imbécil o un traidor: imbécil o iluso, si la preconiza como auxiliar de la Revolución social, como un medio de transformación entre el pasado y el futuro, puesto que esto siempre equivale a conjugar la autoridad en indicativo presente; granuja o traidor, si no la considera más que como un medio de situarse en el presupuesto y jugar a gobernante en todos los modos y en todos los tiempos.

Muchos enanos hay, ciertamente, que no desean

otra cosa sino que se les conceda un título oficial, buenos emolumentos, una representación cualquiera que los saque del pantano donde chapotea el común de los mortales y les permita, en cierto modo, darse aires de gigantes. ¿Serán los hombres bastante necios para ofrecerles un pedestal a esos pigmeos?

¿Oiremos siempre el estribillo: "Nos habláis de suprimir los elegidos por sufragio universal, de que tiremos por la ventana la representación nacional democrática; pero, ¿qué pondremos en su lugar? Porque, en última instancia, alguien tiene que mandar..., un comité de salvación pública al menos... No queréis un emperador, un tirano, lo comprendemos; pero, ¿quién lo sustituye? ¿Un dictador? Porque no todo el mundo sabe gobernarse y alguien tiene que sacrificarse para gobernar a los demás..." Señores, o ciudadanos, replico yo: ¿por qué suprimimos el gobierno si tenemos que sustituirle? Lo necesario es suprimir el mal, y no cambiarlo de sitio. ¿Qué me importa que lleve tal o cual nombre, que esté aquí o allí, si bajo esta máscara y con este aspecto se atraviesa y se atravesará siempre en mi camino? Se suprime a un enemigo, pero no se le da un sucesor. La dictadura, la magistratura soberana, es reconocer que la autoridad, que es el mal, puede hacer el bien, y esto equivale a declararse monárquico, a sancionar el despotismo y negar la Revolución. Si preguntamos a los partidarios absolutos de la fuerza bruta, a los ensalzadores de la autoridad demagógica y obligatoria, cómo la ejercerán, de qué modo van a organizar este poder fuerte, casi todos nos responden, como el difunto Marat, que quieren un dictador con gri-

llos en los pies y condenado por el pueblo a trabajar para el pueblo.

Distingamos ante todo: o este dictador obrará por voluntad del pueblo, y entonces no será realmente un dictador, sino la quinta rueda de una carreta, o será realmente un dictador, tendrá en sus manos riendas y látigo, y entonces obrará como se le antoje, es decir, en provecho exclusivo de su divina persona. Obrar en nombre del pueblo es obrar en nombre de todo el mundo, ¿no es así? Y todo el mundo no es científica, armónica e inteligentemente revolucionario. Admito, sin embargo, ajustándome al

pensamiento de los blanquistas, que hay, por ejemplo, pueblo y pueblo: el pueblo de los hermanos iniciados, de los discípulos del gran arquitecto popular, y el pueblo turba de los profanos. Aquellos afiliados, aquellos conspiradores escogidos, ¿estarán siempre de acuerdo? ¿Estarán siempre de acuerdo en todas las cuestiones y en todos sus partidos? Que se dicte un decreto sobre la propiedad, o sobre la familia, o sobre cualquier otra cosa, y unos lo encontrarán demasiado radical, y otros no lo encontrarán lo suficientemente radical. Ya tenemos, pues, mil puñales levantados contra el forzado dictador. Ni dos minutos podría vivir el que aceptara este papel. No lo aceptará en serio; tendrá su camarilla, todos los hombres que quiera, que se apretujarán a su lado y formarán a su alrededor un batallón sagrado de lacayos para mendigarle los restos de su autoridad, las migajas del Poder. Y entonces podrá ordenar muy bien en nombre del pueblo, no lo niego, pero seguramente contra el pueblo. Fusilará o hará de-

portar a todos los que tengan anhelos libertarios. Como Carlomagno, o no sé qué otro rey, que medía a los hombres por la altura de su espada, hará decapitar todas las inteligencias que sobresalgan de su nivel, prohibirá todos los progresos que no se le alcancen a su magín. Hará lo que todos los hombres de "comité de salvación pública", lo que los políticos de 1793, émulos de los jesuitas y de la Inquisición; propagará la bestialización general; aniquilará la iniciativa particular; extenderá las tinieblas sobre la aurora, sobre la idea social; nos hundirá, muertos o vivos, en el estercolero de la civilización; hará del pueblo, en lugar de una autonomía intelectual y moral, una automatía de carne y huesos, un conjunto de brutos, pues para un dictador político, como para un director jesuita, lo mejor que hay en el hombre es el cadáver...

Hay otros que en sus sueños de dictadura difieren de los anteriores únicamente en que no quieren la dictadura de uno solo, de un Sansón de una sola cabeza; aspiran a un Sansón de mil cabezas, a la dictadura de esos **pequeñas maravillas** del proletariado reputados inteligentes porque en prosa o en verso declamaron unas cuantas trivialidades o inscribieron su firma en alguna pequeña capillita político-revolucionaria; a la dictadura, en fin, de las cabezas y de los brazos peludos, que compita con la de los calvos y tenga la misión, claro está, de exterminar a los aristócratas y a los que no piensen como ellos. Lo mismo que los otros, creen que el mal no está tanto en las instituciones liberticidas como en la elección de los hombres tiránicos. Igualitarios de

nombre están, en principio, por las castas. Y no dudan de que poniendo a los obreros en el Poder, en sustitución de los burgueses, todo marchará divinamente como en el mejor de los mundos posibles.

¡Los obreros en el Poder! ¡Es preciso no tener memoria! ¿No tuvimos a Albert en el Gobierno Provisional? ¿Es posible ver otro hombre tan cretino como él? En la Asamblea Constituyente o legislativa, tuvimos a los representantes lyoneses, y si fuésemos a juzgar a los representados por los representantes, sería una triste muestra de la inteligencia de los obreros de Lyon lo que nos trajeron. París nos gratificó con Nadaud, naturaleza espesa, inteligencia de mortero, que soñaba con transformar su llana de albañil en cetro presidencial. Y después con Carbon, el reverendo del **Atelier**, acaso el menos jesuita, pues éste por lo menos no tardó en tirar la máscara y situarse entre los reaccionarios.

Semejantes a los cortesanos que en las gradas del trono son más realistas que el rey, los obreros son más burgueses que los burgueses en las gradas de la autoridad oficial o legal. Y se comprende: el esclavo emancipado y convertido en amo exagera siempre los vicios del plantador que le educó. Está tanto más dispuesto a abusar del mando cuanto más inclinado o forzado estuvo a la sumisión y a las bajezas con los que le mandaban. Un comité dictatorial compuesto de obreros es ciertamente lo más hinchado de vanidad, de insuficiencia y de nulidad que pudiera imaginarse; por consiguiente, lo más antirrevolucionario. Si se quieren tomar en serio las palabras **salvación pública**, lo primero que debe ha-

cerse, siempre, es apartar a los obreros de toda autoridad gubernamental, y luego, siempre también, desterrar lo más posible de la sociedad la autoridad gubernamental. (Vale más que haya en el Poder enemigos sospechosos que amigos dudosos.)

La autoridad oficial o legal, sea cual fuere el nombre con que se decore, es siempre engañosa y perjudicial. No hay verdad ni utilidad más que en la autoridad natural o anárquica. ¿Quién fué autoridad de hecho y de derecho en 1848? ¿Fué el Gobierno Provisional, la Comisión Ejecutiva, Cavaignac o Bonaparte? Ni el Gobierno Provisional, ni la Comisión Ejecutiva, ni Cavaignac, ni Bonaparte, pues si bien tuvieron en sus manos la fuerza brutal, no fueron más que instrumentos, rodajes de la reacción; no fueron motores, sino máquinas. Todas las autoridades gubernamentales, hasta las más autocráticas, no son más que eso: máquinas. Funcionan por la voluntad de una facción y al servicio de esta facción, salvo los accidentes de las intrigas y las explosiones de ambición comprimida. La verdadera autoridad en 1848, la autoridad de salvación universal, no estuvo, pues, en el Gobierno, sino, como siempre, fuera del Gobierno, en la iniciativa individual: Proudhon fué su más eminente representante (entre el pueblo y no en la Cámara, claro está). En él se personificó la agitación revolucionaria de las masas. Y para esta representación no hubo necesidad de títulos ni de mandatos legalizados. Su único título le venía de su trabajo: era su ciencia, su genio. Su mandato no le llegaba de los demás, de los sufragios arbitrarios de la fuerza brutal, sino de sí mis-

mo, de la conciencia y de la espontaneidad de su fuerza intelectual. Autoridad natural y anárquica que ejerció el máximo de influencia a que podía aspirar. Una autoridad que no necesita pretorianos, porque es la dictadura de la inteligencia: autoridad que caldea y vivifica. Su misión no consiste en agarrotar ni en recortar a los hombres, sino en elevarlos por encima de su propia cabeza, en desarrollarlos con toda la fuerza de expansión de su naturaleza mental. Autoridad que no produce, como la otra, esclavos en nombre de la libertad pública, sino que destruye la esclavitud en nombre de la autoridad privada. No se impone a la plebe arrellanándose en los sillones de un palacio, acorazándose con mallas de acero, cabalgando entre arqueros, como los barones feudales, sino que se afirma en el pueblo, como se afirman los astros en el firmamento, irradiando sobre sus satélites.

¿Qué mayor poder habría podido tener Proudhon siendo gobernante? No solamente no lo habría tenido mayor, sino que lo habría tenido menor, hasta suponiendo que hubiese podido conservar en el Poder sus pasiones revolucionarias. Viniéndole su poderío del cerebro, todo lo que hubiera dificultado el trabajo de su cerebro habría sido un atentado a su poderío. Si hubiese sido un dictador con espuelas, armado de pies a cabeza, habría perdido politiquando con los que le hubieran rodeado todo el tiempo que empleó socializando a las masas. En lugar de revolución habría hecho reacción. Ved lo ocurrido con Luis Blanc, morador del Luxemburgo, tal vez el mejor intencionado de todo el Gobierno Pro-

visional, y, no obstante, el más pérfido, el que sacó las castañas del fuego para la reacción, el que entregó a los obreros sermoneados a los burgueses armados, el que hizo lo que todos los predicadores autoritarios, el que predicó la caridad cristiana a los pobres a fin de salvar a los ricos.

Los títulos, los mandatos gubernamentales no son buenos más que para las nulidades que, demasiado cobardes para ser algo por sí mismos, quieren parecer algo. No tienen más razón de ser que la razón de que son unos abortos. El hombre fuerte; el hombre de inteligencia; el hombre que lo es todo por el trabajo y nada por la intriga; el hombre que es hijo de sus obras y no el hijo de su padre, nada tiene que ver con estas atribuciones carnavalescas: las desprecia y las odia como un disfraz que mancharía su dignidad, como algo obsceno e infamante. El hombre débil, el hombre ignorante, pero que tiene el sentimiento de la humanidad, debe temer a aquellas nulidades: basta un poco de buen sentido para adivinarlas. Pues si toda arlequinada es ridícula, también es odiosa.

Todo gobierno dictatorial, entendido en singular lo mismo que en plural, todo poder demagógico, no hará más que retardar el advenimiento de la Revolución social, sustituyendo con su iniciativa, sea la que fuere, con su razón omnipotente, con su voluntad cívica y forzada, a la iniciativa anárquica, a la voluntad razonada, a la autonomía individual. La Revolución social no puede hacerse sino por el órgano de todos individualmente; de otro modo no será la Revolución social. Lo que es necesario hacer,

pues, hacia lo que debe tenderse, es a colocar a todo el mundo y a cada uno en la posibilidad, es decir, en la necesidad de obrar, a fin de que el movimiento, al comunicarse de unos a otros, dé y reciba el impulso del progreso y decuple y centuple de este modo su fuerza.

Lo que se necesita, pues, en fin, es tantas dictaduras como seres pensantes haya, hombres o mujeres, en la sociedad, a fin de agitarla, de sublevarla, de sacarla de su inercia, y no un Loyola con gorro frigio, un general político para disciplinar, es decir, inmovilizar, a unos y otros y pasar sobre su pecho y sobre su corazón, como una pesadilla, para ahogar sus suspiros; y sobre su frente y su cerebro, como una instrucción obligatoria o catecismal, para torturar sus pensamientos.

La autoridad gubernamental, la dictadura, llámese Imperio o República, trono o sillón; llámese el que la ejerza salvador del orden o llámense los que la ejerzan comité de salvación pública; exista hoy con el nombre de Bonaparte, un emperador, o mañana con el de Blanqui, un socialista; salga de Ham o de Belle-Ile; lleve en sus insignias un águila o un león disecado..., será siempre la violación de la libertad por la virilidad corrompida, por los sífilíticos del pensamiento; es el mal cesáreo inoculado con semillas de reproducción en los órganos intelectuales de la generación popular. No es un ósculo de emancipación, una natural y fecunda manifestación de la pubertad; es una fornicación de la virginidad con la decrepitud, un atentado al pudor, el

crimen que comete un tutor que abusa de su pupila...; es un humanicidio.

No hay más que una dictadura revolucionaria que sea humanitaria: la dictadura intelectual y moral. ¿Acaso todo el mundo no es libre de participar en ella? Basta quererlo para lograrlo. Para darse a conocer, esta dictadura no tiene necesidad de batallones de lectores ni de trofeos de bayonetas; no marcha escoltada sino por sus pensamientos libres; no tiene más cetro que la luz que irradia. No hace la ley, la descubre; no es autoridad, hace autoridad. Existe no más que por la voluntad del trabajo y el derecho de la ciencia. Quien la niegue hoy, la afirmará mañana. Porque esta dictadura no ordena la maniobra abotonándose en su inercia, como un coronel de regimiento, sino que ordena el movimiento predicando con el ejemplo, demuestra el progreso por el progreso.

“¡Todo el mundo al mismo paso!”, dice la autoridad, y es la dictadura de la fuerza bruta, la dictadura animal.

“¡El que me ame que me siga!”, dice la otra, y es la dictadura de la fuerza intelectualizada, la dictadura hominal.

La primera tiene por apoyo todos los hombres con instinto de pastores y todos los hombres con instinto de rebaño, todo lo que manda u obedece, todo lo que está domiciliado en la civilización.

La segunda tiene a su lado las individualidades hechas hombres, las inteligencias que están más allá de la civilización.

La primera es la última representación del paga-

nismo moderno, su sesión de clausura definitiva, sus adioses al público.

La segunda es el principio de una era nueva, su entrada en escena, el triunfo del libertarismo.

La primera es tan vieja que toca la tumba; la segunda es tan joven que toca la cuna.

“¡Vieja autoridad! ¡Es ley que mueras!”

“¡Libertad naciente! ¡Es ley de la Naturaleza que crezcas!”

FIN

10

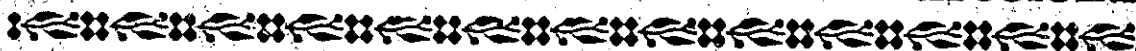
2

15

Biblioteca Vértice

Elobet. 13

Barcelona



LIBROS

Origen y desarrollo del Sindicalismo, Federico Fructidor	4'50
Segundo Certamen Socialista	4'—
Educación Sexual, Morestan	3'50
Libertad Sexual de las Mujeres, Barcos, tela	4'—
La Revolución Rusa en Ucrania, Makno	3'—
En la Línea Recta, Carbó	2'50
Rejas Adentro, Magre	2'—
La Universidad del Porvenir, Ingenieros 3 y	1'50
Higiene de la Vida Sexual, Gruber	1'50
Sobre el pasado y el porvenir del Pueblo, Lamennais	1'10
Filosofía del Anarquismo, Malato	1'—
Los Habitantes de Marte, Flammarión	1'10
La Mancebía, Maupassant	1'10
Socialismo y Federalismo, Bakunin	1'10
El Mundo Nuevo, Luisa Michel	1'50
Problemas trascendentales, Tarrida 1'50 y	1'10
El amor libre, Diderot	1'—
Demostración de la inexistencia de Dios, doctor Carret	1'—
Juana de Arco, Han Ryner	0'60
Generación Consciente, F. Sutor	1'—
Nicolai, Romaind Rolland	1'25
El Banquete de la Vida, A. Lorenzo	1'50
Mi Comunismo, S. Faure	3'50
El Proletariado Militante, 1er. tomo	3'50
El Proletariado Militante, 2.º tomo	3'—
El Dolor Universal, Faure	3'—
La ciencia moderna y el anarquismo, Kropotkin ...	1'10